

*ALLÁ
DONDE
ESTÉS*

MIRIAN G. BLANCO

Contenido

[Derechos de autor](#)

[Dedicatoria](#)

[Prólogo](#)

[1.](#)

[2.](#)

[3.](#)

[4.](#)

[5.](#)

[6.](#)

[7.](#)

[8.](#)

[9.](#)

[10.](#)

[11.](#)

[12.](#)

[Epílogo](#)

[*OceanofPDF.com*](#)

Derechos de autor © 2022 Mirian G. Blanco

Todos los derechos reservados

Sello: Independently published

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o fallecidas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Reservados todos los derechos.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

OceanofPDF.com

*A todos esos amores que surgieron de una
bonita amistad. ☺*

OceanofPDF.com

ALLÁ DONDE
ESTÉS

OceanofPDF.com

ALLÁ DONDE
ESTÉS
MIRIAN G.BLANCO

OceanofPDF.com

*Cuando él dejó de besarla, apoyó su frente en la de ella.
La forma que tenía de abrazarla podía ser confusamente tierna...
¡Era su mejor amiga y no podía perderla!
—Esto no está bien —dijo ella, sintiendo una opresión en el pecho que
la inquietaba demasiado—. Nuestros corazones están confundidos.
Él negó con la cabeza.
—No están confundidos, sino asustados por lo que sienten...*



Prólogo

—¡Vamos, Andy, acelera o nos pillarán! —gritó mi mejor amigo.

Corría lo más rápido que podía, casi ahogándome en mi propia respiración.

¡Jolines!

No todo el mundo podía disfrutar de las ventajas de tener unas piernas de gacela como las suyas...

—¡Au!

Caí al suelo de rodillas. Sentí que las piedrecillas, al atravesar la tela de mis pantalones, se me encajaban en la piel como si fueran las piezas de un puzle.

León lanzó una ristra de improperios irrepetibles que hubieran puesto los pelos de punta a nuestra profesora de religión. Luego me ayudó a levantarme del suelo y, sin perder más el tiempo, sin darme ni siquiera unos segundos para recobrar la respiración, entrelazó sus dedos con los míos para tirar de mí.

Después de correr durante casi cinco minutos, nos detuvimos debajo de un enorme árbol cuyas hojas me recordaban a las manos de los gnomos del cuento de *Blancanieves*.

—¡Vamos, sube rápido! —me urgió él, impaciente.

Subí por las escalerillas de cuerda, hechas a mano por él mismo, mientras rezaba mentalmente pidiéndole a Dios que los abusones del colegio no nos alcanzaran y que las escaleras no se rompieran.

Cuando terminamos de subir, entramos en la casita del árbol que el padre de León nos hizo cuando teníamos cinco años.

Mi mejor amigo, de rodillas, empezó a recoger las escaleras para asegurarse de que nadie más subiera a nuestro refugio secreto.

—León... —murmuré su nombre, pero me hizo un gesto para que cerrara el pico.

De puntillas, intentando que la madera vieja no crujiera bajo sus pies, se acercó a la ventana para cerciorarse de que los abusones ya no nos perseguían.

—Creo que los hemos despistado —susurró en voz baja, haciendo que soltara el aire que había estado reteniendo por lo nervios.

León se apartó de la ventana y me sonrió de oreja a oreja, con pillería, como si aquella situación le causase gracia. Desde bien pequeño le gustaba sentir la adrenalina correr por sus venas. Yo, en cambio, prefería sentir todo lo contrario... ¡tranquilidad y seguridad!

—Siempre apareces en el momento exacto, cuando más te necesito. Eres mi héroe —le confesé, aunque ya no era la primera vez que se lo decía.

León se sentó en un tronco que lo usábamos como silla y fingió limpiar el sudor de su frente, chasqueando la lengua con un gesto que denotaba alegría.

—Ya te lo dije... ¡Soy mucho mejor que *Superman*! —exclamó con orgullo, al mismo tiempo que flexionaba su delgaducho brazo derecho, apretando el bíceps en la parte superior.

—Bueno, te haría falta crecer unos cuantos centímetros y sacar abdominales para ser mejor que *Superman* —le dije, antes de cubrirme la boca con las manos para reprimir una carcajada.

León me dedicó una mirada llena de indignación.

—Vaya, vaya... ¡Ahora entiendo por qué en realidad te gustan tanto sus películas! —dedujo como si pensara en voz alta.

Empecé a reírme y estuve así durante un buen rato sin poder controlar la risa, hasta que León, como si tuviera un resorte en el trasero, se puso de pie para acercarse a mí y taparme la boca con la mano.

—Sshh...

Asentí con la cabeza y él, lentamente, me sacó la mano de la boca para acercarse a la trampilla de la casita del árbol.

—Estaban aquí hace un rato, los vi con mis propios ojos —habló uno de los miembros de la pandilla de los abusones, justamente debajo de la casita.

Pum.

El líder de la pandilla lo golpeó en la nuca para hacerlo callar.

—¿Pues a qué estáis esperando? ¡Buscadlos en el bosque! No deben de haber ido muy lejos.

Cuando ellos empezaron a correr en esa dirección, sentí un gran alivio en el pecho.

—Tranquila, no podrán subir sin las escaleras —susurró León en voz baja, intentando tranquilizarme.

Los dos nos sentamos en el suelo, uno frente al otro, mientras el viento movía violentamente las ramas de los árboles contra las paredes de la casita.

—Estoy harta de que me hagan la vida imposible —solté sin poder aguantarlo más en mi interior.

—Eso es porque te tienen envidia. —Las palabras salieron de su boca sin vacilación y con voz templada—. Eres guapa, inteligente... —murmuró ahora con voz temblorosa, como si el hecho de decir cosas bonitas sobre mí le costase sudor y sangre—. Aunque un poco torpe.

Los dos nos echamos a reír, pero cuando sus ojos color avellana se posaron en la manchita de sangre de mis pantalones, justamente en mi rodilla izquierda, se acercó a mí con la preocupación reflejada en su mirada.

—¿Te duele?

Negué con la cabeza, reprimiendo las ganas de echarme a llorar como una niña pequeña.

—Entonces, ¿por qué tienes los ojos empañados de lágrimas?

Alcé los hombros y los dejé caer en una milésima de segundo.

—No quiero empezar este año el instituto. Tengo miedo de no encajar con mis nuevos compañeros de clase —confesé con voz afligida.

León bufó con desidia, alto y claro, como si mi comentario le hubiese hecho gracia.

—¿Miedo? ¿Cómo puedes tener miedo si tu héroe siempre estará a tu lado para cuidarte?

Ahora fui yo quien resopló sonoramente.

—¿Eres consciente de que este año, tal vez, no coincidamos en la misma clase?

—Siempre hemos ido juntos en la misma clase desde que empezamos a ir a la guardería —aclaró con voz seria, como si aquello pudiese justificar su teoría—. Todavía me acuerdo cuando llevabas a Fifi contigo a todas partes. Ese osito de peluche necesitaba con urgencia darse un baño con lejía... ¡Puaj!

—¡Eres un idiota! —le grité sin poder reprimir una sonrisa—. Es imposible que te acuerdes de eso. Los dos teníamos tres años.

—¡Cierto! Pero creo que tu madre pensó en mí cuando te hizo cientos de fotos con aquel peluche y luego me las enseñó para que pudiera burlarme de ti.

—Já, já, ¡qué gracioso eres! —dije con clara ironía.

León se inclinó hacia mí para revolverme el pelo con la mano.

—¡Estate quieto! ¡Odio cuando haces eso! —le dije cabreada, intentando peinarme con los dedos.

—Me gusta mucho cómo te queda el pelo corto, te favorece —susurró mirándome fijamente, cubriendo los escasos centímetros que nos separaban, mientras las comisuras de sus labios tiraban hacia arriba.

Hice un mohín divertido con la boca, restándole así importancia al asunto.

Mi cabello era muy frágil, tanto que incluso se rompía fácilmente, aparte de que no tenía casi volumen. Por ello lo llevaba siempre corto.

En el colegio solían llamarme Andrés, en vez de Andrea, simplemente por tener el corte de pelo como un hombre y porque me encantaba llevar ropa holgada, pero me importaba un rábano lo que la gente opinara sobre mí. Lo único que me importaba era estar bien conmigo misma y mientras la gente que me quería de verdad me apoyara, como León y mis padres, ¡todo estaba perfecto para mí!

León volvió a acercarse a la ventana para comprobar que los abusones del cole no estuvieran por los alrededores. Lo observé en silencio durante unos largos segundos, sintiéndome como la peor amiga del mundo. Por mi culpa, él no hacía más que ponerse en problemas al defenderme de los abusones y de las chicas populares del colegio.

León, como si me hubiera leído la mente, giró la cabeza hacia mí y frunció el ceño, desconcertado por verme tan triste y decaída.

—Andy... —murmuró con calidez y ternura, al mismo tiempo que se sentaba a mi lado—. No bajas la cabeza. —Me agarró el mentón entre el dedo índice y el pulgar para obligarme a mirarlo de cerca—. Te sale papada.

Solté de golpe el aire por la nariz, como un toro de dibujos animados dispuesto a clavar sus afilados cuernos en el trasero de alguien.

León era el único que sabía cómo sacarme una sonrisa y hacerme olvidar todos los problemas que tenía encima.

¡Él era el único que me hacía sentir única y especial en el mundo!

—¡Te voy a matar! —chillé a todo pulmón, antes de abalanzarme sobre él.

Los dos nos echamos a reír sin parar, rodando por el suelo, mientras intentaba hacerle una llave de judo que él mismo me había enseñado. Pero estaba claro que, por ahora, la alumna no superaba al profesor.

Después de forcejear inútilmente, León me atrapó las muñecas y se colocó encima de mí para bloquearme contra el suelo.

—Tal vez te haya enseñado demasiado bien, mi pequeña saltamontes —dijo, pero su sonrisa fue desapareciendo poco a poco, mientras sus ojos repasaban, una y otra vez, cada centímetro de mi rostro.

Inesperadamente, mi corazón empezó a bombear a plena potencia, de la misma manera que me sucedió la semana pasada cuando los dos vimos juntos, a solas en mi habitación, una película de acción con algunas escenas subidas de tono. Sus pupilas se dilataron al fijarse más en mi boca, mientras se inclinaba hacia mí, muy lentamente, como si estuviera asustado.

Siempre había pensado que mi primer beso iba a ser de piquito y, meses después, vendría la saliva, la lengua y todo lo demás. Pero nunca me habría imaginado que me besaría con mi mejor amigo, aunque, sinceramente, tampoco era algo que me desagradara... ¡al contrario!

Cerré los ojos, apretando los párpados y el ceño, y me concentré desesperadamente en no cagarla, mientras sentía el cálido aliento de León golpear en mis labios. El ritmo de su respiración desvelaba lo realmente nervioso que estaba, igual que yo, mientras mi corazón comenzaba a latir un poquito más deprisa, con la adrenalina disparándose por la expectación de lo que estaba a punto de suceder...

Crack.

Abrí los ojos como platos cuando escuché una rama romperse a pocos metros de nosotros. León también me observó totalmente alarmado, mientras su rostro se ponía blanco como la nieve.

—¡Están aquí! —gritó Rubén, el líder de la pandilla de los abusones, mientras lo escuchábamos trepar por el tronco del árbol.

—¿No dijiste que era imposible subir sin las escaleras? —inquirí en voz baja, como si todavía hubiese una posibilidad de que Rubén no nos escuchara.

—No, yo nunca dije la palabra imposible... —susurró León con voz temblorosa.

—¡Os pillé! —exclamó Rubén, mientras intentaba entrar por la trampilla.

—Mierda, mierda... —murmuró por lo bajo León, desenrollando la escalera con rapidez y lanzándola por la ventana.

—¿Acaso pensabas que podías esconderte de mí? ¡Me las vas a pagar! —me gritó Rubén, señalándome con su dedo índice y apretando los dientes

como un perro rabioso. En verdad en esos momentos solo le faltaba espumar por la boca para parecer infectado de rabia—. Te dije que me hicieras el trabajo de literatura.

—¡Y eso hice! —grité cabreada, golpeando el pie en el suelo con indignación.

—¡Me han suspendido por tu culpa! —volvió a alzar la voz, más enojado que nunca.

Me crucé de brazos y esboqué una sonrisa de medio lado.

—Bueno, en ningún momento especificaste que tenía que hacer bien la tarea.

Escuché rechinar sus dientes, mientras sus manos se transformaban en dos perfectos puños dispuestos a estrellarse contra mi rostro.

En ese preciso momento supe que estaba perdida... ¡más que perdida, jodida!

Rubén corrió hacia mí, gritando como un loco y alzando el puño en el aire. Era como si estuviera viendo en cámara lenta un documental de fauna salvaje, sí, esa parte donde un enorme oso de dos metros de alto está a punto de atacar a un indefenso corderito sin escapatoria alguna.

Chillé en reacción, sabiendo que todavía me quedaban muchas clases de judo por aprender para enfrentarme a Rubén. Pero, después de un par de segundos que a mí me parecieron interminables, abrí los ojos para ver qué estaba sucediendo.

—¡León! —vociferé aterrada, cuando el puño de Rubén impactó contra su mejilla.

—¡Baja por las escaleras, Andy! ¡Vamos! —gritó mi mejor amigo.

Rubén intentó golpear de nuevo a León, pero éste lo agarró por detrás y le hizo la zancadilla.

—¡Vamos, Andy, ahora! ¡Vete! —volvió a gritarme para que reaccionara de una vez por todas.

Hice caso a lo que me dijo y bajé las escaleras, casi cayéndome al suelo.

Cuando mis pies tocaron el cemento, alcé la mirada hacia la casita del árbol con los nervios a flor de piel, esperando a que León también bajara.

—¡Leonardo! —grité su nombre completo, desvelando lo realmente preocupada que estaba por él.

Arriba, dentro de la casita, se escuchaban golpes y gruñidos. ¡Y yo no tenía ni la más mínima idea de quién provenían esos quejidos de dolor!

—León... —Suspiré aliviada, con las lágrimas en los ojos, cuando lo vi saltar por la venta y bajarse del árbol con una agilidad increíble.

—Vámonos de aquí —me susurró con calma, con aquella voz que me tranquilizaba tanto.

Entrelacé mis dedos con los suyos y salimos de allí corriendo, sin apenas mirar atrás.

Todavía tenía el pulso acelerado por el miedo de que los abusones nos pillaran, mientras mi cerebro aún intentaba asimilar que mi mejor amigo estuvo a punto de besarme.

A medida que nos adentrábamos en el bosque, se me enredaban los pies con los yerbajos del camino y mis zapatos blancos se iban cubriendo de polvo y tierra.

León iba por delante, usando su cuerpo como escudo para evitar que las ramas de los árboles me golpearan el rostro.

Después de casi tres minutos corriendo sin parar, los dos nos detuvimos cerca del río del pueblo.

—¿Estás bien? —me preguntó con la preocupación reflejada en la voz, acercándose más a mí cuando me senté en la hierba mojada.

Me faltaba el aire y las lágrimas enturbiaban mi visión.

—Eso debería preguntártelo yo, ¿no crees? —dije, inspirando profundamente para calmar mis nervios.

—¡Te lo dije! Soy mucho mejor que *Superman*. Estoy hecho de acero... ¡Au! —Se le escapó un sollozo de dolor cuando le acaricié el moratón de su mejilla.

El mentón me empezó a temblar, abrumada por el sentimiento de culpa.

—Lo siento mucho... —murmuré hipando entre lágrimas, mientras las manos me temblaban como si mis dedos se fueran a escapar—. Siempre te pongo en problemas.

León me enmarcó el rostro con las manos y me limpió las lágrimas con los dedos pulgares, con una delicadeza que me encogió el corazón.

—Lo hago porque quiero, Andy. Lo hago porque somos... amigos. —Su voz se fue apagando a medida que terminaba la frase, como si le costara pronunciar cualquier sinónimo relacionado con la palabra amistad.

—No sé qué haría sin ti... ¡Dios, no quiero ni imaginármelo!

León se inclinó hacia mi rostro y, bajando el tono de su voz, me susurró con su mirada clavada en la mía:

—No hace falta que te lo imagines, Andy, porque eso nunca va a pasar.
Siempre estaré a tu lado... allá donde estés.

OceanofPDF.com

1.

—¡Vamos, Andrea, date prisa! ¿Acaso quieres que nos expulsen de clase?

—¡Eso hago, joder! —exclamé cabreada, casi hiperventilando.

Nos abrimos paso entre los estudiantes que salían del intercambio de clases, mientras mi amiga codeaba y empujaba con violencia a cualquiera que se interpusiera en su camino.

—Disculpad, lo siento... —susurré con la respiración agitada, disculpándome en nombre de mi amiga antisocial.

Cuando entramos en nuestra aula, ambas soltamos un suspiro de alivio.

¡Uff!

Apoyé mis manos en las rodillas, respirando pesadamente.

—¡Eres más lenta que un caracol con asma, joder! —exclamó ella, al mismo tiempo que caminábamos hacia la tercera fila donde teníamos nuestros pupitres que, por suerte, estaban juntos.

Dejé caer la mochila en el suelo con poca delicadeza y la fulminé con la mirada.

—Siento mucho que Dios no me haya dado unas piernas de atleta como las tuyas —dije a la defensiva.

—Ya te dije que es mejor que le pidas favores al mismísimo diablo... —susurró ella entre dientes.

Me dejé caer pesadamente sobre la silla, estirando las piernas y suspirando con cansancio.

Lucía Torres fue un gran descubrimiento para mí cuando empecé el primer año en el instituto. Ella y yo éramos como el día y la noche, pero nos compaginábamos tan bien como lo hacían el sol y la luna.

Lucy era una tía gótica y muy rebelde, con un gran aprecio marcado por el lado más oscuro de las cosas, lo sobrenatural, el misterio y el drama. Pero era una tía auténtica, luchadora, fuerte, inteligente, valiente... ¡en resumidas cuentas, era una gran persona y una de las mejores amigas que hubiese podido tener en la vida!

La observé de reojo y sonreí de medio lado. Su aspecto físico no encajaba demasiado bien con aquella obcecación que tenía por «el lado oscuro». Ella era muy alta, casi un metro setenta y cinco, con el pelo largo color rubio platino, ojos grises y piel bronceada.

¡Era preciosa tanto por fuera como por dentro y, más que una diablesa, parecía un angelito!

—¡Aquí están las niñas de mis ojos! —dijo Flavio, agarrándonos a las dos por los hombros para luego abrazarnos como si fuéramos dos rebanadas de pan y él una rodaja de embutido.

Lucy le apartó el brazo y lo fulminó con la mirada.

—Yo sí que te sacaré los ojos si no te alejas de mí ahora mismo...

Flavio soltó un silbido de sorpresa.

—¿Cuándo llegará el día en el que despiertes con el pie derecho y no con el izquierdo? —le preguntó, al mismo tiempo que rodeaba nuestros pupitres para observarnos de frente.

Flavio Ruiz y Lucy eran mis únicos verdaderos amigos.

A Flavio lo conocí en el segundo año del insti. Era jugador del equipo de fútbol del instituto, sí, el típico chico popular, pero con un buen corazón y para nada arrogante.

Él era tan alto como Lucy. Tenía el cabello castaño claro, casi rubio, y los ojos tan negros como el color de sus pupilas o, mejor dicho, como el alma de Lucía.

De repente, la discusión que ellos estaban teniendo quedó en segundo plano cuando vi a Camila García entrar en el aula.

Camila... bueno, para describirla con rapidez, era como la típica chica mala de las películas. Ella no tenía ningún reparo en arruinarte la vida si no hacías lo que te pedía. Por algo la llamaban «La Reina del Insti».

Cuando pasó por mi lado, pude ver claramente cómo esbozaba una sonrisa maliciosa. No iba a negar que me cagué de miedo, pero tenía mis buenos motivos para estar acojonada. Ella, aparte de ser la expareja de mi novio, era una astuta extorsionadora. Y yo... bueno, yo había cometido un grave error por el que todavía seguía pagando.

—Me sorprende que exista alguien con el alma más oscura que la de Lucy —murmuró Flavio, al mismo tiempo que fulminaba a Camila con la mirada.

Lucy volvió a achinar sus ojos en gesto de amenaza, girando sobre su silla para observar a Camila y sacarle el dedo medio.

—Lucía, déjala en paz... —la regañé con voz seria, tirando de ella por los cordones de su sudadera para que volviera a sentarse correctamente.

Nadie sabía realmente el grave problema que tenía con Camila, ni siquiera mis propios amigos.

—Ahí llega la profesora. Hablamos luego —susurró Flavio, sentándose en su pupitre que, casualmente, estaba situado detrás de los nuestros.

—¡Buenos días! —saludó la señora González, nuestra profesora de biología—. Hoy quiero anunciaros que...

Cerré los ojos, ensimismada en mis cosas, mientras recordaba mi primer día en el instituto.

A pesar de haberme mudado del pueblo donde nací a un nuevo lugar donde nadie me conocía, seguía siendo el puto centro de la diana para los abusones.

Crucé las piernas y moví mi pie de arriba abajo, nerviosa, mientras los insultos despectivos de mis compañeros resonaban en mi cabeza como un eco infinito.

Estuve casi un año aguantando lo inaguantable, llegando a casa llorando y deseando que no hubiera clases al día siguiente... ¡hasta que tuve el incidente con Camila y mi vida, a pesar del gravísimo problema en el que todavía seguía involucrada, había cambiado en cierto modo para «mejor»!

Por lo menos ahora nadie se burlaba de mí y así debía continuar.

Tenía que aguantar un poco más aquella farsa, o por lo menos hasta que terminara el último trimestre en el instituto y me largara a la universidad a empezar una nueva vida.

Arrugué el entrecejo levemente cuando Lucy empezó a codearme el costado.

—¿Has escuchado eso? —inquirió con la mirada fija en la profesora.

—¿El qué?

Ella giró la cabeza hacia mí.

—Este último trimestre tendremos a un nuevo compañero de clase. Al parecer, acaba de mudarse a la ciudad y, para que no repita curso, el director le ha propuesto terminar sus estudios en nuestra clase.

—Ah... —expresé con poca emoción, bostezando de puro aborrecimiento.

—Esperemos que sea bueno jugando al fútbol —murmuró Flavio detrás nuestra—. Nuestro delantero todavía sigue recuperándose de su esguince de tobillo.

—Ay, cómo me gusta el karma... —dijo Lucy, esbozando una sonrisa llena de felicidad y juntando sus dedos lentamente, de la misma manera que lo hacía *el señor Burns*, el personaje malvado de *Los Simpson*.

Flavio apoyó los antebrazos en su pupitre para inclinarse hacia nosotras, hasta colocar su cabeza en el espacio que había entre mi cuerpo y el de Lucy.

—Te lo dije, Andrea. Te dije que esta loca practica el vudú en su casa todas las noches —dijo, mientras su voz iba adoptando un tono siniestro, observándome con una expresión de horror fingido e insinuando que Jonathan se había hecho daño en el tobillo por culpa de las supuestas brujerías de nuestra mejor amiga.

—¿Cómo lo has descubierto? —le preguntó Lucy, agarrándolo del mentón para captar su atención—. ¿Acaso ya te ha explotado el testículo izquierdo? ¿Mis rituales por fin han hecho efecto en ti?

Flavio abrió la boca, tan sorprendido como cabreado, mientras hacía una mueca al imaginarse el agudo dolor que le supondría aquello.

Y, sí, los dos empezaron a discutir como de costumbre.

Suspiré con cansancio, al mismo tiempo que negaba con la cabeza, hasta que mis ojos se fijaron en el chico que acababa de entrar en el aula para hablar con la profesora.

Todo a mi alrededor dejó de existir, volviéndose blanco y luminoso, mientras mi nuevo compañero de clase, que iba completamente vestido de negro, destacaba como una mancha de tinta oscura en una camisa blanca.

El tío era alto, exageradamente alto. Probablemente mediría un metro noventa. Llevaba puesto unos vaqueros oscuros, una sudadera negra y una chaqueta por encima del mismo tono que las demás prendas. Lo único que resaltaba algo en su atuendo tan oscuro eran sus ojos color avellana, como la miel pura, pues su cabello ligeramente desordenado era azabache, más oscuro que incluso la tinta de su propia ropa.

Fruncí el ceño, más concentrada que nunca, cuando sus ojos comenzaron a recorrer el aula, como si estuviera buscando a alguien con la mirada. Y, de repente, sentí que el alma se me caía a los pies cuando sus ojos se clavaron en los míos.

Había algo extraño en su mirada, algo que me hacía recordar a alguien de mi pasado...

Sin poder controlarlo, el corazón se me paralizó cuando las comisuras de sus labios se elevaron en una perfecta y sensual sonrisa ladina.

—¡Silencio, por favor! —gritó la señora González—. Quiero presentaros a Leonardo, vuestro nuevo compañero de clase.

Ahogué un grito en el interior de mi garganta, ¡aquello no podía ser cierto!

«Tranquila, Andrea, simplemente es una coincidencia», pensé para mí misma.

Era increíble que, después de casi seis años, todavía siguiera sintiendo algo especial en mi interior cada vez que escuchaba aquel nombre... ¡el nombre de mi mejor amigo de la infancia!

Cada vez que pensaba en León, como yo lo solía llamar, una intensa tristeza embargaba mi corazón, a punto de deshacerme en lágrimas.

Si me concentraba mucho, todavía podía recordar con plena nitidez el último encuentro que tuvimos antes de marcharme del pueblo. Esa tarde de invierno, de fuertes lluvias y tormentas, como si el mismísimo tiempo quisiera acompañarme en mi estado de ánimo, le di la noticia de que mis padres se habían divorciado.

Mi madre merecía ser feliz y no la culpaba de que me hubiera alejado de mi mejor amigo. Yo tampoco quería seguir viviendo en el pueblo, cerca de mi padre, un hombre que se pasaba la mayor parte del tiempo emborrachándose como si no hubiera un mañana.

Un hombre al que la palabra padre le quedaba demasiado grande...

—¿Te vas a ir así, sin más? —inquirió León, caminando de un lado para otro como una fiera enjaulada.

—León, yo...

—¡Cállate, por favor! —me gritó, cabreado como nunca antes lo había visto, mientras las lágrimas corrían a raudales por sus mejillas.

Era la primera vez que lo veía llorar.

¡Incluso cuando los abusos le hacían daño, nunca derramaba ni una sola lágrima!

—Podemos seguir siendo amigos. Podemos seguir manteniendo el contacto. Tal vez pueda venir aquí de vacaciones en verano y...

Él negó con la cabeza, agarrándose de la cintura y mirando al cielo como si le estuviera rogando a Dios que aquello no sucediera.

—León... —murmuré su nombre con voz afligida, intentando aguantar las lágrimas en los ojos, mientras me acercaba a él a paso lento e inseguro,

como si realmente estuviera frente a un salvaje y peligroso león que, en el momento menos esperado, podría atacarme.

Él giró la cabeza hacia mí, con las mandíbulas apretadas y sin dejar de llorar.

Abrí la boca para dejar escapar un grito de sorpresa cuando me envolvió entre sus brazos, pero aquel grito quedó atrapado en su boca.

Sí, aquel fue mi primer beso.

Con las manos temblando, me apoyé en sus hombros para no caerme al suelo, tan nerviosa como exhausta, mientras él seguía devorándome la boca como si yo fuera lo único que pudiera consolarlo.

Cuando nuestros pulmones reclamaron aire, los dos nos separamos con un suspiro y la respiración jadeante.

Lo observé en silencio, con el mentón temblando por los nervios, mientras él mantenía su mirada fija en la mía.

—Cumpliré mi promesa, Andy. Allá donde estés, no lo olvides, siempre estaré contigo...

Parpadeé varias veces, volviendo a la realidad.

Leonardo caminó hacia los pupitres, todavía con la mirada clavada en la mía y sin apenas pestañear. Tragué grueso y un nudo se formó en la boca de mi estómago cuando pasó por mi lado para tomar asiento en la última fila.

Mi nuevo compañero de clase olía a una mezcla de gel de ducha, desodorante masculino y su olor personal que, a mi parecer, era muy sensual.

Me mordí el labio inferior, apretando las rodillas, cuando noté que las mariposas de mi estómago empezaban a revolotear como locas, como si fueran un grupo de fans persiguiendo a una estrella del rock.

Definitivamente, aquel no era León.

¡No podía serlo, sería imposible!

Las únicas similitudes que había entre mi nuevo compi de clases y mi mejor amigo de la infancia, eran sus ojos color avellana y el nombre.

¡Nada más!

León era un chico tierno, dulce y bastante delgaducho. Y aquel tío... ¡Uff, aquel tío era todo lo contrario a mi mejor amigo!

—¿Qué ocurre, chicas? ¿Se os han caído las bragas? —nos preguntó Flavio con una clara voz que denotaba cierto tono de burla.

Lucy lo golpeó en la frente, obligándolo a tomar asiento de nuevo para que nos dejara en paz.

—Demonio infernal —murmuró él por lo bajo, pero Lucy logró escucharlo—. ¡Ah, mierda! ¡Casi me sacas un ojo, joder! —le gritó cabreado cuando ella, en un arrebato de los suyos, le lanzó un bolígrafo a la cara.

—Vaya, qué mala puntería tengo... —sonrió con fingida inocencia.

Giré la cabeza hacia atrás con la excusa de ver si Flavio tenía el ojo en su sitio, pero, en realidad, mi mirada fue directa a la última fila.

Para mi sorpresa, Leonardo ya me estaba mirando mucho antes de darme la vuelta. Su ceño fruncido mostró que sentía la misma confusión y curiosidad que yo, algo que me desconcertó por completo.

De repente, sin esperármelo, me guiñó un ojo, consiguiendo que sintiera una fuerte opresión en el pecho que hacía años no sentía. Pero cuando esbozó lo que parecía una sonrisa arrogante, levantando la comisura izquierda de su tentadora boca, la rabia me quemó por dentro, como si hubiese derramado gasolina sobre una hoguera.

Lo miré con cierto desdén, antes de volver la mirada al frente para prestar atención a las explicaciones de la señora González, dando así por confirmado que él no era León, sino el típico chico arrogante que se creía que el mundo entero estaba a su entera disposición.

—Espero que prestéis mucha atención a lo que voy a deciros, pues este trimestre, antes de que terminéis por fin el bachillerato y decidáis qué hacer con vuestro futuro, vais a tener que entregarme una tarea cuya nota final será la que determine si estáis o no aprobados.

Algunos de mis compañeros empezaron a murmurar por lo bajo, intentando sacar suposiciones sobre la tarea que la profesora tenía pensado obligarnos a hacer.

—El tema principal para el proyecto de fin de curso será el aparato reproductor.

Tan pronto la profesora terminó la frase, los chicos comenzaron a reír y a contar chistes picantes, mientras algunas de mis compañeras intentaban reprimir risitas nerviosas.

—¡Silencio! —gritó cabreada la señora González, consiguiendo mantener el orden en aquel gallinero—. Es vergonzoso ver que la mayoría de vosotros os toméis este tema como algo gracioso. Es imperdonable que en el siglo que vivimos la sexualidad se siga tratando como un tema tabú

—explicó con voz seria, cruzándose de brazos y fulminándonos a todos con su mirada asesina.

Yo entendía perfectamente lo que la señora González pretendía conseguir con el trabajo de fin de curso, es decir, cambiar la mentalidad sobre la sexualidad entre los jóvenes y manejarlo como algo natural.

Estaba claro que cuando las palabras adolescencia y sexo se juntaban, la mayoría de la gente lo relacionaba con riesgos de embarazos no deseados o transmisiones sexuales, cuando, en realidad, eso no tenía por qué ser así.

—Quiero que hagáis esta tarea en parejas mixtas, para que empecéis a tratar este tema con naturalidad. Y, lo más importante, para que conozcáis realmente cómo funciona el aparato reproductor de vuestro sexo opuesto. Por ello, la nota final dependerá de que las parejas de estudio sepan compenetrarse y se tomen muy en serio este tema.

—Compenetrarse... —murmuró Flavio con gracia, haciendo hincapié en las dos sílabas «pe» y «ne».

Lucy rechinó los dientes y de sus ojos saltaron chispas, pero le agarré la muñeca a tiempo, antes de que sus tijeras terminasen clavadas en la entrepierna de Flavio.

—Lo ideal es que los chicos busquéis información sobre el aparato reproductor femenino y que las chicas lo hagáis sobre el aparato reproductor masculino, pero no como trabajo individual... ¡sino en pareja! —recalcó la última palabra para dejarnos bien claro que la participación en pareja era lo más importante si queríamos aprobar la asignatura.

—Yo ya conozco en «profundidad» el aparato reproductor femenino —murmuró uno de los jugadores del equipo de fútbol.

La mayoría de la clase se echó a reír por su comentario.

—¿En serio, Pérez? Pues entonces no te supondrá ningún inconveniente ponerte de pie para explicarle a tus compañeros el funcionamiento del ciclo menstrual, ¿verdad?

Algunas de mis compañeras se avergonzaron, como si hablar de la menstruación fuese algo prohibido.

La menstruación, por desgracia, también era otro tema tabú. Las mujeres pasamos de media unos dos mil novecientos días de nuestra vida menstruando.

Entonces, ¿por qué había gente a la que todavía le daba vergüenza hablar sobre algo que, de alguna manera, las mujeres convivíamos con ello mes a mes?

La culpa ya no era de los adolescentes, sino de la sociedad en sí. Incluso los anuncios de televisión suelen utilizar un eufemístico líquido azul para ejemplificar nuestro flujo menstrual.

¡Por todos los santos del cielo!

Yo, desde luego, no menstruaba un arcoíris ni purpurina... ni yo, ni el resto de las mujeres.

—¿Qué ocurre, Pérez? Ya no te veo tan seguro de ti mismo —dijo la profesora, esperando a que su alumno empezara la explicación.

—No... —murmuró él con la mirada clavada en su pupitre, completamente avergonzado—. No sé nada sobre el ciclo menstrual de las mujeres.

—¿Cómo no vas a saber nada, tío? —inquirió Flavio en voz alta—. Por lo menos sabrás que sangran una vez al mes.

—Ojalá solo fuera una vez al mes —recriminó otra compañera cabreada—. Yo sangro durante cinco días sin parar.

De repente, en la clase se levantó una polémica sobre la menstruación. Algunos parecían discutir sobre lo exageradas que éramos algunas mujeres por pasarnos esos días de tan mal humor.

¡Por Dios!

¿Qué sabrán los hombres por los dolores y cambios hormonales que pasamos las mujeres durante nuestra menstruación?

—¡Chicos, silencio! —exclamó la profesora, aplaudiendo para captar nuestra atención y así hacernos callar—. Esto es lo que pretendo que hagáis con la tarea de fin de curso. Quiero que argumentéis con vuestra pareja de estudio sobre los tabúes de la sexualidad, que busquéis información sobre el aparato reproductor y que aprendáis, el uno del otro, diferentes puntos de vista sobre estos temas que os pediré que expliquéis por escrito y me los entreguéis antes de terminar el trimestre. —dijo, antes de sacar un montón de carpetas de colores de su maletín para luego colocarlas sobre su escritorio—. Mañana anunciaré quién será vuestra pareja de estudio, ¿está bien?

—¡Eso es injusto! Quiero elegir mi pareja de estudio —habló Jonathan, el delantero del equipo de fútbol, con un tono de clara indignación—. ¿Qué ocurrirá si me toca ser la pareja de Lucía? Ni siquiera sé si tiene vagina...

La mayoría de mis compañeros se echaron a reír por su comentario tan fuera de lugar.

Miré a Lucy de reojo, preocupada por si sus tijeras terminaban clavadas en la entrepierna de Johny, pero, por suerte, a ella no le afectaban ni lo más mínimo las opiniones de la gente.

Según ella, lo único que le importaba era ser feliz a su manera. Pues por mucho que uno intentara caerle bien a todo el mundo, siempre habrá alguien que intente destruirte emocionalmente. Y, en parte, era cierto.

Siempre va a existir esa persona que estará ahí, atenta a cada uno de tus movimientos, para intentar que caigas. Y de ti dependerá que esa persona consiga que te derrumbes o te levantes con más fuerza que antes.

—¡Oh, querido Johny! Te aseguro que, si yo fuera hombre, tendría el pene más grande que tu pequeña y flacucha lombriz de pesca.

A diferencia de antes, toda la clase se echó a reír a carcajadas por el comentario de mi amiga.

—¡Hernández y Torres, al despacho del director! ¡Ahora! —gritó la profesora, enajenada por la ira—. ¡Y enhorabuena! Ustedes son oficialmente la primera pareja que anuncio para esta tarea.

—Mierda... —masculló Lucy entre dientes, al mismo tiempo que recogía sus cosas del pupitre para salir de clase.

—Oh, desde luego que ellos dos necesitarán mucha vaselina para compenetrarse —susurró Flavio, volviendo a hacer hincapié en las sílabas «pe» y «ne». ¡Ah! —gritó completamente escandalizado, cuando Lucy le lanzó el estuche a la cabeza.

Bueno, por lo menos fue el estuche y no las tijeras...

—Nos vemos luego en los jardines —dijo ella, echando la mochila al hombro.

—Mira lo que has conseguido... —murmuró por lo bajo Jonathan, cuando pasó por su lado con sus muletas para dirigirse hacia la salida.

—Ya ves, Johny, ya no sé qué más hacer para estar a solas contigo... e intentar matarte —dijo ella con voz sarcástica, haciendo que Jonathan frenara en seco y la observara fijamente.

Fruncí el ceño, confundida, mientras observaba cómo Lucy y Jonathan salían del aula.

No era ninguna sorpresa que expulsaran a Lucía de clase. De hecho, mi amiga se pasaba la mayor parte del tiempo en el despacho del director. Pero lo que sí era un poco raro, era la extraña relación de odio y afecto que ella y Johny habían entablado desde hacía unos días.

No sé, se me hacía un poco peculiar que Jonathan intentase chingar a Lucy en cada oportunidad que tuviera, simplemente para llamar su atención, y que ella no le arrojase ningún objeto punzante a la cabeza como venganza.

Apenas tuve tiempo para sacar más deducciones sobre aquella extraña relación entre mi mejor amiga y el delantero del equipo de fútbol, pues sentí una mirada clavada en mi espalda.

Bajé la vista a mis brazos, consciente de que se me había erizado todo el vello del cuerpo. Apreté los puños sobre la mesa, intentando evitar mirar hacia atrás, pues sabía perfectamente que el chico nuevo tenía la mirada puesta en mí.

Pero, inevitablemente, miré por el rabillo del ojo y lo pillé observándome fijamente, como un depredador lo haría cuando acecha a una succulenta presa.

Sentí la boca seca y el sudor correr por mi espalda.

Si pudiera verme desde otro ángulo, probablemente me daría cuenta de que me estaba derritiendo como un helado.

Leonardo esbozó una pequeña sonrisa y luego se apoyó contra el respaldo de la silla con total indolencia.

Fruncí el ceño, tragando saliva con cierta dificultad por la sequedad de mi boca, y volví la mirada al frente para centrarme en las explicaciones de la profesora. Aunque, para ser del todo sincera, en aquel preciso momento hablar sobre el aparato reproductor hacía que mis nervios aumentaran vertiginosamente, a toda pastilla, y todo por culpa de la intensa mirada del chico nuevo...

2.

El molesto sonido del timbre anunció el fin de la clase de biología para dar inicio a la clase de historia.

Guardé el libro de biología en mi mochila, junto a los apuntes de la tarea que debía hacer para este último trimestre, y saqué el libro de historia, dejándolo caer pesadamente sobre el pupitre y soltando un sonoro suspiro de cansancio.

—¡Buenos días! —nos saludó el profesor de historia, el señor Méndez.

—Buenos días —correspondimos todos al saludo, aunque, a diferencia del tono alegre de la voz del profesor, el nuestro transmitía cansancio y aborrecimiento.

—Veo que hay una cara nueva entre nosotros y que, como de costumbre, Lucía y Jonathan no están presentes —dijo con el ceño fruncido, al mismo tiempo que leía algo en una nota que había encima del escritorio—. Por favor, Leonardo, toma asiento al lado de tu compañera Andrea. No es necesario que estés solo en la última fila.

Sentí una punzada en la boca del estómago.

Definitivamente, el animal más peligroso para el ser humano era la famosa mariposa del estómago...

Ahogué un gemido cuando el chico nuevo se sentó a mi lado. Estaba realmente tensa, con la espalda recta y la mandíbula apretada. Incluso había aguantado la respiración, rehusándome a sentirme embriagada por aquel olor tan masculino y adictivo.

El profesor empezó a hablar de la segunda guerra mundial, o eso creía... ¡no estaba muy segura, pues en lo único que me podía concentrar era en mi lucha interna contra las emociones que estaba experimentando por culpa de mi nuevo compañero!

Intenté girar la cabeza, juro por Dios que intenté mirarlo a la cara y entablar una conversación como dos personas civilizadas, pero estaba tan tensa que no era capaz de articular ningún músculo más de lo estrictamente necesario.

—Me estás poniendo nervioso... —murmuró él entre dientes.

Sorprendida por el tono grave y cavernoso de su voz, un perfecto indicador infalible de sus altos niveles de testosterona y, por lo tanto, de virilidad, giré la cabeza hacia él para observarlo a la cara.

¿Acaso yo también lo ponía nervioso de la misma manera que él me ponía nerviosa a mí?

Leonardo giró también su cabeza hacia mí, con ojos inexpresivos, y volvió a hablar:

—Deja de mover la pierna, estás haciendo que mi mesa parezca el tambor de una maldita lavadora.

Abrí la boca, sorprendida y avergonzada a partes iguales, y paré de subir y bajar la pierna, un acto reflejo que hacía inconscientemente cuando estaba muy nerviosa.

—Lo siento —musité con voz temblorosa, incómoda por la intensidad de su mirada y por la cercanía de nuestros cuerpos.

Sin esperármelo, él esbozó una sonrisa que suavizó sus facciones. Inconscientemente, apreté las rodillas cuando sentí unas pequeñas palpitaciones allí abajo... en el centro de todo mi ser.

Era increíble, sí, increíble la manera en que él tenía de decir cada palabra, de hacerme sentir parte de algo tan grande, tan intenso que parecía casi un sueño inalcanzable.

Aquel chico me hacía estremecer con cada maldito gesto y con cada matiz de su voz tan varonil. Y era extraño porque, a pesar de tenerlo tan cerca de mí, a pocos centímetros de distancia, tenía la sensación de que era inalcanzable como la mismísima luna.

—¿Ocurre algo? —inquirí con una ceja enarcada.

—No, nada... —negó con la cabeza, ahora riéndose de medio lado, una sutil burla dirigida a mí, como si le hubiese hecho gracia algo en particular.

Fruncí el ceño, visiblemente molesta por su respuesta.

—Pues yo creo que sí sucede algo. ¿Acaso te estás burlando de mí? —le pregunté yendo directamente al grano, intentando sonar lo más borde e irritable posible.

Si Lucy estuviera allí, de seguro se habría sentido muy orgullosa de mí por la actitud tan prepotente que estaba teniendo con mi nuevo compañero de clase.

—Puff...

Leonardo soltó un resoplido de desdén, como si yo fuese un molesto grano en el culo.

—Dilo —exigí de malas maneras, apretando los puños sobre la mesa.

Le lancé una mirada asesina, rezando para que pudiera absorber por los poros de su bronceada piel todo el odio que le estaba transmitiendo de golpe, pero mi propósito parecía no hacer mella en él.

—¿Estás segura de que quieres escuchar lo que realmente pienso de ti, Andy? —inquirió con un tono de voz más ronco, erizándome todo el vello... ¡o, mejor dicho, poniéndome los pelos de punta al escuchar aquel diminutivo!

No era la primera vez que alguien me llamaba Andy, de hecho, Flavio y Lucy solían hacerlo. Pero el hecho de que él me hubiese llamado así con tanta confianza, mientras sus ojos color miel me escrutaban con una intensidad abrumadora, hizo que, inevitablemente, recordase a León...

—Andrea. Mi nombre es Andrea —lo corregí, volviendo a apretar los puños—. ¿Sabes qué? Me da igual saber qué es lo que realmente te hizo tanta gracia. No pareces ser una persona muy sincera, al contrario, más bien pareces ser el típico tío al que le gusta recurrir a las mentiras para desestabilizar emocionalmente a la gente.

Leonardo enarcó una ceja con curiosidad, aunque sin esconder la sorpresa que le producían mis deducciones sobre él.

—Vaya, así que eres esa clase de persona a la que le gusta juzgar a la gente a primera vista, sin antes conocerla. ¡Uau! —exclamó con voz de sorpresa fingida, apoyando el antebrazo en mi pupitre y acercándose más a mí. No sabía si era sensación mía, o realmente en el aula empezaba a hacer calor... mucha calor—. ¿Sabes qué? Creo que tú tampoco eres tan sincera como aparentas ser. Sé que detrás de esa máscara que llevas puesta se esconde tu verdadero yo.

Los nervios me asaltaron como un enjambre de abejas.

Un leve temblor se apoderó de mis labios, de mi mentón, y supe que se avecinaba un llanto del que no debía perder el aliento, no frente a aquel tío que acababa de conocer.

Así que, en algún rincón de mi ser, mi conciencia me gritó que no me echase a llorar y que fuese más fuerte.

¡Y eso hice!

—¡Tú que sabrás! —le grité llena de frustración y rabia, no por él, sino por mí, porque lo que acababa de decir sobre mí era cierto—. ¡No me

conoces!

—Sshh. —El profesor nos mandó callar, antes de volver a retomar la explicación de la que ni siquiera estaba prestando atención.

—Estás intentando aparentar algo que no eres, simplemente para encajar con... mmm... déjame adivinarlo —dijo en voz baja, llevándose la mano al mentón y examinándose con gesto pensativo—. ¡Ya sé! ¿Con las animadoras del equipo de fútbol? —No respondí, simplemente apreté los dientes por la rabia que estaba sintiendo en aquel momento... sí, rabia porque el muy arrogante no se había engañado al deducir tal cosa.

Pero él no tenía ni idea de lo que realmente estaba sufriendo en silencio.

¡No tenía idea de nada y estaba haciendo suposiciones sin fundamento!

Sin saber qué decir al respecto, bajé la mirada y apreté mi labio inferior entre los dientes, mientras fruncía el ceño, ensimismada en mis pensamientos.

—Ey... —Sin esperármelo, me tomó del mentón con una mano para obligarme a mirarlo a los ojos.

Observé boquiabierta el matiz dorado de su iris, esperando a que dijese algo.

—No bajes la cabeza. Te sale papada...

Casi se me desencajó la mandíbula con la sorpresa e incluso me costó trabajo, mucho trabajo reponerme.

Mi mentón, todavía apresado entre su dedo índice y pulgar, me tembló con una mezcla de angustia e ira.

«No puede ser cierto. Él no puede ser León, mi León... ¡no!», pensé para mis adentros.

El chico nuevo me acarició el mentón con la yema del dedo pulgar, antes de retirar su mano para volver a apoyarla sobre la mesa.

—¿De dónde eres? —Intenté no ser alarmista y evité que escuchara mi voz afectada, pero, al final, conseguí todo lo contrario—. ¿Cómo te apellidas? ¿Cuándo es tu cumpleaños? ¿Cuál es tu color favorito? ¿Qué...

Su risa me interrumpió, mientras negaba con la cabeza como si estuviera flipando con mi reacción.

Me sentí un poco confundida y sorprendida a partes iguales, pues aquella frase era la que León solía decirme para chincharme cuando éramos niños.

Intenté replicar, pero él colocó su dedo índice sobre mis labios y me dedicó una mirada más pesada que un camión de cemento:

—Lo siento, Andy, no eres mi tipo.

Los ojos casi se me salieron de las órbitas y la saliva se me atragantó en la garganta. Estaba claro que Leonardo había malinterpretado mi bombardeo de preguntas...

¡Yo no estaba intentando ligar con él, joder!

—A mí me gustan las chicas sinceras, que sean ellas mismas y no finjan ser otra persona. —Torció su sonrisa a un lado detonando una prepotencia tan vasta, tan cantosa, que me recordó a esos típicos chicos malos de los libros que solía leer y que volvían locas a las protagonistas... ¡incluida yo!

—¡Eres un gilipollas arrogante! —le grité a todo pulmón, al mismo tiempo que me levantaba de sopetón arrastrando ruidosamente mi silla por el suelo.

De repente, el silencio se hizo en el aula.

Observé a mi alrededor, siendo consciente de que ahora era el centro de atención de mis compañeros y, lo peor de todo, de mi profesor.

El señor Méndez me observó atentamente, sin saber por dónde empezar... si preguntarme qué había pasado entre Leonardo y yo, o enviarme directamente al despacho del director.

«Que no sea la última opción, por favor, por favor...», rogué para mis adentros.

—¡Andrea Díaz! —su tono de voz desvelaba que mi sincero comentario sobre Leonardo le había molestado muchísimo—. ¡Al despacho del director!

Mis compañeros de clase empezaron a murmurar cosas sobre mí. En ese momento me sentí como si estuviera en un juicio, acusada por algún grave delito, mientras ellos, como si fuesen el jurado popular, cuestionaban mi inocencia.

—¡Que sea para hoy, Andrea! —me urgió el profesor, haciendo que pegara un saltito por el susto.

Recogí mis cosas, las guardé en la mochila y me dispuse a salir de clase sin dignarme a mirar atrás. No quería ver la sonrisa ufana que, probablemente, Leonardo tendría en la cara.

Caminé por los solitarios pasillos del instituto, pues todos los alumnos estaban en sus respectivas clases. Todos menos yo... ¡la nueva rebelde que iba a empezar a sacar malas notas y a preocupar a su pobre madre!

«Estás exagerando, simplemente es un castigo», me recriminó la vocecita de mi conciencia.

Cuando llegué a la sala del director, vi a su secretaria tecleando en un ordenador a la velocidad de la luz. La mujer, de unos cuarenta largos años, deslizó sus gafas hasta la punta de la nariz y me escrutó de arriba abajo, tan sorprendida como yo por verme allí.

—¿Necesitas algo? —inquirió amablemente.

Negué con la cabeza, mordiéndome el labio inferior por los nervios.

—Me han castigado —murmuré con voz inaudible.

—¿Disculpa?

Cerré los ojos y los puños al mismo tiempo, intentando controlar la rabia que empezaba a borbotear por mi torrente sanguíneo.

—Me han castigado —dije, esta vez, con un tono de voz más elevado.

La mujer batió sus pestañas a una velocidad casi anormal, volviendo a repasarme de pies a cabeza, todavía sin dar crédito que una de las mejores alumnas del instituto estuviese castigada.

—El director no se encuentra en su despacho en estos momentos, pero puedes esperarlo adentro —me explicó con voz alta y clara, sin dejar de repasarme con la mirada.

—Gracias.

Caminé hacia el despacho sintiendo cómo las piernas me temblaban. ¡Parecía una tarta de gelatina!

Todavía, a pesar de la situación en la que estaba, es decir, dirigiéndome al despacho del director para cumplir un castigo, una parte de mí seguía dándole vueltas a lo que el chico nuevo me dijo. No dejaba de pensar en aquella frase que tanto me hacía recordar a León, ni tampoco en la facilidad que el muy cabrón tenía para leer la mente de las personas, o por lo menos la mía.

Aunque me fastidiara reconocerlo, mi nuevo compañero de clase tenía toda la razón del mundo: mi verdadero yo estaba oculto bajo aquella máscara que llevaba utilizando desde el incidente que tuve con Camila.

Apoyé la mano sobre la manilla de la puerta del despacho y la abrí, deseando con todo mi ser que aquel caótico día terminase de una vez por todas. Pero cuando vi a Lucy sentada a horcajadas sobre Jonathan, besándolo como si su lengua le estuviese haciendo una endoscopia, sentí que el mundo se abría en dos bajo mis pies.

¿Pero qué coño estaba pasando aquella mañana?

¿Acaso estaba atrapada en una de mis frecuentes pesadillas?

Volví a agarrar la manilla de la puerta, todavía con los ojos abiertos como platos, y la cerré de nuevo con mucho cuidado de no hacer ruido. Quedé paralizada, con la mirada fija en la puerta, mientras intentaba eliminar de mi mente la escena que acababa de presenciar.

Giré sobre mis talones, todavía sin pestañear, para tomar asiento en la sala de espera.

La secretaria dejó de teclear en su ordenador para volver a observarme, pero esta vez con el ceño fruncido en un claro gesto de confusión.

Alcé la mirada del suelo y le dije con voz temblorosa:

—Mejor esperaré aquí al director.

La mujer enarcó ambas cejas e hizo un gesto extraño con la boca, antes de volver a teclear en su ordenador.

Me llevé las manos a la cara para masajearme la frente, mientras mis mejillas ardían de la vergüenza. Luego cerré los ojos, dejando caer la cabeza hacia atrás para apoyarla en la pared, mientras intentaba dejar la mente en blanco, antes de que terminara enloqueciendo...

3.

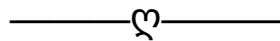
Después de casi media hora esperando, tiempo suficiente para que Lucy y Jonathan disfrutaran de su intimidad en aquel despacho, el director apareció. Primero atendió a la pareja de tortolitos que, después de casi diez minutos hablando con ellos, salieron del despacho tan campantes como si nada.

Lucy me observó sorprendida. Vi sus claras intenciones de preguntarme qué estaba haciendo allí, pero el director me pidió que pasara a su despacho y eso hice.

Para ser sinceros, prefería mil veces cumplir con el castigo que fingir con mi mejor amiga que no la había visto comiéndole la boca a Johny.

El director me sermoneó durante treinta minutos sobre mi mal comportamiento, y me obligó a prometerle una buena conducta y que nunca más volvería a insultar a ningún compañero, bajo amenaza de informar la próxima vez a mi madre.

Apenas pronuncié palabra durante todo el tiempo que él me estuvo regañando, como si fuera una niña de seis años y no de diecisiete, o bueno, mejor dicho, casi dieciocho.



Cerré los ojos, solté el aire de golpe y luego observé el cielo azul mientras las nubes corrían de un lado para otro.

—¿En serio le dijo eso al chico nuevo? —inquirió otra vez Lucy, como si todavía no se creyera la historia que Flavio le había contado sobre el pequeño percance que tuve con Leonardo.

—Por enésima vez... ¡sí! —exclamó él, tumbado sobre el césped y con la cabeza apoyada en mis rodillas.

Lucy me miró con un brillo indescriptible en sus ojos.

—¡Oh, Andy, cariño, estoy muy orgullosa de ti! —agregó con voz emocionada, fingiendo limpiarse una lágrima que en ningún momento se

asomó.

—Tendrías que haber visto la cara de estupefacción que se le quedó al chico nuevo —comentó Flavio, carcajeando a mandíbula batiente y haciendo que mis piernas temblaran por su risa.

—Me lo imagino —susurró Lucy, esbozando esa típica sonrisa suya que tanto se asemejaba a la del *Joker*, el enemigo número uno de *Batman*.

—¿Es que no podéis hablar de otra cosa, por favor? —les pregunté amablemente, a punto de perder la paciencia por completo.

—No, todavía queremos saber por qué has reaccionado de esa manera. Tú nunca te cabreas, de hecho, siempre evitas los problemas. Eres tan dulce y tierna... —murmuró Flavio, haciendo un pucherito con los labios y pellizcándome la mejilla.

Le golpeé la mano para retirársela y solté un suspiro de pura frustración.

—¡Simplemente es un gilipollas! ¡Punto! —les expliqué sin entrar en más detalles.

¿Qué les iba a decir?

¿Que el chico nuevo me atraía sexualmente y que, por muy extraño que sonara, me recordaba a mi mejor amigo de la infancia?

¡Por Dios!

Aquello sonaba demasiado absurdo como para que me tomaran en serio.

Lucy soltó un sollozo fingido, mientras cruzaba sus dedos como si estuviera haciendo una plegaria.

—Quiero una hija así, como tú —susurró con admiración.

De repente, los músculos de Flavio se tensaron como la cuerda de un arco a punto de disparar.

Desvié la atención de Lucy, quien se puso seria inesperadamente, para observar a Flavio y luego al chico que se estaba acercando hacia nosotros.

—¡Hola, cariño! —me saludó Erick... mi novio.

Lo observé en silencio durante un par de segundos que me parecieron malditamente eternos.

Erick era alto, más o menos de la estatura de Flavio. Tenía el cabello negro, los ojos azules y una sonrisa que te atrapaba de la misma manera que una telaraña lo hace con los insectos.

A parte de ser un imán para las mujeres, Erick Vidal era el capitán del equipo de fútbol del instituto, pero, a diferencia de Flavio, era bastante arrogante y narcisista.

Nunca pensé terminar saliendo con el típico chico popular, pues esta clase de espécimen que solía habitar en los colegios e institutos no solía fijarse en las chicas *nerd* como yo. Pero por culpa del dichoso incidente que tuve con Camila hace años atrás, Erick y yo nos conocimos y la chispa del amor surgió entre los dos.

O bueno, yo quería pensar que lo que sentíamos el uno por el otro era amor... aunque sabía que no era así.

Erick dejó de sonreír cuando bajó la mirada hacia mis piernas y se dio cuenta de que Flavio estaba apoyado sobre ellas.

Mis amigos no estaban muy de acuerdo con que saliera con Erick, pues ellos decían que me merecía algo mejor y, tal vez, tenían razón. Pero a estas alturas de mi vida, y a tan pocos meses de terminar el instituto para iniciar una nueva vida, me daba igual aguantar un poco más toda aquella farsa en la que estaba involucrada.

Entre Erick y yo existía un «cariño especial», no podía negar que él me había dado buenos momentos en nuestra relación. Aunque, a decir verdad, si colocábamos en una balanza los buenos y malos momentos que pasé a su lado, los malos pesaban más que los buenos.

—¿Qué, estás cómodo? —le preguntó él a mi amigo, apretando las mandíbulas con determinación.

Flavio tragó saliva, nervioso, mientras lo observaba de arriba abajo. Luego se apartó de mí, pero Erick continuó fulminándolo con la mirada.

Erick no se llevaba bien con mis amigos, en especial con Flavio. Supongo que sentía celos de la estrecha amistad que tenía con Flavio, aunque nunca me dijo por qué sentía tanto odio hacia su propio compañero de fútbol.

—Erick —susurré su nombre en un tono amenazante, captando su atención.

Él volvió a esbozar una sonrisa cuando sus ojos se clavaron en los míos. Fruncí el ceño, nerviosa, cuando su mirada me repasó con aire sombrío de los pies a la cabeza, analizándome cuidadosamente. Sabía que iba a comentar algo sobre mi aspecto físico, era lo que solía hacer. Para él, yo necesitaba ser siempre la novia perfecta.

Sin perder más el tiempo, me levanté del césped mientras sacudía el trasero para limpiarme el vestido.

Erick se acercó a mí y me peinó el cabello con delicadeza, intentando colocarlo detrás de mis orejas.

—¿Cuántas veces te he dicho que lleves un cepillo en tu mochila? Estás hecha un desastre —susurró cerca de mi rostro, antes de darme un pico en los labios.

Lo observé sin decir nada, sin sentir ni pena ni alegría.

Tenía que reconocer que sus comentarios tan fuera de lugar hicieron que casi entrara en una depresión.

Erick me había cambiado completamente, tanto física como mentalmente. Y en parte no era su culpa, pues yo había aceptado salir con él aun sabiendo lo gilipollas que podía llegar a ser.

¡Y lo hice porque Camila me obligó a hacerlo y porque no tenía otra opción!

Sí, definitivamente, tal vez la costumbre y el cariño de pasar tanto tiempo junto a Erick hicieron el roce... ¡pero, definitivamente, cada vez era más consciente de que entre él y yo no existía un amor verdadero!

—¿Podemos hablar? —me preguntó con dulzura, mientras me acariciaba la mejilla con el dorso de su mano—. A solas... —aclaró con voz más seria, mirando de reojo a mis amigos.

Observé a Lucy negar con la cabeza como si intentara comunicarse conmigo por telepatía, mientras Flavio seguía cabizbajo y con la mirada clavada en el suelo.

Finalmente, asentí con la cabeza y lo seguí hasta el campo de fútbol. Los dos nos colamos por debajo de las gradas para tener más privacidad y me crucé de brazos, esperando a que soltara por la boca la infinidad de gilipolleces que sabía que iba a decirme.

—No sé qué cojones se te pasa por la cabeza al dejar que Flavio te toque de esa manera —gritó cabreado, llevándose las manos a la frente en un gesto de frustración.

«Ahí vamos... ¡qué comience el show!», pensé.

—Desde que empezamos a salir, he hecho todo lo que me has pedido sin rechistar —le recordé, también cabreada, señalándome a mí misma con el dedo índice—. Solo hace falta que me mires para comprobar que lo que digo es cierto.

¡Y así era!

Cuando Erick me pidió para salir, los primeros meses fueron realmente los mejores de nuestra relación.

Erick era super tierno, dulce y muy atento. De hecho, gracias a él mis compañeros del insti dejaron de hacerme la vida imposible. Pero, sin saber

el por qué, Erick empezó a insinuarme que debía cambiar mi forma de vestir y usar más vestidos, faldas y tacones, en vez de ropa tan holgada. Luego se centró en mi cabello porque, según él, las melenas largas y lacias en las mujeres denotaban sensualidad y feminidad. Mi cabello natural me llegaba a la altura de la clavícula, pero eso no supuso un problema para la «espléndida» idea que Erick tuvo al regalarme unas extensiones de clip para el pelo. Durante los primeros días fue un horror usar aquellos mechones de pelo artificial, pues mi cabello era tan débil, tan frágil, que el peso de toda esa mata de pelo me hacía un daño terrible en mi cuero cabelludo.

Pero al final, como dije anteriormente, me acostumbré a mi nueva vida... sí, me acostumbré a usar aquella máscara que ocultaba a la verdadera Andrea.

—Deberías agradecerme todo lo que he hecho por ti —habló con una arrogancia que casi hizo que vomitara en sus zapatos de firma—. Eres la chica más guapa del instituto, la nueva «Reina».

Un escalofrío me recorrió la espina dorsal cuando escuché aquel apodo que, inevitablemente, me hizo recordar a Camila.

Efectivamente, salir con Erick me supuso el privilegio de que mis compañeros de clase me trataran bien y dejaran de verme como un bicho raro. Pero, a pesar de todo, de haber conseguido por primera vez que mis compañeros me trataran como a una más de su grupo, no era feliz.

Apreté los puños, al mismo tiempo que maldecía mentalmente aquella tarde de invierno en la que presencié una escena que nunca debí haber visto.

¡Aquel día fue el inicio de toda esta pesadilla!

Si pudiera volver a atrás en el tiempo, si simplemente pudiera eliminar las cosas que tuve que hacer por las amenazas de Camila...

—¿Me estás escuchando? —me gritó Erick, agarrándome por los hombros y sacudiéndome ligeramente para que le prestara atención. Parecía cabreado, asustado y frustrado a partes iguales.

Parpadeé varias veces, observándolo totalmente desconcertada por su actitud. Erick estaba más raro que de costumbre. Nunca había sido un tío de mucha paciencia, pero es que ahora ya no tenía ninguna. Al mínimo error que cometía, se ponía echo un energúmeno. Nunca llegó a pegarme, y esperaba con todo mi ser que no lo hiciera porque no iba a permitirselo. Yo también tenía un límite, un límite que se terminaría en tres meses si todo salía bien, tal y como lo tenía planeado.

Tenía decidido ir a la universidad y empezar una nueva vida, lo más lejos posible de él y de su exnovia Camila. ¡Lejos de sus amenazas y extorsiones!

Simplemente tenía que hacer un último esfuerzo, aguantar un poco más...

—No voy a permitir que mis compañeros de fútbol se burlen a mis espaldas diciendo cosas como que tú y Flavio estáis juntos. ¡No quiero volver a verte cerca de él! —siguió alzando la voz, mientras su mirada se llenaba de ira y furia, por no decir de locura.

Lo observé con el ceño fruncido, sorprendida por su inesperada reacción. Era la primera vez que me prohibía salir con mis amigos...

Apreté los dientes con determinación y le aparté las manos de mis hombros.

—Si sigues en ese plan, entraré en la lista de tus exnovias —le advertí, cabreada más que nunca.

¡Sí! Enfadada, frustrada, avergonzada...

¡Estaba harta de todo el mundo, joder!

Erick gruñó por lo bajo y, sin importarle que lo hubiese apartado, volvió a agarrarme por los hombros.

—¿Cómo te atreves? Si me dejas ahora, haré que tus últimos meses en el instituto sean peor que si hubieras ido al mismísimo infierno —susurró con voz amenazadora, mientras sus ojos echaban chispas.

Una punzada de miedo me atravesó el cuerpo entero. Intenté defenderme, pero los nervios me lo impidieron.

Ahora no solo estaba amenazada por Camila, sino también por mi supuesto novio.

—Ey, ¿por qué no te metes con alguien de tu tamaño?

Aquella voz... aquella voz grave, ronca y con ese matiz aterciopelado que me erizaba la piel... ¡no podía ser él!

Giré la cabeza hacia atrás y vi a Leonardo fumándose tranquilamente un cigarrillo, como si le importara una mierda que los profesores lo pillaran incumpliendo las normas del instituto. Pero cuando vio las manos de Erick sobre mis hombros, todavía aprisionándome como si intentara hacerme recordar que estaba allí, su mirada se oscureció en cuestión de segundos y apretó tanto la mandíbula que incluso pensé que se le quebraría.

—¡Vete a la mierda, chico nuevo! ¡Esto no es de tu incumbencia! —le gritó Erick, agarrándome del brazo para obligarme a salir de las gradas.

Leonardo lanzó el pitillo al suelo y soltó el humo por la nariz, todavía con la mirada clavada en mí.

—Suéltala ahora mismo —dijo, elevando el tono de voz y acercándose hacia nosotros.

—¿Y si no quiero? —inquirió Erick, ejerciendo más presión en mi brazo para provocar a Leonardo.

—¡Suéltala! —exclamó lleno de ira.

Erick emitió un quejido de miedo y retrocedió por instinto, antes de soltarme el brazo.

Me acaricié la zona donde sus dedos ejercieron demasiada presión, mientras lo observaba ceñuda sin comprender por qué estaba actuando así conmigo.

¿Acaso eran los celos los que nublaban su raciocinio?

No podía ser, él nunca fue un chico celoso, o por lo menos no lo era cuando lo conocí... antes de que se transformara en un completo desconocido para mí.

—Andrea, vámonos —me ordenó él, esperando a que tomara la iniciativa y así evitar que Leonardo lo golpeará.

Mi pecho subía y bajaba emitiendo un sonido de respiración forzada. No sabía qué hacer, bueno, sí que lo sabía, pero no sabía qué era lo mejor para mí: si irme con Erick para que él y su exnovia no me hicieran la vida imposible, o quedarme allí para evitar escuchar las estupideces que soltaría por su boca en aquel estado de frustración.

—Andrea... —habló de nuevo con un tono de voz amenazante, haciendo que sintiera algo de miedo.

Negué con la cabeza y di un paso hacia atrás, dejándole bien claro que no quería seguir hablando más con él. No en el estado en el que estaba.

Erick frunció el ceño, se humedeció los labios con la lengua y a punto estuvo de decirme algo, pero luego debió de arrepentirse porque cerró el pico y se dio la vuelta para irse por donde vino.

Solté el aire de golpe, liberándome de la tensión que había sentido hasta ese momento. Luego cerré los ojos y apreté el puente de la nariz, maldiciéndome por dentro.

Era consciente de que había tomado la decisión correcta, pero también sabía que mi decisión iba a repercutirme negativamente.

¡Dios!

No quería imaginarme a Camila furiosa, no otra vez...

—Sé que no es asunto mío, pero creo que deberías valorarte un poco más, empezando por dejarle las cosas claras al gilipollas de tu noviecito —habló Leonardo a mis espaldas, haciendo que me sobresaltara.

Había estado tan ensimismada en los recuerdos de aquella fatídica tarde de invierno en la que presencié algo que condenó mi vida estudiantil, que ni me di cuenta de que Leonardo seguía allí.

—Suena fácil, pero no lo es —susurré con voz apagada.

—Nadie dijo que la vida fuera fácil —murmuró él con voz ronca, logrando captar mi atención.

Me di la vuelta y, durante lo que parecieron largos segundos, ambos permanecemos en silencio incapaces de apartar la mirada el uno del otro.

Quería darle las gracias por haberme defendido de mi propio novio, ¡qué surrealista, lo sé! Pero había algo en su mirada que me hipnotizaba por completo, impidiéndome apenas pronunciar palabra.

Tragué saliva, más nerviosa que nunca, cuando recordé aquellos buenos momentos de mi pasado junto a León, sí, cuando también me rescataba de los abusones y me defendía de los que intentaban hacerme daño.

El chico nuevo frunció el ceño y también tragó saliva visiblemente, como si tuviera un nudo atorado en la garganta. Creí que iba a decirme algo, pues vi sus claras intenciones por la manera en que me estaba mirando, pero luego sacudió la cabeza, como si intentara alejar algún recuerdo de su mente, y se largó de allí sin decir más nada.

Me quedé sola durante un buen rato, muy pensativa.

Las lágrimas se agolparon en mis ojos sin remedio alguno y los suspiros que llenaban mi pecho se convirtieron en doloridos sollozos cuando, inevitablemente, volví a recordar la angustia y el miedo que experimenté en aquella tarde de invierno...

4.

Cuando llegué a casa, mi madre ya se iba al trabajo.

Marilyn Díaz era la mejor madre que pudiera existir en este mundo. Una mujer independiente que solo se necesitaba a ella misma y a mí para ser feliz, con un corazón valiente, plétórico de amor y completa confianza.

¡Sí, ella era una guerrera, una luchadora nata! Un ejemplo a seguir y que deseaba ser como ella.

Cuando empecé el instituto fue un poco difícil para mí ocultarle mis problemas, pues a ella también le extrañó muchísimo mi repentino cambio físico.

Obviamente, nunca le conté la verdad, pues no quería alarmarla con mis absurdos problemas de adolescente. Problemas que yo misma podía ponerles fin, pero el miedo que sentía era más fuerte que mi propia valentía... ¡que incluso mi propio coraje!

Me despedí de mi madre, observando cómo se alejaba en el coche. Ella trabajaba como vigilante de seguridad en un importante centro comercial y sus turnos eran casi siempre nocturnos. Se podría decir que la mayor parte del tiempo estaba sola en casa, pero tampoco era algo que me afectara negativamente. Iba a cumplir dieciocho años, ya no era una niña a la que tenían que cambiarle el pañal y darle de comer en la boca.

Cuando perdí de vista el coche de mamá, me di la vuelta para entrar en casa de nuevo, pero me quedé paralizada bajo el umbral cuando escuché el sonido de una moto acercándose a nuestra calle.

Fruncí el ceño cuando la moto, grande y de color rojo, aparcó en el jardín de la casa de enfrente, una pequeña vivienda que llevaba meses sin ser alquilada.

Achiné un poco los ojos para ver quién era aquel motorista o, mejor dicho, para descubrir quién era mi nuevo vecino, pero desde mis ojos miopes lo veía todo borroso.

¡Sí! Tenía que llevar gafas todo el tiempo, pero, adivina adivinanza... ¿por qué no las usaba?

Pues porque a Erick no le gustaban.

Me froté la frente con las puntas de los dedos, tratando de dejar la mente en blanco y no torturarme más a mí misma, diciéndome lo estúpida que era por estar con un tío como Erick Vidal.

Entré en casa, busqué en los cajones del armario del salón por mis gafas y, cuando las encontré, me las puse.

Luego me acerqué a la ventana del salón y aparté las cortinas a un lado.

—¡Por los clavos de Cristo y las sandalias de Moisés! ¿Qué está pasando aquí? —pensé en voz alta, acercándome tanto a la ventana que incluso me golpeé la frente contra el cristal.

Cuando aquel chico se quitó el casco y desveló su verdadera identidad, pensé en desmayarme allí mismo, en el propio suelo de mi casa.

¿Qué hacía el chico nuevo allí?

¿Acaso ahora íbamos a ser vecinos?

Como si Leonardo hubiera sentido mi acosadora mirada sobre él, giró la cabeza hacia la ventana de mi casa.

Abrí la boca y los ojos al mismo tiempo, avergonzada porque me había pillado observándolo, y, en reacción, me escondí detrás de las cortinas.

—Mierda, ¿me habrá visto? —me pregunté a mí misma, siendo consciente de que nadie iba a responder a mi pregunta.

Atrapé el labio inferior entre mis dientes, temblando como un flan recién horneado, mientras apartaba de nuevo las cortinas para asegurarme de que Leonardo no me hubiera visto.

Ahora, mi nuevo vecino, además de ser mi nuevo compañero de clases, estaba dándome la espalda mientras se sacaba sus guantes negros de motorista.

Inconscientemente, me relamí los labios como si estuviera viendo una succulenta fuente de bombones *Ferrero Rocher*.

Oh, desde luego que Leonardo era mucho más tentador que un bombón de chocolate con avellanas.

Había algo en él que me llamaba la atención, a parte de su belleza, pero todavía no sabía con exactitud lo que era.

De repente, Leonardo me observó por encima del hombro, sonriendo de medio lado y guiñándome un ojo con picardía.

—Sí, definitivamente, me ha visto —murmuré en voz baja, esta vez sin esconderme, sin importarme que él se pensara que lo estaba espiando porque, en realidad, eso era lo que estaba haciendo.

Leonardo dejó el casco encima de su moto cuando llegó un furgón de mudanzas. Luego se sacó la chaqueta de cuero y la sudadera, para quedarse en camiseta de manga corta. Mi corazón empezó a palpar más deprisa cuando me fijé que las mangas ajustadas le marcaban sus bíceps abultados. No me sorprendí cuando vi algunos tatuajes trepando como enredaderas por sus brazos.

¡Uff!

Sinceramente, me gustaba lo que veía en él.

Antes de que mi nuevo vecino volviese a girar la cabeza hacia la ventana de mi salón, me escondí detrás de las cortinas con rapidez.

Caminé de un lado a otro, suspirando y maldiciéndome a mí misma por lo bajo, mientras me poseían los nervios, siendo capaz de decir un millón de palabras sin sentido alguno por minuto.

Si me quedaba en casa, Leonardo se iba a pensar que su presencia me intimidaba y que me ponía nerviosa.

«Y así es», afirmó la vocecita de mi conciencia.

Sacudí la cabeza para alejar aquella molesta voz y me centré de nuevo en la realidad.

La otra opción que tenía era sacar mi coraje, ese que tanto ansiaba salir a la luz de una vez por todas, para plantarme frente a él y darle la bienvenida como la buena y educada vecina que era... bueno, lo de educada, teniendo en cuenta que lo insulté en clase, podíamos ignorarlo.

¡Agg!

En definitiva, iría a darle la bienvenida.

¡Sí, eso era lo más correcto! ¡Lo más maduro!

«¡Qué bah! Lo más maduro es seguir espiándolo detrás de las cortinas», habló con socarronería la voz de mi interior.

Gruñí cabreada, pero cabreada conmigo misma, y salí de casa decidida a dar el paso. Pues aquella reacción era la que mi antigua yo, la Andrea del pasado, hubiera hecho sin dudarlo.

Crucé la calle trotando y me acerqué lo suficiente a la moto, sintiendo el calor del motor.

Observé a Leonardo de espaldas, quien intentaba sujetar unas cajas que, aparentemente, parecían muy pesadas.

—Hola —susurré con voz apenas audible, sintiéndome realmente patética.

¿Aquella era la seguridad por la que tanto me había estado elogiando?

¡Por Dios!

Parecía un corderito recién nacido frente a un temeroso y feroz lobo.

—Leonardo —lo llamé por su nombre, esperando a que me contestara, pero él parecía demasiado concentrado en sacar las cajas del furgón.

Di un paso al frente para acercarme más y lo volví a llamar, pero tampoco tuve éxito.

Fruncí el ceño sintiendo cómo la rabia me carcomía por dentro, como si fuera una termita arrasando todo a su paso.

—¡León!

Tan pronto terminé de pronunciar aquel nombre, me llevé las manos a la boca, pero ya era demasiado tarde... ¡mi nuevo vecino me había escuchado!

Leonardo se dio la vuelta de golpe y me observó con los ojos super abiertos, igual de sorprendido que yo. Luego se quitó un auricular de la oreja y ahí fue cuando me di cuenta de que antes no había notado mi presencia porque estaba escuchando música.

—¿Cómo me has llamado? —me preguntó con voz seria, esperando por mi respuesta.

Abrí la boca, pero como no sabía qué responder a su pregunta, la volví a cerrar de golpe.

Alcé los hombros, bufando de la risa contenida y observándolo con cierta incredulidad, mientras intentaba cambiar de tema para no darle ninguna explicación con respecto a ese nombre que, a día de hoy, seguía afectándome demasiado.

—¿Acaso me estás acosando? ¿Ahora resulta que vas a ser mi nuevo vecino? ¡Qué casualidad! —expresé con ironía y de brazos cruzados, mientras alzaba el mentón en un gesto altivo.

Leonardo esbozó una sonrisa forzada, apoyándose contra el lateral del furgón y repasándome con la mirada de arriba abajo.

—¿Vives ahí? —me preguntó, señalando con un movimiento de cabeza la casa de mi madre. Yo asentí—. Ahh, así que eras tú quien estaba escondida detrás de las cortinas babeando por mí...

Ahogué un gemido, sorprendida por sus palabras.

—¡Yo no estaba babeando por ti! —le aclaré con voz temblorosa, pero tampoco sin negar el hecho de que sí lo había estado espiando.

Él dio un paso hacia mí, intimidándome con su altura.

Inevitablemente, desvié mi mirada hacia sus brazos tatuados, deseando pasar la yema de mi dedo índice por aquella tinta negra que me pedía a

gritos ser acariciada.

—¡Cuidado! —grité totalmente alarmada cuando se resbaló y casi se cayó al suelo. Pero entonces, cuando lo vi sonreír de medio lado, supe que lo había fingido.

—¡Uff! Casi me resbalo con tus babas.

Apreté los puños a ambos lados de mi cuerpo, tan fuerte que incluso me temblaron.

Era bastante cómico enfrentarme a un chico tan grande y musculoso, pues parecía una hormiguita testaruda intentando pelear con un enorme oso hormiguero.

¡Es decir, una batalla imposible de ganar!

—He venido para disculparme contigo por haberte insultado y también para darte las gracias por lo que hiciste antes... en las gradas —le dije, haciendo que su rostro se transformara a uno mucho más serio—. Pero creo que solo voy a darte las gracias. Lo de gilipollas arrogante lo mantengo aún...

—A mí me parece que el único gilipollas arrogante es tu noviecito —soltó con voz seria, muy seria.

Me humedecí los labios repentinamente secos y cambié otra vez de tema, deseando no hablar más de aquel incidente ni de dar más explicaciones.

Nadie sabía en qué clase de problemas estaba metida, y así debía seguir siendo.

—Sigo esperando —habló de nuevo, pillándome totalmente desprevenida.

Parpadeé varias veces, como si me hubiera despertado de un trance.

—¿A qué te refieres?

Leonardo dio otro paso hacia mí, intimidándome con su altura. Eché la cabeza hacia atrás para observarlo a los ojos.

¡Dios Santo!

Me sentía tan arropada, tan protegida, y eso que ni siquiera me había abrazado...

—Sigo esperando a que te arrodilles —susurró con voz ronca, inclinándose lentamente hacia mi rostro—. Para que te disculpes conmigo o, bueno, para lo que tú quieras... Mi imaginación se ha enriquecido al verte con esas gafas que te quedan jodidamente bien. Estás muy sexy.

¡Madre del amor hermoso!

¡Aquello era una insinuación en toda regla!

¿Quién se creía que era para hablarme de esa manera?

Vale, sí, no iba a negar que sus palabras me pusieron el corazón a mil por hora, pero no iba a permitir que se creyera que me tenía comiendo de la palma de su mano... ¡aunque fuera cierto!

—¡Eres inaguantable! No me puedo creer que esté a diez metros de distancia de un gran dolor de cabeza —le dije, dejándole bien claro que la idea de ser vecinos no me agradaba para nada.

—Yo diría que el inaguantable es tu novio. Te aseguro que yo, a diferencia de él, aguanto mucho más... ya me entiendes, ¿no?

¡Otra vez! ¡Lo había vuelto a hacer! ¡Sí, había vuelto a insinuarme cosas sexuales y, lo peor de todo, había logrado que las mariposas de mi estómago empezaran a revolotear como locas!

—Luego volveré para traerte un pastel de bienvenida. Ojalá mi «ingrediente secreto» haga efecto en ti —dije, pensando en la caja de laxantes que había en el botiquín de los medicamentos de mi madre.

Me di la vuelta con la intención de volver a casa y no seguir malgastando saliva con aquel idiota.

«Sé honesta, Andrea. A ti te gustaría gastar saliva con él, pero de otra manera más íntima», susurró la vocecita de mi interior.

Gruñí por lo bajo, tan frustrada con mis pensamientos lujuriosos, que ni siquiera me di cuenta de que había otra persona allí, justamente detrás de mí.

—¡Au! —me quejé de dolor, frotándome la frente cuando choqué contra el pecho de un hombre.

—¿Andrea? —preguntó aquel desconocido con una voz ronca, parecida a la de Leonardo.

Pestañeeé varias veces, un poco desconcertada, mientras me colocaba bien las gafas para observar con mayor nitidez quién era aquel desconocido.

¡Error!

No, aquel no era un desconocido...

—¿Señor Gómez? —pregunté en apenas un hilo de voz.

—¡Cuánto tiempo sin verte! —exclamó con sincera emoción, mientras mis ojos bailaban desenfrenados por su rostro—. ¿Dónde está la niña que conocí hace años? ¡Madre mía! ¡Cuánto has crecido!

Mi respiración se volvió errática por un momento y me quedé pasmada, sopesando si aquello era un sueño.

—Veo que todavía no has perdido algunas costumbres —murmuró Leonardo o, debería decir, León—. Deja de pellizcarte la mejilla, no estás soñando.

Lo observé boquiabierto, al mismo tiempo que dejaba de pellizcarme la mejilla izquierda.

—¿Andrea, estás bien? —me preguntó el señor Gómez cuando debió de ver el miedo reflejado en mi rostro.

Abrí y cerré la boca como un pececito fuera del agua, mientras caminaba marcha atrás.

León intentó acercarse a mí cuando me tropecé con el contenedor de la basura, pero alcé la mano para impedirselo.

Él me miró ceñudo, como si no entendiera mi inesperada reacción.

¡Maldita sea!

Aquel chico era León, mi León. Mi mejor amigo de la infancia, el mismo que solía cuidar de mí sin pedirme nada a cambio.

¿Por qué no me había dicho desde el principio quién era?

¿Por qué después de tantos años sin contestar a ninguno de mis mensajes, había decidido aparecer de nuevo en mi vida?

Nos observamos fijamente, como si en nuestras miradas pudiésemos encontrar las respuestas a las miles de preguntas que ambos teníamos rondando por la cabeza.

Subí las escaleras del porche dando traspiés, antes de entrar en casa y cerrar la puerta tras de mí. Me quedé apoyada con la espalda sobre la dura madera, pensando en todo lo que había sucedido en tan pocos segundos.

¡Uff!

Mi héroe había vuelto, sí, pero transformado en villano... ¡en un villano sexy!

5.

—¿Qué te ocurre? Estás muy pálida —dijo Lucy.

—Nada... —susurré con voz apagada.

—¡Mentira! —exclamó Flavio, poniendo su cabeza entre el hueco del hombro de Lucy y el mío.

—¡Estamos hablando de cosas serias, cosas de chicas que tú no puedes escuchar! —soltamos al unísono ella y yo, empujando a Flavio para que volviera a tomar asiento en su sitio.

Solté un suspiro que me surgió de lo más profundo de mi ser.

No había pegado ojo en toda la noche, sabiendo que a pocos metros de distancia de mi casa estaba viviendo León.

Todavía no me podía creer todo lo que estaba sucediendo, ni que las cosas hubiesen surgido de aquella manera tan extraña e incómoda.

«Hablando del rey de Roma...», susurró la vocecita de mi interior.

Alcé la vista del pupitre y vi a León entrando en el aula. Ese día llevaba puesto unos pantalones vaqueros que le sentaban genial, una sudadera negra y una chaqueta vaquera por encima.

León era terriblemente guapo, muy guapo.

Esperé a que nuestras miradas se cruzaran, pero eso no fue lo que pasó. Él tomó asiento en la última fila sin ni siquiera mirarme a la cara.

—¡Buenos días! —exclamó la señora González, llena de vitalidad y energía—. Hoy anunciaré quiénes serán vuestras parejas de estudio. De hecho, Lucía Torres y Jonathan Hernández, ¿qué hacéis separados? ¡Quiero que os sentéis juntos ahora mismo!

—La mala suerte siempre me acompaña —susurró Lucy cabreada, aunque sabía que lo estaba fingiendo.

Yo no dije nada.

Si ella no quiso contarnos a Flavio y a mí que estaba saliendo a escondidas con Jonathan, tendría sus buenos motivos.

—Flavio Ruiz y Camila García. —La profesora anunció la siguiente pareja.

—¡Yo sí que tengo mala suerte! —exclamó indignado Flavio, levantándose del asiento y refunfuñando como un niño pequeño.

¡No lo culpaba!

Yo también estaría decepcionada si me tocara ser la pareja de Camila, alias *Cruella de Vil*.

Lucy, antes de ir hacia el pupitre de Jonathan, sacó una botella de agua de su mochila y empezó a rociar a Flavio con pequeñas gotitas.

—¿Qué coño estás haciendo, loca? —le preguntó Flavio, intentando cubrirse el rostro con el brazo.

—*In nómine Patris et Fílli et Spíritus Sancti...* ¡Amén! —recitó aquella oración en latín, mientras hacía el dibujo de una cruz en el aire—. Te estoy bendiciendo con agua bendita para que ese demonio no te devore el alma.

—Tú sí que eres el demonio en persona —murmuró Flavio, al mismo tiempo que ellos dos se alejaban hacia la esquina del aula para tomar asiento con sus respectivas parejas de estudio.

Me quedé quieta, sin apenas moverme, mientras sentía un cúmulo de nervios en el centro de mi estómago.

Conocía las estrategias de mis profesores. Sabía que la señora González había juntado a Flavio y a Camila porque los dos se llevaban como el perro y el gato. Y lo mismo sucedía con Lucía y Jonathan, aunque, en realidad, los profesores no tenían ni la más mínima idea de lo que ellos dos se traían entre manos... literalmente hablando.

Me mordí el labio inferior, más nerviosa que nunca, al ser consciente de que la señora González ya se habría enterado de que su compañero, el señor Méndez, me había castigado por mal comportamiento.

Por ello, tenía la intuición de que la profesora de biología iba a...

—Leonardo Gómez y Andrea Díaz —dijo ella, interrumpiendo mis pensamientos.

«Mierda», pensé para mis adentros.

Ni siquiera reaccioné. Ni siquiera me digné a mirar hacia atrás para ver la reacción del que, en su momento, fue el mejor amigo que hubiese podido tener en toda mi vida.

Había fantaseado miles de veces con volver a reencontrarme con León, deseosa por saber cómo estaba. Pero lo que nunca me habría imaginado era que pudiera convertirse en un hombre tan atractivo, incluso más que *Superman*.

¡Sí, León superaba con creces cualquier superhéroe del universo *DC Comics*!

Contuve un gemido cuando él tomó asiento a mi lado. Tragué saliva con fuerza, intentando contener otro gemido que surgió desde lo más profundo de mi ser, cuando su olor tan varonil me embriagó por completo.

—Si tienes en mente escapar de nuevo, avísame con antelación para decirle a la profesora que me busque otra pareja —dijo con voz neutra, sin mostrar emoción alguna.

Aquello me desconcertó más de lo que ya estaba.

¿Aun por encima, después de que nunca hubiese contestado a mis mensajes, tenía la poca vergüenza de hacerse la víctima?

¡Maldita sea!

—¿Puedo hacerte una pregunta? —inquirí, yendo directamente al grano y haciendo oídos sordos a las explicaciones de la señora González.

—Acabas de hacerla —aclaró él, observándome tan serio, tan frío, que incluso me entraron ganas de echarme a llorar.

Aquella situación me daba una pena enorme, pues en el fondo sabía que los dos éramos como el ying y el yang, almas gemelas, y ahora... bueno... ¡ahora todo se había quedado en nada!

—¿Por qué no me dijiste quién eras desde el principio? ¿Acaso pretendías ocultármelo? —pregunté con uno tono de voz que rozaba la decepción.

—Porque he venido hasta aquí, apropósito, para recuperar a mi mejor amiga, pero todavía no la he encontrado... —respondió con un tono de voz frío e irónico, haciéndome sentir mal conmigo misma.

—Tú también has cambiado demasiado, ya no eres el mismo chico que conocí hace años.

León apretó la mandíbula, fortaleciendo su enfado hasta convertirlo en determinación, pero no dijo nada.

Por más que me esforzara en averiguar qué era lo que él estaría pensando sobre mí en aquel preciso momento, no era capaz de descifrar su intensa mirada.

—Os aconsejo empezar la tarea cuanto antes. Como podréis ver —habló la profesora, señalando los apuntes en la pizarra para que tomáramos nota—, hay bastantes temas que trataremos a lo largo de este trimestre. Así que, hablad con vuestra pareja y organizaos para ir empezando con el proyecto de fin de curso.

—Uff, sí, lo estoy deseando... —dije con ironía, hablando desde la rabia.

—Ya somos dos —murmuró León, también en un claro tono irónico.

Los dos nos centramos en tomar los apuntes necesarios para realizar la tarea, intentando evitar el cruce de nuestras miradas o entablar algún tipo conversación.

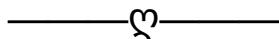
Creo que fue la primera vez en mi vida que rompí la punta de un bolígrafo, y todo por la rabia que se estaba desencadenando en mi interior, rabia porque los dos teníamos una espina clavada en nuestros corazones.

¡Una espina que iba a costar lo suyo sacarla!

Miré de reojo a León por última vez, y me sorprendió que él también me estuviera mirando.

Fruncí el ceño, cabreada, y volví a centrar mi atención en los apuntes.

Lo único que deseaba en aquel momento era que la clase de biología finalizara cuanto antes, para largarme al recreo tan pronto la campanilla lo anunciara.



—¿Os lo podéis creer? Ahora no solo tengo que aguantar al estúpido de Jonathan en clases, sino también fuera de ellas para hacer el dichoso trabajo de fin de curso. ¡Me cago en la puta! —gritó Lucy cabreadísima, caminando en círculos sobre el césped y evitando pisar las flores del jardín del instituto.

La observé atentamente en silencio, consciente de lo buena actriz que era. Si nunca la hubiese pillado liándose con Johny en el despacho del director, en esos momentos me habría creído su discurso.

¡Definitivamente, deberían darle un óscar a la mejor actriz del año!

—Al menos Johny es un tío listo y te echaré un cable con la dichosa tarea. Yo, en cambio, tengo mis dudas de si Camila sabe distinguir las cinco vocales —murmuró Flavio con fastidio.

—Decir su nombre es como invocar al diablo —dijo Lucy de brazos cruzados, mientras observábamos a Camila acercarse hacia nosotros.

Su larga melena bien cepillada se deslizaba hasta casi su cintura y brillaba con los rayos del sol.

Camila era como un ángel... o más bien era como un demonio vestido de angelito.

—No olvides que esta tarde tenemos entrenamiento —me dijo ella con voz seria, parándose frente a mí con las manos en su estrecha cintura y mirándome con cierto desdén.

Asentí con la cabeza sin pronunciar ni una sola palabra y ella, repasándome con una mirada acerada, se largó de allí mientras el resto del grupo de animadoras la seguían.

—Míralas, parecen sus súbditas —dijo Lucía mientras las observaba con cierto asco—. Todavía sigo sin entender por qué cojones eres animadora, Andrea.

Alcé los hombros y los dejé caer con pesadez sin saber qué responder. Bueno, sí que había un motivo para aclarar sus dudas, pero no podía decírselo... ¡no podía decirle la verdad!

—¡Oh, vamos! A ti también te quedarían super bien unos pompones color rosita. ¡Dame una F, dame una L, dame una A, dame una V, dame una I, dame una O! ¡Flaaaavioooo! —gritó él, forzando una voz aguda para imitar a las animadoras—. ¡Ah, joder! ¿Quieres dejar de tirarme cosas? —dijo cabreado, cuando Lucy le arrojó un bote de zumo a la cara.

—¡Lo haré cuando dejes de decir estupideces!

—¿Hoy vas a venir a las gradas para ver cómo entrenamos? —le pregunté, levantándome del césped y observándola fijamente.

Intuía cuál iba a ser su respuesta, pero quería escucharla de su propia boca.

Lucía nunca se perdía mis entrenamientos ni los de Flavio, pues las animadoras y los jugadores de fútbol entrenábamos los mismos días para coordinarnos. Pero ella llevaba casi una semana sin venir a los entrenamientos, justamente desde el día que Jonathan se había torcido el pie.

¿Casualidad?

Desde luego que no...

—Hoy no puedo, tengo que quedar con mi pareja de estudio —dijo con aborrecimiento, como si quedar con Jonathan le supusiera un sacrificio.

—Ánimo, no creo que sea tan malo estudiar con él. Parece un buen tío —susurré en voz baja, evitando que Flavio escuchara la conversación, mientras ella me observaba con un brillo especial en los ojos—. Nos vemos mañana —me despedí de ella.

—¡Hasta luego, hija de Satanás! —dijo Flavio, envolviendo su brazo alrededor de mis hombros, mientras caminábamos hacia el campo de fútbol.

Salí de los vestuarios femeninos con el uniforme puesto: una minifalda blanca con detalles en color rojo y un top del mismo color, pero con detalles en color blanco, donde llevábamos grabado el escudo del equipo de fútbol de nuestro instituto.

Mis compañeras habían empezado a hacer ejercicios de estiramiento. Me acerqué a ellas, mientras Camila me observaba de arriba abajo, con desdén y asco, antes de iniciar la explicación para la siguiente coreografía que teníamos pensado hacer en la final del campeonato de fútbol estudiantil.

Una de mis compañeras que, sinceramente, no me digné a aprender su nombre, se acercó a Camila para hacerle un moño y evitar que el pelo se le pegara al sudor de su cuello.

Fruncí el ceño, deteniendo mi entrenamiento, mientras observaba cómo Camila sonreía con pillería y se mordía el labio inferior, hasta que sus ojos se desviaron hacia mí y su rostro se volvió a poner tenso.

—¡Seguid entrenando! —gritó llena de rabia, palmeando al ritmo de la música.

Sacudí la cabeza y me concentré en seguir haciendo los pasos de la coreografía. Pero, inevitablemente, mi mente no dejaba de viajar a aquel momento del pasado que tantas veces deseé no haber presenciado.

A día de hoy seguía maldiciendo la mala puntería de Lucy cuando le lanzó una botella de agua a Flavio, pero ésta se estrelló contra mí. Ese día, mi sudadera pareció una esponja cuando absorbió todo el agua. Mi tutor me dijo que fuera a los vestuarios del campo de fútbol y que cogiera una camiseta de las animadoras para cambiarme y así evitar resfriarme.

Apreté los puños mientras la música del CD que Camila había puesto en la minicadena resonaba como un eco en mi mente, pero que no me impidió dejar de recordar aquel maldito suceso de mi pasado...

Ese día hice lo que el profesor me pidió, además, no quería ir a clases mojada. La idea de llevar puesta la camiseta de las animadoras no me agradó demasiado, pero era la única opción que tenía.

Así que, fui a los vestuarios creyendo que no habría nadie allí, pues sabía que las animadoras y los jugadores del equipo de fútbol entrenaban por las tardes, fuera del horario de clases. Pero cuando entré en los vestuarios y vi ropa femenina esparcida por el suelo, me extrañó

muchísimo. Agarré uno de los tops y seguí caminando hacia las duchas cuando escuché risitas y gemidos.

¡Maldita sea!

Ese día pude haber salido de los vestuarios, dar marcha atrás, pero la curiosidad me pudo más que mi raciocinio.

Y entonces presencié algo que nunca debí haber visto, algo que iba a arruinarme la vida en el instituto para siempre.

Allí, bajo los chorros del agua de la ducha, estaban Camila y una de sus compañeras de clase restregándose la una contra la otra, dándose placer mutuamente, mientras se besaban y manoseaban sin descanso alguno, como si no hubiera un mañana.

Al principio, Camila sintió vergüenza cuando me vio allí parada frente a ellas. Por aquel entonces «La Reina del Instituto» estaba saliendo con Erick, es decir, «El Rey del Instituto», sí, mi actual novio. Pero ese día comprendí que Camila no estaba saliendo con Erick por amor, sino para ocultar su homosexualidad.

Era absurdo que ella, a día de hoy, siguiera ocultando su homosexualidad, pues a mí nunca se me ocurriría juzgarla por ello.

¡Al contrario!

Yo era una persona muy romántica, y todo lo que tuviera relación alguna con el amor lo apoyaba a muerte.

Pero Camila, a pesar de jurarle que no le contaría a nadie lo que mis ojos acababan de presenciar, recurrió a amenazas para asegurar mi silencio.

¡Sí!

Camila me amenazó con hacerme la vida imposible, si le contaba a alguien su secreto.

¡Y se lo creí, desde luego que lo hice!

Ella era la típica persona capaz de hacer cualquier cosa simplemente por el hecho de estar por encima del resto de la gente.

Así que, sí, podría esperarme cualquier cosa de ella... ¡cualquier cosa como obligarme a salir con su exnovio!

Al principio rechacé aquella absurda idea.

Yo no quería flirtear con nadie, y mucho menos con Erick Vidal. Pero a ella le bastó con recurrir a más amenazas para intentar convencerme.

Así que, a regañadientes, hice lo que me pidió.

Me dije a mí misma que simplemente era intentar hacerle creer a un chico que estaba locamente pillada por él, pero, al final, la que terminó

encariñándose fui yo.

Como dije anteriormente, Erick, al principio, fue muy dulce y atento conmigo. Estaba casi segura al cien por cien de que los dos nos llegamos querer de verdad, hasta que su personalidad cambió radicalmente de la noche a la mañana.

Nunca pensé que la verdadera intención de Camila al pedirme hacer todo aquel paripé fuera para que sus compañeros se compadecieran de ella.

Al final pasé de ser el bicho raro a ser la «puta» que le robó el novio a «La Reina del Instituto» durante casi medio año, hasta que Erick consiguió ser el capitán del equipo de fútbol y tener suficiente «poder» para que mis compañeros dejasen de tratarme mal.

—¡Lo estás haciendo mal, Andrea! ¡Vuelve a repetir el paso! —me gritó ella muy enfadada, como de costumbre, mientras supervisaba el entrenamiento bajo lupa.

Intenté hacerme una coleta alta cuando el sudor empezó a correr por mi espalda, pero las malditas extensiones de clip me dificultaban la tarea.

¡Uff!

En el fondo, Erick me daba pena. Estaba claro que él no había superado su ruptura con Camila. Y lo sabía porque, después de jurarme que me quería, que me amaba con todo su ser, empezó a intentar cambiar ciertos aspectos físicos de mi cuerpo para que me pareciera más a ella: cabello largo, maquillaje, uñas de gel, tacones, vestidos...

En su momento no lo quise ver, pues yo creía estar enamorada de él.

¡Sí!

Creía que aquello que estaba sintiendo era amor, pero no era así...

Lo que había sentido por Erick era protección y me aferré a él como si fuera un bote salvavidas.

Erick me había ofrecido su ayuda, había conseguido que mis compañeros de clase dejaran de insultarme, y yo, ilusa de mí, me aferré a eso intentando convencerme de que aquello que sentía por él era amor. Mi primer amor de adolescente...

¡Qué engañada estaba!

Algunas veces, antes de acostarme, me sentía mal conmigo misma porque, de alguna manera, estaba usando a Erick para mi propia conveniencia.

¡Y no estaba bien hacer eso, lo sabía, joder si no lo sabía!

Pero entonces, cuando recordaba que él también me estaba usando para olvidar a Camila, el sentimiento de culpa desaparecía momentáneamente.

Lo único que tenía que hacer era aguantar un poco más, el último empujón para alejarme de las extorsiones de Camila y de la continua presión de Erick al intentar convertirme en ella.

El ruido de un silbato me obligó a despertarme de mi ensimismamiento.

Erick estaba en el centro del campo de fútbol, dando instrucciones a los primeros jugadores que salieron de los vestuarios. Los chicos empezaron a piropearlos, aunque más bien piropearon a Camila, mientras trotaban alrededor del campo.

Fruncí el ceño, sintiendo una corriente eléctrica por toda la espalda, como una sensación de que alguien me estaba observando.

Entonces, como si todo sucediera a cámara lenta, observé a León trotar por el césped junto a Flavio. Los dos nos observamos fijamente, hasta que él bajó su mirada hacia mis desnudas piernas para luego volver a clavarla en mi rostro. Lo vi tragar saliva con cierta dificultad y humedecerse los labios como si estos se le hubiesen secado repentinamente.

—¡Andrea, céntrate, joder! —volvió a gritar Camila, interponiéndose en mi campo visual.

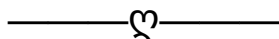
Pestañeeé varias veces para volver en sí y asentí con la cabeza, intentando mantener mi atención en las explicaciones de «La Reina del Insti» y no en los músculos que se le marcaban a León bajo su camiseta.

¡Por todos los santos del cielo!

León tenía un cuerpo fibroso y era el más alto de todos sus compañeros, sobrepasaba la estatura promedio de un chico de dieciocho años.

¡Uff!

¡Era imposible mantener apartada la mirada de él durante mucho tiempo!



Pasaron casi treinta minutos de tortura.

Sí, tortura porque Camila no me dejaba casi ni respirar para recobrar el aliento, y porque cada vez que León hacía flexiones mis ojos no se resistían a mirarlo completamente embobada. La manera en que los músculos de sus brazos se tensaban era algo inexplicable, y no podía dejar de imaginarme lo sexy que se vería su cuerpo encima del mío.

No sé, tal vez mis hormonas estaban un poco revolucionadas...

—¡Otra vez! —gritó Erick, y su potente voz me hizo recordar que también estaba allí entrenando.

¡Maldita sea!

Ni siquiera me había dignado a observar a mi supuesto novio.

—¡Una vez más! —gritó Camila, casi al mismo tiempo que Erick, mientras volvía a darle al *play* a la minicadena.

Lucía tenía razón: ser animadora era una mierda, o por lo menos lo era para mí.

¡Agg, odiaba a Camila con toda mi alma!

¿Acaso no pudo haber pensado otra idea para mantenerme bajo control, sin tener que obligarme a participar en su absurdo grupo de animadoras?

¡Maldita sea!

Daba igual lo que hiciese, Camila siempre encontraría la manera de extorsionarme, manipularme y jugar conmigo a su puto antojo.

«Tres meses, Andrea. Solo quedan tres meses», me repetí a mí misma mentalmente.

Unos suspiros por parte de mis compañeras hicieron que alzara la vista del suelo para confirmar que los chicos se estaban sacando las camisetas.

Nunca había sentido tentación alguna en observar los torsos desnudos de los jugadores del equipo fútbol de nuestro instituto, ni siquiera el de mi novio, aunque ya no era la primera vez que lo veía desnudo. Pero algo en mi interior me obligó a poner toda mi atención en alguien en concreto, en alguien que me robaba el sueño cada maldita noche.

Inspiré profundamente hasta llenar de aire mis pulmones, mientras observaba cómo León se sacaba la camiseta por la cabeza y dejaba a la vista unos pectorales bien trabajados y unos abdominales sobre los que se podría fácilmente planchar la ropa.

Pero lo que realmente me llamó la atención fue un tatuaje del rostro de un león con la boca abierta, situado justamente en su hombro izquierdo.

«Cuando sea mayor, me haré el tatuaje de un león en tu honor», recordé aquella frase como si todavía pudiera escuchar la dulce y aguda voz de aquel niño que lo consideraba como mi «hermanito mayor», mi héroe.

León se secó el sudor de la frente con la camiseta y luego frunció el ceño, como si se diera cuenta de que lo estaba observando. Mis mejillas se encendieron por la vergüenza cuando desvió la mirada hacia mí y luego esbozó una sonrisa ladina que hizo que me derritiera por dentro.

—¡Cuidado! —gritó Flavio completamente alarmado.

Mis compañeras empezaron a chillar como locas, corriendo hacia los laterales.

¿Qué estaba sucediendo para que...

Pum.

Cuando la pelota me golpeó en la cara, entendí por qué ellas habían reaccionado de aquella manera.

Un dolor agudo me atravesó el rostro entero, en cada rincón de mi piel, mientras sentía que la visión se me nublaba.

Me senté en el suelo y me tumbé boca arriba cuando me sentí repentinamente mareada, mientras parpadeaba a toda pastilla para que aquellos destellantes puntitos blancos desaparecieran de mis ojos.

—Andy.

Escuché la voz de León, como si sonara lejana, y, antes de cerrar los ojos, lo vi arrodillado a mi lado, observándome con mucha preocupación...

6.

—Si tienes dolor, toma un paracetamol cada ocho horas. ¿Está bien?
—me susurró con voz cálida la enfermera del instituto.

Yo asentí con la cabeza.

—Tengo que ir a los vestuarios. Parece ser que uno de vuestros compañeros se ha resbalado en la ducha, probablemente por hacer el tonto —habló de nuevo, guardando un montón de medicamentos y vendas en un maletín negro—. Te recomiendo que vayas a casa y descanses.

—Gracias —susurré con voz apenas audible, antes de que ella abandonara la sala de enfermería.

Todavía sentada en el borde de la camilla, jugando a entrelazar y desentrelazar mis dedos, observé a León apoyado contra una columna. Se veía irresistible y seguro de sí mismo, mientras sus ojos dorados me atravesaban el alma.

—Como en los viejos tiempos... —murmuró bajando la mirada al suelo, haciendo que algunos mechones azabaches de su pelo cayeran sobre su frente—. Siempre rescatándote en el momento exacto —dijo, levantando de nuevo la mirada para clavarla en mi rostro—. Sigues siendo tan torpe como cuando te conocí, señorita Pupas.

Inevitablemente, esbocé una sonrisa cuando recordé aquel apodo tan gracioso que él solía usar conmigo cuando éramos unos críos.

¡Pero León tenía razón!

Yo era la persona más torpe del planeta Tierra.

Daba igual lo mucho que me esforzara para evitar caerme o tropezarme, pues siempre había algún momento en el día en el que terminaba haciéndome daño.

—No fue mi culpa —le dije, arrepintiéndome al momento cuando mi voz sonó temblorosa.

—Sí que lo fue. Si no te hubieras quedado embobada mirándome los abdominales, tal vez habrías podido esquivar la pelota —dijo con

arrogancia, pero esbozando esa sonrisa que me indicaba claramente que estaba bromeando.

—¿Desde cuándo te has vuelto un déspota? —le pregunté, intentando bajarme de la camilla.

León frunció el ceño y corrió hacia mí para agarrarme de la cintura. El simple contacto de sus cálidas y enormes manos en mi piel, hicieron que una extraña tensión creciera entre los dos.

Él, consciente de lo que estaba pasando, se separó de mí y volvió a adoptar esa expresión enojada que tanto empezaba a odiar.

—¿Y tú? ¿Desde cuándo te has convertido en esto? —preguntó, señalándome con la mano con cierto desprecio.

—¿A qué te refieres? —inquirí, apretando los dientes porque sabía que lo que iba a soltar por la boca no iba a gustarme para nada.

—Te has convertido en algo que siempre has odiado con todo tu ser. Tú no eres así, Andy...

—¡No tienes idea de nada, ni mucho menos sobre las cosas que he tenido que aguantar! Han pasado casi seis años y la gente cambia.

—Ni que lo digas... —murmuró en voz baja, relajando las facciones de su rostro como si estuviera decepcionado conmigo.

Desvié la mirada hacia la puerta con la intención de distraerme con algo, o su mirada llena de dolor terminaría haciéndome daño emocionalmente.

La última vez que vi a León, lloró por mi culpa. No quería recordar aquel momento, mi corazón no lo soportaría de nuevo.

—Déjame ayudarte —dijo a regañadientes, como si le jodiera «dar su brazo a torcer», pero se lo impedí—. O tal vez prefieres la compañía de tu noviecito, el mismo que ni siquiera se ha preocupado por ti —habló en voz alta, muy encolerizado.

—Puedo sola —dije con rabia mientras fruncía el ceño.

¿Qué pensaba? ¿Que el hecho de que Erick no estuviera en la enfermería a mi lado, cuidándome como el buen novio que intentaba aparentar ser delante de los demás, iba a ponerme triste?

¡Y una mierda!

León y yo salimos de la enfermería, mientras él murmuraba por lo bajo cosas que no alcancé a escuchar con nitidez.

Cuando llegamos a la zona de los aparcamientos, no había nadie por el recinto.

«Mierda». Maldije para mis adentros al darme cuenta de que había perdido el autobús.

Empecé a caminar con la intención de volver a casa andando, pero León me agarró del codo y tiró de mí hasta casi chocar contra su pecho.

Los dos nos quedamos en silencio durante unos largos y tensos segundos que hicieron erizarme el vello de todo el cuerpo.

—Somos vecinos, Andy —murmuró con voz ronca, inclinando la cabeza hacia adelante para mirarme a los ojos.

Yo, por el contrario, incliné la cabeza hacia atrás para observarlo a la cara.

Era tan alto, maldita sea...

—No hace falta que me lo recuerdes. Ahora, por favor, ¿puedes soltarme?

Él esbozó una sonrisa triste que hizo que sintiera un agudo pinchazo en el corazón.

¿En qué momento habíamos pasado del cariño al odio tal fácilmente?

Yo no quería aquello, de verdad que no deseaba que entre los dos albergara ningún tipo de rabia. Lo había echado mucho de menos, no hubo ningún día en el que no pensara en él. Y ahora que lo tenía a mi lado de nuevo, no era capaz de enterrar el orgullo y la rabia... ¡increíble!

—Veo que algunas cosas no han cambiado todavía. Además de torpe, sigues siendo jodidamente terca... ¡o incluso más terca que cuando tenías doce años!

Entreabrí la boca para dejar escapar un gemido de sorpresa.

Cada palabra que León pronunciaba, hacía que mi sistema nervioso estuviese a punto de estallar.

—No voy a dejar que te vayas sola a casa, Andy. Y menos aún después de desmayarte —dijo con voz seria y a la vez ronca por nuestra cercanía.

Giré la cabeza hacia los aparcamientos para observar su moto, intentando romper la tensión sexual que se había instaurado entre los dos.

—¿Iremos en eso? —inquirí con el ceño fruncido.

León soltó una risita que hizo que mi corazón se acelerara alocadamente.

—Eso se llama moto y sí, quiero que te montes en ella ahora mismo —dijo y, aun sabiendo que el contexto hacía referencia a la dichosa moto, mi lado más lujurioso, ese que solo León era capaz de invocar, hizo que

pensara en otra cosa a la que estaría dispuesta a montar si él me lo pidiera con esa voz tan cavernosa.

Los dos nos acercamos a la moto y, antes de que él me ayudara a subirme a ella, lo empujé por el pecho mientras negaba con la cabeza.

—A ver... —susurró con un tono de fastidio en su voz, al tiempo que ponía los ojos en blanco. ¡Agg! Un gesto que él sabía perfectamente que odiaba desde que éramos unos niños—. ¿Qué ocurre ahora?

Señalé el casco y enarqué una ceja.

—Solo tienes un casco.

—Tranquila, eres tan cabezona que, en el caso de tener un accidente, tu cerebro estará protegido, incluso más que si llevaras el casco puesto.

Quise protestar e insultarlo como se merecía, pero, sin esperármelo, me colocó el casco y me lo abrochó con mucho cuidado de no hacerme daño.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunté, sintiéndome como la *Hormiga Atómica*.

León sonrió, pero esta vez fue una sonrisa sincera. Luego, haciendo caso omiso a mi pregunta, me alzó por la cintura como si pesara un gramo y me sentó a horcajadas sobre su moto.

La falda de mi uniforme se subió más de lo debido y a León no le pasó desapercibido aquello, de hecho, clavó su mirada en mi muslo y bajó sus manos lentamente desde mi cintura hasta llegar a mis piernas.

Ahugué un gemido cuando sus pulgares empezaron a trazar perfectos círculos sobre mi piel erizada.

—Sujétate fuerte a mí, ¿vale? Y ten cuidado de no tocar con el pie esta parte de la moto —dijo, al mismo tiempo que bajaba su mano hasta mi tobillo, aprovechando para acariciarme toda la pierna.

—Ajá... —Fue lo único que logré articular, mientras él sonreía de oreja a oreja y se subía a la moto con demasiada agilidad.

—No tan fuerte, Andy —dijo sin apenas respirar, dándome cuenta de que le estaba apretando las costillas.

—Lo siento —musité sacando mis brazos de su cuerpo.

—No, no me sueltes —me ordenó, volviendo a agarrar mis muñecas para obligarme a abrazarlo—. ¿Es tu primera vez?

—No —respondí contundente, pero cuando él me observó por encima del hombro con el ceño completamente fruncido, me di cuenta de que estaba hablando de la moto—. Perdón, sí... es la primera vez que me subo a un cacharro de dos ruedas.

León soltó una risa y luego asintió con la cabeza, como si hubiera recordado algo gracioso, mientras encendía la moto.

—Eso es cierto. Ni siquiera dejaste que mi padre te enseñara a andar en bicicleta cuando éramos unos críos.

Cuando la moto empezó a moverse, haciendo un ruido ensordecedor, me di cuenta de que los brazos me temblaban exageradamente.

—Al final has cumplido tu sueño de tener una moto —dije, intentando sacar un tema de conversación para no ponerme nerviosa.

Las motos me asustaban, tanto como las bicis. Aquello era imposible de manejar.

¿Cómo conseguía la gente mantener el equilibrio sobre dos ruedas?

¡Yo ni siquiera sabía manejar el coche de batería del hermano pequeño de Lucía!

—Aún me quedan otros sueños mucho más importantes por cumplir, Andy —dijo, observándome por encima del hombro mientras se colocaba sus guantes negros.

Quise preguntarle a qué se refería y conocer algún dato más sobre esos sueños, pero cuando hizo un leve movimiento con la muñeca, la moto empezó a rugir.

—¡Ah! —chillé completamente horrorizada cuando nos incorporamos a la calzada.

Empecé a sentir un ligero hormigueo, tal vez esa era la sensación de adrenalina de la que León solía hablar.

No sé, no sabía con exactitud qué era lo que estaba sintiendo, pero me gustaba...

Poco a poco, fui perdiendo el miedo.

León sabía cómo pilotar y yo confiaba plenamente en él, pues sabía que no haría nada que pudiese ponerme en peligro.

Cerré los ojos y apoyé la cabeza en su espalda, entrelazando mis dedos a la altura de su estómago, mientras el viento golpeaba mi cara.

Sé que iba a sonar absurdo, pero ahora entendía cuando León me decía que montar en moto era como una experiencia espiritual. Podía sentir los músculos tensos, la vista y el equilibrio más agudizados que nunca. Incluso podía sentir el suelo en la planta de mis pies, sin ni siquiera tocarlo.

Aquello era una de las experiencias más bonitas de mi vida que nunca olvidaría: la gravilla del asfalto, los baches, el viento golpeando contra mi

cuerpo, la llovizna que anunciaba el próximo inicio de la primavera... incluso aunque me cayera, llevaría la marca de ese momento en mi piel.

¡Sí, otro momento único junto a León!

Sin darme cuenta, dejé de ejercer presión en el agarre y bajé la mano un poco más de lo necesario.

León gruñó por lo bajo cuando mis nudillos rozaron la cremallera de sus vaqueros y la moto, inesperadamente, hizo un caballito.

Chillé, pero no de miedo, sino por la excitación del momento.

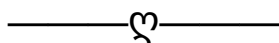
—Ten cuidado la próxima vez, o juro por Dios que ya no podré controlarme —susurró entre dientes, sin mostrar vacilación alguna en sus palabras, mientras me observaba por el retrovisor.

Asentí con la cabeza y la volví a apoyar en su espalda, apretando los labios para reprimir una risilla.

¿A qué se refería exactamente con no poder controlarse?

¿Hablaba de no poder controlar la moto? ¿O acaso hacía mención a no poder controlar lo que llevaba colgado entre sus piernas?

Sacudí la cabeza para alejar cualquier tipo de pensamiento impuro que tuviera relación alguna con el sexo, y me aferré a él más fuerte, como si fuera un chaleco salvavidas, mientras disfrutaba del trayecto.



Cuando llegamos a nuestro destino, León aparcó la moto en el jardín de su nueva casa y me ayudó a bajarme.

Agradecí tener todavía el casco puesto, pues el mero contacto de sus manos en mi cuerpo hacía que mis mejillas ardieran por el deseo que sentía hacia él, mientras el calor se acumulaba en la parte baja de mi vientre.

León me ayudó a sacarme el casco para luego colocarlo encima de su moto.

Sin decir nada, nerviosa por el bochornoso momento que experimentamos antes, caminé hacia mi casa y él me acompañó.

Cuando llegué a las escaleras del porche, lo observé fijamente y tuve que hacer acopio de todas mis fuerzas, de todo mi autocontrol, para no abalanzarme sobre él y plantarle un beso.

Sacudí la cabeza para alejar aquellas absurdas ideas, y le pregunté:

—¿Esperas a que te dé un beso de despedida?

Las comisuras de su boca tiraron hacia arriba, de manera sensual, cuando le hice recordar aquellos momentos de nuestra infancia donde siempre le daba un beso en la mejilla para despedirme de él. El problema era que, en aquel momento, mis intenciones no eran besarlo exactamente en la mejilla...

Me mordí el labio inferior, mientras mi corazón martilleaba contra mi pecho con una fuerza sobrenatural.

—Esperaba a que me invitaras a pasar a tu casa para hablar sobre nosotros, pero un beso también me sirve —respondió con voz ronca, guardándose las manos en los bolsillos de su pantalón y sonriendo ampliamente.

«Hablar sobre nosotros», pensé para mí misma.

El mero hecho de pensar en la palabra «nosotros», hacía que sintiera cosquillas en la boca del estómago.

Me di la vuelta, dándole la espalda, para subir las escaleras del porche. Luego abrí la puerta y, bajo el umbral, giré sobre mis talones para observarlo fijamente.

León parecía nervioso, incluso me atrevería a decir que preocupado por mi inesperada reacción.

Tragué saliva, sintiéndome un poco insegura, antes de hacerle un gesto con la cabeza para que entrara en casa.

Él frunció el ceño, primero desconcertado y luego sorprendido. Subió las escaleras de dos en dos, sin esfuerzo alguno, y cuando se paró frente a mí, casi haciéndome sombra con su grande y musculoso cuerpo, me aparté a un lado para dejarlo pasar.

¡Listo, misión cumplida!

El cerdito había dejado entrar al lobo feroz en su casita... bueno, también podía modificar algunos capítulos del cuento de los tres cerditos y decir que: la tierna y masoquista cerdita había dejado entrar en su casa al sexy y feroz león.

—¿Tu madre sigue trabajando como vigilante de seguridad? —me preguntó, al mismo tiempo que caminaba por el salón y observaba mis fotos de cuando era pequeña.

El hecho de que se hubiera acordado de mi madre hizo que mi corazón quisiera gritar de felicidad, pero cuando lo vi agarrar entre sus manos una foto mía junto a él, en la casita del árbol cuando teníamos once años, hizo que la bola de nervios en la boca de mi estómago creciera más y más...

—Sí, la han ascendido hace unos meses atrás —respondí con voz débil, nerviosa, muy nerviosa.

León volvió a dejar en su sitio nuestra foto y se guardó las manos en los bolsillos de su sudadera, al mismo tiempo que me escrutaba con una intensidad que casi hizo derretirme como un cubito de hielo en una sartén caliente.

—Me alegro mucho por ella, se merece todo lo bueno que ha cosechado en su vida —dijo con sinceridad, sonriendo tiernamente.

Que León hablase así de mi madre era algo que me llenaba de felicidad.

Para mí, mi madre lo era todo en esta vida y, al parecer, también lo seguía siendo para él. Los dos siempre tuvieron una buena relación, de hecho, él solía llamarla tía Marilyn.

—¿Tus padres se han mudado aquí también por trabajo? —pregunté, curiosa por saber algo más de su vida.

Él frunció el ceño y negó con la cabeza, sonriendo de forma ladina.

Esperé a que me diera una explicación, pero no lo hizo. Tampoco insistí más en el tema, pues era la vida de sus padres y no tenía obligación de contármela.

—¿Por qué nunca te pusiste en contacto conmigo? Te envié cientos de mensajes, León. Nunca respondiste a ninguno...

Él alzó los hombros y los dejó caer de nuevo.

—Me pasé estos años intentando odiarte por haberme abandonado —confesó con voz seria, sin mostrar ningún atisbo de emoción positiva en su mirada.

Tragué grueso para quitarme el sabor de aquel reproche tan amargo que me hirió hasta en lo más profundo de mi alma.

—No tenía otra opción, y lo sabes —le dije con voz temblorosa, deseando que entendiera de una vez por todas que nunca fue mi intención marcharme de su lado.

El único ruido que se escuchaba en el salón era el tic-tac del reloj de pared.

Alcé la mirada del suelo, sin poder aguantar más aquel tenso e incómodo silencio.

—¿Aún me odias? —inquirí, yendo directa al grano.

León desvió la mirada de nuestra foto para clavarla en mí.

Tardó unos segundos en responder, consiguiendo ponerme más nerviosa e histérica de lo que ya estaba.

—¿Tú qué crees? —preguntó, haciendo que estuviera a punto de perder la paciencia, pero entonces se acercó a mí, lentamente, obligándome a cerrar el pico—. Me duele que todavía lo dudes —dijo a pocos centímetros de mi rostro—. ¿Crees que, si de verdad te siguiera odiando, me habría mudado a la casa que está situada justamente frente a la tuya?

Me humedecí los labios bajo su atenta mirada que, inesperadamente, se nubló de deseo y pasión, antes de preguntarle:

—¿Cómo me has encontrado?

—Hace un par de años me enteré de que vives aquí —respondió con voz calmada—. Tu padre me lo dijo... o bueno, más bien lo obligué a que me lo contara —aclaró con voz firme, al mismo tiempo que apretaba los puños en los bolsillos de su sudadera.

A León nunca le cayó bien mi padre. Él era conocedor de todos los problemas familiares que tenía en casa y de lo mucho que sufría mi madre.

¡León fue el único que me apoyó en los peores momentos de mi infancia!

¡El único!

Quise abrir la boca para seguir bombardeándolo a preguntas, pero él se me adelantó:

—Sé que estás pensando por qué no vine antes a visitarte, pero es porque tuve que esperar a cumplir los dieciocho en enero para independizarme y sacarme el carné de moto.

Fruncí el ceño con más fuerza, intentando enlazar cabos sueltos.

—¿Me estás diciendo que te has mudado a esta ciudad solo, sin tus padres? —le pregunté, un poco horrorizada y sorprendida a partes iguales.

Él asintió con la cabeza, haciendo que el corazón casi se me saliera por la boca.

—Creí que tu padre... yo... yo pensé que él...

—Él solo vino a ayudarme con la mudanza —aclaró por fin mis dudas—. Pero ahora me estoy arrepintiendo de las decisiones que he tomado... —susurró con voz ronca, observándome con esa astucia e intensidad tan suya.

—¿Por qué? —le pregunté, quedando quieta como una estatua, mientras él caminaba a mi alrededor, de la misma manera que un león lo haría con una pequeña gacela antes de devorarla.

—Porque esperaba encontrarme con la verdadera Andrea —respondió con voz más cavernosa—. Quiero recuperar a mi Andy, recuperar aquella

chica a la que le daba igual lo que la gente opinara de ella —dijo, agarrándome un mechón de mis extensiones y frunciendo el ceño desconcertado—. Ahora sales con un tío que ni siquiera te valora. ¿En qué momento has caído tan bajo?

Le aparté la mano para que dejara de tocarme el pelo.

—No tienes ni idea de lo que he tenido que aguantar durante todos estos años —le dije, apretando los dientes y los puños, mientras intentaba controlar la ira que empezaba a borbotear de nuevo en mis venas—. Te recuerdo que no estuviste a mi lado durante todos estos años, tal y como me lo prometiste, para protegerme... ¡para cuidarme! —chillé, enajenada por una ira incontrolable. Una ira que llevaba años acumulándose en mi interior y que sabía que, tarde o temprano, terminaría explotando.

—¿Qué te ha pasado? —inquirió con curiosidad, intentando acariciarme la mejilla, pero retrocedí hacia atrás para impedirselo.

Sabía que no tenía por qué pagar mi frustración ni mi ira con él, pero estaba harta. Mi paciencia estaba llegando a su límite y ya no sabía si aguantaría mucho más tiempo las malditas extorsiones y amenazas de Camila, ni el paripé que Erick y yo estábamos haciendo por culpa de ella.

—Andy... —La voz de León me despertó de mi ensimismamiento, haciendo que volviera a la realidad.

—Por favor, vete —le rogué con la voz temblorosa, aguantando las ganas de llorar.

Lo que menos quería en aquellos momentos era hablar.

—Andy, no sé qué es lo que te está pasando, pero déjame ayudarte. Yo...

—¡Por favor, León! —chillé, dejando que las lágrimas corrieran por mis mejillas.

De repente, una sombra de tristeza invadió su rostro.

Si algo odiaba León con toda su alma, con cada célula de su cuerpo, era verme llorar.

Parecía preocupado, sumido en una profunda lucha interna, como si la culpabilidad por no haber estado a mi lado durante todos estos años para cuidarme lo hiciera añicos por dentro.

Él, sin decir nada más para evitar que aquello terminase en una discusión, salió de mi casa y cerró la puerta con un golpe seco, cuyo eco resonó fuertemente en cada esquina de la casa y en cada rincón de mi corazón...

OceanofPDF.com

7.

—Ayer intenté comunicarme contigo toda la tarde. ¿Estás bien?
—inquirió preocupada mi mejor amiga.

Me aparté a un lado para dejar pasar a un chico que iba en monopatín a toda hostia, mientras Lucy y yo caminábamos por los pasillos del instituto para realizar el cambio de clases.

—Sí... —musité con un nudo en la garganta y la mirada perdida.

Lucy me agarró por el brazo, obligándome a detenerme.

—¿Qué está pasando entre el chico nuevo y tú?

—¿Y qué hay de ti con Jonathan? —le pregunté, también yendo directamente al grano y haciendo que sus ojos se abrieran desorbitadamente—. El día que me castigaron, os vi en el despacho del director —le expliqué con voz más calmada, intentando no pagar mis problemas con ella, pues mi amiga no tenía la culpa de que yo fuese una egoísta y mala persona.

¡Maldita sea!

Me sentía fatal después de haberle recriminado a León que no hubiese estado a mi lado durante todos estos años.

¿Cómo pude haber hecho algo así?

Él no tenía la culpa de los problemas en los que estaba metida.

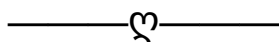
Lucy bajó la mirada al suelo, pensativa, y yo la imité, mientras el resto de alumnos corrían por los pasillos para llegar a tiempo a sus respectivas clases.

—Creo que tenemos que hablar de muchas cosas —dijimos las dos al mismo tiempo, mientras nos observábamos fijamente.

Nos echamos a reír, al darnos cuenta de que la incómoda tensión que se había instaurado entre nosotras desapareció mágicamente.

—Menos mal que el profesor de dibujo artístico está a punto de jubilarse —susurró ella con voz graciosa, mientras caminábamos hacia nuestra aula—. Podremos hablar tranquilamente de nuestras cosas mientras él se echa su siesta diaria durante las clases.

Asentí con la cabeza, sonriendo más tranquila al saber que podría desahogarme con ella...



Durante la hora que duró la clase de dibujo artístico, con el profesor durmiendo como un bebé recién nacido, Lucy y yo la aprovechamos para hablar de nuestros sentimientos.

Lucy me contó que entre Jonathan y ella surgió una chispa.

Al parecer, Jonathan debía ser un masoquista, pues mi amiga siempre lo insultaba y lo dejaba en vergüenza frente a sus compañeros.

Tal vez el hecho de que Lucy no cediera ante sus encantos, hizo que Jonathan se fijase en ella.

Lucy me dijo que ellos dos estaban saliendo a escondidas desde hacía un tiempo, cuando lo encontró por casualidad en la enfermería, justo el mismo día que él se torció el tobillo en los entrenamientos. Lucy le soltó la broma de que estaba herido porque le hizo vudú. Su comentario le causó tanta gracia a Jonathan que, desde ese momento, no dejaron de mensajearse hasta que la tensión sexual que había entre los dos hizo que dieran el siguiente paso y flirteasen el uno con el otro.

—¿Sientes algo por él? —me preguntó ella, antes de entrar en el aula de al lado donde la señora González daría sus clases de biología.

Yo no contesté a su pregunta, dejando que mi silencio lo hiciese por mí.

¡Claro que León me gustaba, y me gustaba muchísimo!

Yo también le había contado a Lucy quién era realmente el chico nuevo y la relación tan estrecha que él y yo tuvimos hace años.

—Vale, supongo que eso es un sí —dijo ella, afirmando lo obvio—. ¿Y qué le dirás a Erick?

Abrí la boca con la intención de contarle la verdad, de explicarle el grave problema en el que estaba metida, pero luego la cerré de golpe al darme cuenta de que estaba tan cómoda desahogándome con mi mejor amiga, que a punto estuve de meter la pata e irme de la lengua, algo que no podía hacer si no quería que Camila me hiciese la vida imposible.

Alcé los hombros y los dejé caer con indiferencia, sin responder a su pregunta.

—¿Sabes qué? Me da igual ese cabrón, se merece que le pongas los cuernos —soltó ella con malicia, tomando asiento a mi lado.

La miré sin apenas pestañear, procesando cada una de sus palabras.

¿Ponerle los cuernos a Erick?

¡Dios Santo!

Ya me sentía como la peor persona del mundo al estar con él sabiendo que no lo amaba. Quería que mi alma se fuera al cielo y tener la esperanza de que San Pedro me diera una última oportunidad para abrirme las puertas al paraíso, así que, ¿cómo iba a serle infiel a Erick?

¿Acaso mi mejor amiga quería llevarse mi alma al infierno?

De repente, el resto de alumnos entraron en el aula, entre ellos León. Sus ojos me transmitieron un sinfín de buenas sensaciones. Sentí que todo lo que necesitaba, todo lo que anhelaba, estaba allí, a pocos metros de mí.

—¿Pero qué está pasando aquí? —preguntó la señora González, al mismo tiempo que caminaba hacia su escritorio—. ¿Se puede saber por qué no estáis sentados con vuestras parejas de estudio? —preguntó de nuevo, pero nadie se atrevió a responder—. ¡Vamos, os quiero ver sentados con vuestras respectivas parejas de estudio, ahora mismo!

Su grito hizo que todos mis compañeros se levantaran y arrastraran sus sillas para tomar asiento con sus correspondientes parejas.

Flavio empezó a murmurar entre dientes lo poco que le agradaba ser la pareja de Camila, mientras Lucy sonreía de oreja a oreja, contenta por sentarse al lado de Johny.

La observé fijamente, también esbozando una sonrisa. Era muy raro ver a Lucy sonreír, tan raro como ver una estrella fugaz.

—Suerte —me dijo ella, una vez que terminó de recoger sus cosas para ir tomar asiento junto a Jonathan.

—Otra vez por aquí... —susurró León, pillándome completamente desprevenida, cuando tomó asiento a mi lado.

Yo no dije nada, pues todavía me sentía mal conmigo misma por la fuerte discusión que ambos tuvimos ayer en mi casa.

—Te estás inflando como un sapo —dijo él, tocándome la mejilla con la punta de su dedo índice.

Solté el aire de golpe, sin darme cuenta de que lo había estado reteniendo desde que León se sentó en el sitio de Lucy.

—Avancemos en la tarea, así evitaremos quedar después de clase —le susurré con voz temblorosa, muy nerviosa, mientras abría la libreta y buscaba por los apuntes de ayer.

—Después de tantos años sin vernos, pensé que querías pasar más tiempo conmigo.

Desvié la mirada de la libreta y lo observé fijamente a los ojos, sintiéndome repentinamente abrumada por la intensidad de su mirada.

Tragué saliva, antes de hablar:

—Fuiste tú quien dijo que esperabas encontrarte con la Andrea del pasado —le recordé, volviendo a desviar la mirada para romper nuestro contacto visual.

—Tal vez no sea demasiado tarde y esté a tiempo de recuperarla. —Su voz sonó tan ronca, tan discordante, que me pareció que no era él quien había hablado.

Volví a clavar mi mirada en la suya, sintiendo una repentina necesidad de beber algo para aliviar la sequedad de mi boca.

Volvimos a quedar en silencio, a la expectativa, como si intentásemos decirnos a través de nuestras miradas todo lo que no nos atrevíamos a confesar mediante palabras.

—¡Aprovechad cualquier oportunidad para avanzar en la tarea! —dijo la profesora, haciendo que León y yo pestañeáramos repetidas veces como si nos hubiéramos despertado de un profundo sueño—. Os recomiendo que empecéis a hablar con vuestra pareja sobre los temas que os pedí apuntar en vuestras libretas.

León carraspeó con fuerza, antes de hablar:

—¿Quieres empezar tú? —me preguntó, apoyando su musculoso brazo en el respaldo de mi silla.

Me mordí el interior de mi mejilla para aclarar mi mente o, mejor dicho, para enfriar el fuego tan intenso que empecé a sentir en mi interior.

—Te estás poniendo colorada como un tomate y ni siquiera hemos empezado.

¡Mierda, aquella frase la había interpretado de otra manera!

No sabía qué me estaba pasando, ni por qué mis hormonas se revolucionaban tan descontroladamente cada vez que estaba junto a León.

—Hace demasiado calor. No han encendido el aire acondicionado... —susurré poco convencida de mis palabras.

—Estamos casi en primavera, ¿por qué iban a encender el aire acondicionado si hace un frío de cojones? —inquirió, esbozando una sonrisa picarona en su rostro e intentando ponerme más nerviosa de lo que ya estaba.

Dejé de jugar con el boli entre mis dedos y lo apoyé sobre la libreta con cierta violencia.

—Empecemos —le dije con voz seria, intentando romper la tensión sexual que se había vuelto a instaurar entre los dos—. ¿Sabes cómo...

León enarcó una ceja, esperando a que terminara la frase.

Inspiré profundamente, mientras volvía a leer el primer tema que debíamos preparar para el proyecto de fin de curso.

—¿Sabes cómo funciona el ciclo menstrual? —formulé finalmente la pregunta, antes de soltar el aire de golpe.

No me avergonzaba hablar de estos temas, excepto si lo tenía que hacer con el chico que me gustaba.

¡Uff!

Los nervios tenían más poder en mí que mi propio raciocinio.

León empezó a reírse, pero no burlándose de mi pregunta, sino como si hubiera recordado algo gracioso y agradable.

—Claro que sé cómo funciona el ciclo menstrual de las mujeres —dijo, sonando muy seguro de sí mismo—. Te recuerdo que fui yo quien te prestó mi sudadera para que te la ataras a la cintura y nadie viera la mancha roja de tu pantalón.

Me llevé una mano a la frente y sonreí con gracia al recordar aquel suceso.

—¡Dios Santo! Mi madre nunca me habló sobre la menstruación porque creía que mi primer sangrado no lo tendría a los doce años —susurré.

—Si cierro los ojos y me concentro, aún puedo recordar tus gritos de terror: «León, me voy a morir. Me estoy desangrando. ¿Qué me ocurre?» —dijo él, adoptando un tono de voz agudo para imitarme.

Lo golpeé en el brazo, sonriendo más ampliamente.

—Idiota...

—Menos mal que me tenías a mí cerca, como siempre, para ayudarte...

—murmuró con voz cálida, mientras su sonrisa desaparecía lentamente y me observaba con una mirada cargada de deseo y pasión.

Carraspeé para apartar la incomodidad de mi garganta e intenté cambiar de tema.

—Bueno, entonces el tema menstrual lo controlamos perfectamente —dije, marcando una cruz en la libreta—. Vale, el siguiente tema trata sobre los espermatozoides —dije, al mismo tiempo que leía los apuntes.

—Creo que ese tema ya lo dimos en primaria, ¿te acuerdas? —me preguntó, agarrando el bolígrafo y haciéndolo girar sobre la mesa.

—Sí. Todavía me acuerdo cuando nuestra tutora llevó unas lombrices a clase para explicarnos visualmente qué era lo que hacían los espermatozoides —recordé, gesticulando una mueca de asco.

—Una carrera de vida o muerte, literalmente —dijo él con una sonrisa ladina.

León se echó a reír a mandíbula batiente, logrando que la profesora nos hiciera un gesto con la mano para que bajáramos el tono de voz.

—Tema espermatozoides, listo —le dije, sacándole el bolígrafo de las manos para marcar otra cruz—. Si seguimos a este ritmo, no tendremos ningún problema en realizar la tarea —dije segura de mí misma, pero cuando leí mentalmente la tercera línea de mis apuntes, sentí un nudo en mi garganta que me impidió hablar.

—¿Qué ocurre? —me preguntó, inclinándose hacia mí para leer lo que había escrito en mi cuaderno, mientras su cabello, que olía a champú, me hacía cosquillas en la nariz—. Vaya, vaya —silbó con gracia, antes de leer la tercera línea—. El clítoris —dijo finalmente, retirándose un poco hacia atrás, lo justo para quedar a pocos centímetros de mi rostro—. Ese tema me interesa... y mucho —susurró, clavando la mirada en mi boca—. Por la manera en que muerdes tu labio inferior, juraría que la que no tiene ni idea de cómo funciona «el botón mágico del placer» eres tú.

—No digas tonterías —lo aparté empujándolo por el pecho.

Mis manos en contacto con su fornido torso hicieron que sintiera un chorro de fuego correr por mi cuerpo, como cuando probé por primera vez un chupito de tequila, mientras mi entrepierna se llenaba de un calor abrasador.

—Sé perfectamente para qué sirve el clítoris —dije con total confianza.

León sonrió de manera sensual.

—¿Te masturbas?

Su pregunta me hizo atragantarme con mi propia saliva.

León no había cambiado nada, seguía siendo igual de directo y sin tapujos.

—¿Por qué te sonrojas? Masturbarse es algo natural, incluso tiene beneficios para la salud. Y, lo mejor de todo, es la manera perfecta para autocomplacerte e imaginarte al mismo tiempo que la persona que te gusta es la que te está tocando.

Sus pupilas se dilataron. Allí tenía cuanta prueba pudiera necesitar de que él también estaba tan excitado como yo.

Bajé la mirada al cuaderno, sin poder aguantar más el cosquilleo que su mirada me producía en el estómago.

¡Claro que me masturbaba!

La pregunta era: ¿quién no lo hacía?

Las primeras veces que empecé a tocarme a mí misma, antes de acostarme con Erick, lo hice pensando en León. Incluso cuando me entregué por primera vez a Erick, tuve que imaginarme que era León quien me estaba haciendo el amor para llegar al orgasmo.

—El gilipollas de tu novio no debe de ser muy bueno en la cama... —habló él con un tono de voz que desvelaba lo furioso que le ponía hablar de Erick.

—Tú... —carraspeé para que no me saliera voz de pito—. ¡Tú que sabrás!

—¡Oh, vamos, Andy! ¿Has visto sus dedos? Parecen palillos: pequeños y delgaduchos. No me quiero ni imaginar cómo será su patética poll...

—¡Cállate! —le grité, tapándole la boca con la palma de la mano, antes de que terminara la frase.

Algunos de mis compañeros nos observaron con las cejas enarcadas, excepto Lucy, quien movió sus cejas de arriba abajo a toda velocidad y me guiñó un ojo con picardía.

—¡Chicos, silencio! —gritó la profesora para captar nuestra atención.

Ahugué un gemido cuando León me lamió la palma de la mano. Reaccioné rápidamente echándome para atrás y a punto estuve de caerme al suelo, mientras mi corazón latía a toda pastilla.

¡Uff!

Aquello me había excitado como nunca...

—Quiero que prestéis atención a unas pautas orientativas que os facilitaré para vuestra tarea, ¿de acuerdo? Podéis seguir avanzando en vuestro proyecto fuera de clases, pues ya veo que algunos estáis mostrando demasiado interés —habló la profesora, evitando sonreír, mientras desviaba su mirada hacia mí.

Me limpié la palma de la mano contra el pantalón y tragué saliva, intentando deshacer aquel nudo de nervios que apenas me dejaba respirar con normalidad.

León y yo no volvimos a cruzar palabra durante el resto de la clase, aunque tampoco me importaba no hacerlo.

No quería seguir hablando con él de cosas relacionadas con el sexo, no cuando mi vagina no hacía más que contraerse cada vez que él me miraba fijamente, como si quisiera hurgar en mi interior y averiguar mis secretos más íntimos.

Lo único en lo que él había acertado era sobre la teoría de que Erick no era bueno en la cama.

Cuando Erick y yo empezamos a salir juntos, la cosa fue a más y decidimos tener relaciones sexuales. Había escuchado rumores de que la primera vez dolía, pero es que ni siquiera sentí dolor.

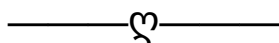
En resumidas cuentas, no sentí absolutamente nada.

Creí que la culpa era mía porque estaba demasiado tensa, pero cuando me di cuenta de que Erick tampoco llegó al orgasmo, supe que algo raro estaba pasando entre los dos.

Después de ese incidente tan incómodo, unos meses más tarde lo volvimos a intentar, pero el resultado fue mucho peor que el de la primera vez.

Así que, al final, decidimos dejar apartado a un lado el tema de las relaciones sexuales...

Sinceramente, tampoco era algo que me afectara. Como bien había dicho León: masturbarse era una buena opción para autocomplacerse, una muy buena opción.



Cuando el timbre anunció el descanso, Lucy, Flavio y yo corrimos hacia los jardines, como de costumbre.

Flavio estaba escribiendo en su teléfono móvil, probablemente chateando con alguien, mientras Lucy y yo estábamos sentadas en un banco de madera que tenía grabado en cada rincón corazones y nombres de parejas enamoradas.

—Es increíble que puedas sentir emociones. Ya me estaba empezando a asustar... —susurré lo suficientemente bajo para que Flavio no nos escuchara, mientras ella sonreía más ampliamente.

Jonathan y alguno de los jugadores de fútbol estaban hablando animadamente a unos pocos metros de nosotras.

León, que también estaba allí reunido con ellos, empezó a dar toques con la pelota. Lo observé fijamente mientras la pelota saltaba de una rodilla a otra, sin caerse, hasta que su mirada se clavó en mi rostro y se distrajo, consiguiendo que la pelota se cayera al suelo.

—Sí, es increíble que mi amigo Jonathan tenga la foto de Lucy en el fondo de pantalla de su móvil —murmuró Flavio, guardándose el móvil en el bolsillo trasero de su pantalón.

Lucy y yo nos observamos sorprendidas, antes de volver a clavar la mirada en Flavio.

—¿De verdad pensasteis que podíais ocultármelo? —nos preguntó, pero ninguna de las dos respondimos—. Joder, qué buenas amigas tengo... —ironizó, intentando sonar cabreado, pero su sonrisa lo delató—. El pobre Johny no sabe en dónde se está metiendo —dijo, observando de reojo a Lucy—. ¡Se está metiendo en un terreno pantanoso, muy pantanoso!

Lucy gruñó cabreada, dándole un mordisco grande a su manzana como si así pudiera aliviar aquella ira que empezaba a borbotear en su interior, como un volcán a punto de entrar en erupción.

—¡Mírala, Andrea! Manzana roja, cuaderno de notas color negro —dijo, señalando la agenda de Lucy que estaba tirada en el suelo, justo al lado de su mochila—. *Death Note* —murmuró cambiando el tono de su voz a uno más siniestro.

Me eché a reír, a carcajear sin parar, cuando me di cuenta de que Flavio había comparado a Andrea con *Ryuk*, uno de los protagonistas de la serie japonesa *Death Note*.

—Andrea, Andrea... —dijo él, chasqueando la lengua con desaprobación—. Quiero que sepas que también estoy enfadado contigo.

—¿Por qué? —le pregunté, limpiándome una lágrima con el dedo índice.

—¿Qué te traes entre manos con el chico nuevo?

Lucy hizo una perfecta «O» con la boca, antes de seguir mordisqueando su manzana, mientras prestaba atención a la conversación.

—No sé a qué te refieres...

—He visto cómo lo miras —susurró, achinando los ojos y enarcando las cejas.

—¿Y, exactamente, cómo lo miro? —inquirí, cruzándome de brazos.

—Así —dijo él, antes de beber un trago de agua y babearse a propósito.

—¡Eres un idiota! —le grité sin poder evitar sonreír.

—Toma, lánzale esto —sugirió Lucy, enseñándome su manzana.

Negué con la cabeza, negándome a tocar aquel pedazo de fruta mordisqueado por todos lados, y volví a centrar mi atención en Flavio.

—Te recuerdo que tengo novio —dije, levantándome del banco.

—Sí, ya, esperaba que lo recordaras —comentó él con voz seria, incluso me atrevería a decir que cabreado—. No entiendo por qué estás saliendo con Erick. Ayer casi te rompiste el cráneo y él ni siquiera preguntó cómo estabas.

—Sí, Flavio me dijo que León te cargó en brazos y te llevó a la enfermería. ¡Qué romántico! La perfecta escena de una película ñoña —dijo Lucy, volviendo a morder su manzana.

Por un momento pensé en la escena de la película de *El Guardaespaldas*, pero luego sacudí la cabeza para centrarme en lo realmente importante.

—Erick me quiere, pero a su manera —dije y, tampoco mentí del todo.

Quería pensar que Erick me tenía cariño, de la misma manera que yo se lo tenía a él. Pues, a pesar de todo, él se preocupó por mí en el inicio de nuestra relación... hasta que cambió radicalmente su forma de ser, claro.

De repente, alguien silbó con los dedos. Desvié la mirada hacia donde estaban León y Jonathan, dándome cuenta de que Erick nos estaba llamando.

—¡Venid aquí! —nos gritó él, agitando su mano para que nos acercáramos.

Por unos segundos, Erick fulminó a Flavio con la mirada.

Apreté los puños a ambos lados de mi cuerpo y solté un improperio por lo bajo, cabreada porque no me gustaba que Erick asustara a mis amigos y menos aún a Flavio por ser un hombre.

¿Acaso no entendía que sí podía existir una bonita amistad entre un hombre y una mujer?

¡Joder!

—No entiendo por qué le estamos haciendo caso a este gilipollas —murmuró Lucy, tirando la manzana a la papelera.

—Lo haces porque Jonathan está en el grupo —le dije, sonriendo de medio lado.

—Cierto —dijo ella, también sonriendo.

Cuando las dos llegamos junto a Erick, me di cuenta de que Flavio se apartó a un lado para acercarse a León y a Jonathan.

—Estamos buscando una casa libre para celebrar el inicio de la primavera —dijo Erick, observándome directamente a mí.

Fruncí el ceño, un poco desconcertada.

Todos los años, el equipo de fútbol de nuestro instituto celebraba una fiesta para darle la bienvenida a la primavera, aunque, más bien, yo creo que hacían esa fiesta con la excusa de darle la bienvenida a la borrachera que les duraría hasta el siguiente día.

—¿Es este viernes, no? —inquirió Flavio, como si hubiera pensado en voz alta—. Es decir, mañana.

—Sí —afirmó Erick, todavía con la mirada clavada en mí.

A veces, solo a veces, echaba de menos al antiguo Erick: aquel dulce y tierno chico que parecía estar realmente enamorado de mí y no el que parecía carecer de emoción alguna.

Erick, en realidad, era un capullo y, a día de hoy, no entendía por qué se comportaba así conmigo. Por qué actuaba como si estuviera cabreado con todo el mundo, ¡incluso consigo mismo!

A veces parecía tan frustrado, pero desconocía el verdadero motivo de su frustración...

Observé de reajo a León y sentí un pinchazo en el corazón.

¿Así era cómo León me veía a mí? ¿Como una tía sin carencia de emoción, fría y manipuladora?

Sí, era cierto, yo también había cambiado mi forma de ser, pero por supervivencia... ¡porque no quería que me jodieran la vida en el instituto!

Solté un gemido de sorpresa cuando Erick me agarró de la cintura y me pegó a su cuerpo.

Inevitablemente, observé a León de reajo. Sus ojos color miel se nublaron de ira, de mucha ira, mientras apretaba y aflojaba los puños a ambos lados de su cuerpo.

—Les estaba diciendo a mis compis que tu madre trabaja por las noches —dijo y, automáticamente, fruncí el ceño.

Lucy soltó un bufido de desdén y se cruzó de brazos.

—¿Para eso quieres a tu novia? —le preguntó ella, apretando los dientes y fulminándolo con la mirada.

—Cierra la boca y regresa al mundo de *Tim Burton*, maldito espectro —le respondió él de malas maneras, haciendo que varios de sus compañeros se echaran a reír por su comentario.

Me separé de él, empujándolo por el pecho con bastante brusquedad.

Abrí la boca con la intención de mandarlo a la mierda y poner fin a nuestra relación.

Por primera vez, me daba igual si Camila se mosqueaba conmigo. No quería seguir saliendo con Erick porque ella me lo exigiera, ni porque me asustara la idea de que mis compañeros me criticaran.

¡Me daba igual todo el mundo!

—No entiendo cómo Andrea tolera ser tu amiga —dijo Erick, echando más sal a la herida.

—Yo tampoco entiendo cómo mi mejor amiga puede salir con un parásito intestinal como tú —le escupió ella, acercándose a él en un claro gesto de buscar pelea.

—¡Ey, ey, ey! Calma tu sed de sangre, *Buffy* —le dijo Flavio, apareciendo por detrás de ella para agarrarla de los hombros e impedir que hiciese una locura.

Jonathan también agarró a Erick por el hombro y le dirigió una mirada acerada, dispuesto a pelear con él si no dejaba en paz a su chica.

Erick le apartó la mano a Johnny y volvió a acercarse a mí.

—¿Podemos celebrar la fiesta en tu casa? —inquirió, todavía preocupado por la dichosa fiesta de primavera, sin importarle una mierda mis sentimientos.

—Sí... —musité entre dientes, logrando que él esbozara una sonrisa ufana—. Siempre y cuando te disculpes con mi amiga.

Su sonrisa triunfante desapareció lentamente.

—Ni borracho le pediría disculpas a esa cosa —aseguró de manera firme, observando a Lucy con asco.

—Te dije que, si volvías a faltarle al respeto a mis amigos, yo...

Erick me agarró por los hombros y me acercó a su rostro, observándome fijamente y sonriendo con malicia.

—¿Qué? ¿Qué harás? —inquirió, ladeando la cabeza—. ¿Estás segura de que quieres terminar la frase?

Un silencio sepulcral nos envolvió. Ni siquiera se escuchaban los murmullos ni los gritos de los demás alumnos.

—Podéis usar mi casa —habló León, dando un paso al frente para colocarse a mi lado.

¡Dios mío!

León tenía las mandíbulas tan apretadas que se le resaltaban los músculos.

—El chico nuevo me cae bien —dijo Erick.

—Si no sueltas a Andrea ahora mismo, no creo que sigas opinando lo mismo de mí —lo amenazó indirectamente.

Algunos de los presentes abrieron los ojos como platos, captando la indirecta de León, en cambio Erick sonrió ampliamente.

—Yo me encargo de llevar las bebidas, el resto que se ocupe de los «aperitivos» —dijo Erick, haciendo hincapié en la última palabra, dejando más que claro que los aperitivos eran chicas.

Luego me dio un beso en la frente y me soltó para darse la vuelta.

—Vamos, quiero hablar con vosotros del entrenamiento —dijo él, obligando al resto del equipo a que lo siguieran.

León me observó tan furioso como decepcionado, apretando todavía las mandíbulas mientras un músculo palpitaba en su mejilla. Sabía qué era lo que estaba pensando de mí en esos momentos y me dolía en el alma verlo con una mueca de decepción en el rostro.

Después de unos segundos, él, junto al resto de sus compañeros, se largaron para seguir a Erick.

Me abracé a mí misma sin sacarle la mirada de encima a León, mientras pensaba en todo lo que acababa de suceder.

¡Sí!

León lo había vuelto hacer... ¡me había sacado de un apuro!

8.

—¡Hasta mañana, chicas! —se despidió la última compañera de entrenamiento, dejándome a solas con la «encantadora» Camila... ¡nótese la ironía, por favor!

Camila se apartó el cabello a un lado en un gesto altivo, mientras me observaba con malicia.

No había nadie más en los pasillos de los vestuarios, ni siquiera se escuchaban las risas de los chicos al otro lado de la pared, ni el sonido del agua de las duchas.

—Me ha contado un pajarito que te estás portando mal, Andrea —susurró ella, al mismo tiempo que sacaba una barra de labios de su bolso—. ¿Acaso tengo que tomar medidas más drásticas para que cumplas tu parte del trato?

Apreté los dientes, antes de hablar.

—No hay ningún trato entre las dos, Camila. Cuando alguien hace un trato, es porque ambas partes están de acuerdo. A mí en ningún momento me diste opción a elegir nada...

Ella se echó a reír.

—Claro que es un trato, Andrea. Si haces lo que te pido, yo no hago de tu vida un infierno. ¿Ves? ¡Así de fácil!

Bajé la mirada al suelo, sintiéndome impotente, rabiosa... ¡joder!

—Mi vida ya es un infierno. Me has obligado a hacer cosas en contra de mi voluntad: ser animadora, salir con Erick... —Alcé la mirada para ver su reacción, mientras se pintaba los labios—. Ahora lo entiendo... No estás haciendo todo esto solo para asegurarte de que no abra la boca y cuente tu secreto. Estás torturándome porque te gusto.

Mis palabras debieron hacer efecto en su conciencia, pues, en un despiste, terminó pintándose la mejilla.

Nos observamos fijamente, sin decir nada, mientras las comisuras de su boca tiraban hacia arriba para esbozar una sonrisa maliciosa. Sus labios mal

pintados me recordaron a los del *Joker* y un escalofrío de miedo me recorrió toda la espina dorsal.

—Tal vez tengas razón —dijo, acercándose demasiado a mi rostro, tanto que su aliento golpeó en mi boca—. Tal vez el hecho de no poder tenerte haga que me cabree un poco y sienta la necesidad de torturarte, la necesidad de tenerte a mi lado constantemente, por eso te obligué a ser animadora —confesó en voz baja, acariciándome la mejilla con su uña postiza—. Pero no soy tan mala como para forzarte a que salgas con mi exnovio. Sé que la tiene pequeña y, seamos sinceras, es un patán en la cama —susurró en mi oído.

Fruncí el ceño, controlando las ganas de estamparle un puñetazo en la cara, cuando su lengua jugueteó con el lóbulo de mi oreja.

—Si te pido que salgas con Erick, es porque lo conozco demasiado bien y sé que no te conviene hacerlo enojar. Si crees que yo soy la bruja en este cuento, princesita, te aseguro que hay otros monstruos peores que yo —dijo, volviendo a clavar su mirada en la mía—. Si eres lista, lo entenderás...

—¿Andrea? —La voz de León hizo que Camila se apartara de mí.

Lo observé por encima del hombro, como si fuera un ángel caído del mismísimo cielo, dispuesto a salvarme de cualquier persona que intentara hacerme daño.

—He visto que entre el chico nuevo y tú hay demasiada complicidad. Ten cuidado... —susurró ella, esbozando otra sonrisa maliciosa que hizo ponerme los pelos de punta, de la misma manera que un gato lo haría a la defensiva.

—Tus amenazas dejarán de afectarme una vez que se acabe el trimestre. Eres consciente de ello, ¿no? Ya no podrás seguir jugando conmigo...

Ella apretó los dientes, rabiosa, como si el hecho de no poder seguir extorsionándome le jodiera.

—No es una amenaza, es un aviso. Si de verdad le tienes aprecio a tu nuevo amiguito, no me hagas enojar y haz lo que te digo.

De repente, los pasos de León se escucharon más cerca.

—Andrea, ¿ocurre algo? —me preguntó él, colocándose a mi lado y agarrándome de los hombros con su musculoso brazo.

Camila sonrió con hipocresía mientras sus ojos repasaban el brazo de León, como si intentase advertirme que, si no hacía lo que me pedía, él sufriría las consecuencias.

Le aparté el brazo a León y salí de los vestuarios corriendo, deseando encerrarme en mi habitación.

—Andrea, ¿qué pasa? —inquirió él, corriendo más deprisa para alcanzarme.

—¿Quieres parar? —le grité, perdiendo los nervios.

—¿Qué? —Su expresión confusa hizo que sintiera un nudo en el estómago.

No podía pagar mi rabia con él, no cuando, en realidad, debería hacerlo con Camila.

—Deja de cuidarme. No tienes por qué hacerlo —dije, un poco más calmada, mientras caminaba hacia los aparcamientos y rezaba para que el autobús no se hubiera ido—. ¡Mierda! —expresé cabreada cuando vi el bus arrancar sin mí.

—Andy —susurró él, captando mi atención al usar aquel diminutivo—. Sé que no tengo por qué cuidar de ti, nadie me está obligando a hacerlo.

Bajé la mirada al suelo, pero él me alzó el mentón para que lo observara a los ojos.

—¿Vas a decirme que no baje la mirada porque me sale papada? —le pregunté, intentando romper la tensión.

Por lo menos, León hacía que mis problemas desaparecieran durante un buen rato.

Con él me sentía yo misma...

—Me conoces demasiado bien —susurró en voz baja, acariciándome el mentón con el dedo pulgar.

Los dos nos quedamos callados, observándonos fijamente, mientras el viento golpeaba nuestros rostros.

—¿Te apetece montar?

Algo de lo que estaba pensando debió reflejarse en mi rostro, pues él se pasó la lengua por el labio inferior y tragó grueso.

—Me refiero a la moto —aclaró en voz baja, como si lo que me estuviera diciendo fuese una confidencia de secreto de sumario.

—Ya... —musité con voz apenas audible, intentando no desvelar lo nerviosa que me puso el doble sentido de su pregunta.

León volvió a tragar saliva con mucha dificultad, antes de agarrar el casco y colocármelo. Luego, sin avisarme con antelación, me alzó de la cintura y me subió a la moto.

—León.

—Dime —dijo, subiéndose también a la moto y colocándose los guantes.

—¿Qué ocurre si tenemos un accidente? Deberías usar el casco.

Él me agarró de las manos para que no me sacara el casco y me obligó a que lo abrazara por la espalda.

—Por ese mismo motivo prefiero mil veces que lo uses tú —me dijo con voz seria, antes de arrancar la moto e incorporarse a la calzada.

El trayecto fue silencioso y, a diferencia de ayer, ese día la adrenalina no hizo ningún tipo de efecto en mí.

Había aprovechado que León no me podía ver para llorar, para descargar a través de mis lágrimas aquella tristeza y rabia que sentía por dentro, antes de que él aparcara la moto en su jardín.

León se bajó de la moto y, dejándome todavía sentada a horcajadas sobre ella, me observó con el ceño fruncido.

Parpadeé varias veces, intentando desviar la mirada hacia otro lado.

—¿Has estado llorando? —me preguntó y la preocupación fue evidente en el tono de su voz, antes de sacarme el casco para examinar mejor mi rostro.

—No —mentí.

Él gruñó cabreado y me bajó de la moto con delicadeza.

—Entonces, ¿qué es esto que corre por tu mejilla? —me preguntó, pasando el pulgar por mi mejilla izquierda mientras sentía una humedad en esa zona.

«Mierda», pensé para mis adentros.

—No tenías por qué ofrecer tu casa para hacer la fiesta —le dije, cambiando radicalmente de tema.

Desde muy pequeña, cuando no quería hablar de algo en concreto, siempre recurría a cambiar de tema y León era muy consciente de ello. Tal vez por eso no siguió insistiendo en sonsacarme información de por qué había estado llorando, para evitar agobiarme.

¡Él era una de las pocas personas que me comprendía demasiado bien!

—Lo sé, pero solo tenía dos opciones en aquel momento —añadió con voz seria, mientras sacaba una cajetilla de tabaco del bolsillo de su sudadera.

—¿Cuáles? —inquirí, curiosa por saber su respuesta.

León se llevó un pitillo a la boca y ahuecó las manos para escudar la llama del mechero.

—La primera opción era ofrecer mi casa —explicó, al mismo tiempo que expulsaba el humo hacia un lado para evitar que me diera en la cara—. La otra era partírla la boca a tu noviecito.

Fruncí el ceño y abrí los ojos horrorizada.

—León, no puedes...

—¡Lo sé! —me interrumpió, dándole otra calada al pitillo y expulsando el humo con rabia—. Sé que la violencia no soluciona los problemas, pero no podía permitir que ese gilipollas siguiera tocándote.

Quedé callada sin saber qué decir, mientras mi corazón palpitaba a toda prisa bajo mis costillas.

—Gracias —musité con voz afligida, a punto de echarme a llorar de nuevo.

De repente, el viento azotó los árboles y nuestros cuerpos.

Un escalofrío me recorrió de pies a cabeza y me abracé a mí misma, maldiciendo el momento en el que decidí no cambiar mi uniforme en los vestuarios.

—No voy a negar que verte con ese uniforme me... «anima» —dijo, pasándose la lengua por los labios y observándome de arriba abajo—. Pero creo que estarías más calentita en casa.

«Estaría más calentita en tus brazos», pensé.

Sacudí la cabeza y luego asentí, esbozando una pequeña sonrisa.

León parecía inquieto, como si el hecho de que cada uno volviera a sus respectivas casas no le convenciera. Y, a decir verdad, a mí tampoco me apetecía despedirme de él tan pronto.

—¿Quieres... —Cerré la boca y tragué saliva cuando me salió una voz aguda, debido a los nervios. Carraspeé y señalé con la cabeza hacia atrás, en dirección a mi casa—. ¿Quieres que avancemos un poco en el proyecto de fin de curso? Digo... si es que no estás muy ocupado, claro.

Sus ojos se iluminaron de una manera tan especial, que me hicieron saber que él también quería lo mismo que yo.

Asintió con la cabeza, antes de caminar hacia mi casa en total silencio.

Cuando entramos, cerré la puerta y apoyé mis manos en ella durante unos segundos, intentando restaurar un poco la cordura y así calmar los latidos de mi agitado corazón.

—Parece que entre la capitana de las animadoras y tú no hay una buena relación —murmuró con voz grave, tomando asiento en el sofá.

Me di la vuelta, apoyando mi espalda en la puerta y observándolo sin apenas pestañear.

—Puede ser... —susurré.

León enarcó una ceja y luego sonrió de medio lado, haciendo que las malditas mariposas me hicieran cosquillas en las paredes de mi estómago.

—Veo que estás impaciente por terminar esta conversación que tanto te incomoda, así que... —dijo, palmeando el sofá para que tomara asiento a su lado—. Ven aquí y empecemos a trabajar. No pienso obligarte a que me cuentes nada, sabes que soy un hombre muy paciente.

—No sé yo. Te recuerdo que casi dejas sin dientes a Erick —susurré con la voz temblorosa.

—Soy un hombre paciente solo para quien yo quiero —puntualizó, humedeciéndose los labios con la lengua.

Me mordí el interior de la mejilla y me tiré del bajo de mi falda en un intento de cubrirme la piel, cuando tomé asiento con las piernas literalmente temblando.

Lo bueno de tener a un amigo como León era que, a pesar de los años, seguía conociéndome demasiado bien.

Él sabía que no me gustaba que me presionaran para que contase mis problemas, al contrario, me gustaba que las cosas fluyeran libremente, sin presiones, esperar el momento adecuado, cuando yo me sintiera segura para hacerlo... ¡sí, segura de mí misma para confesar lo que me estaba sucediendo con Camila!

—¿En dónde habíamos quedado? —me preguntó, apoyando los codos sobre sus rodillas para inclinarse hacia mi mochila y sacar la libreta de biología—. ¡Ahh, sí, es verdad! ¡El clítoris!

León se frotó las manos, totalmente emocionado, mientras se dejaba caer hacia atrás contra el respaldo del sofá.

—Entonces, sabes qué es el clítoris, ¿no? —me preguntó en un gesto de clara burla.

Y ahí venía el momento en el que León hacía que me olvidara de cualquier inquietud que me atormentara.

—Esa pregunta debería hacértela yo, ¿no crees?

Él se inclinó hacia adelante, dejando el cuaderno sobre la mesita del salón.

—No es por alardear, ni mucho menos, pero tengo bastante experiencia como para saber cómo funciona el clítoris.

Mi corazón empezó a latir a un ritmo absurdo, y mi mente de inmediato empezó a levantar barreras.

Carraspeé para aclararme la garganta y porque deseaba hablar de forma más suelta, no balbuceando como un bebé aprendiendo a hablar por primera vez.

—El clítoris es un órgano de la vagina destinado a...

—A dar placer —me interrumpió él con voz cavernosa, mirándome con una intensidad que amenazaba con convertirse en un estallido placentero entre mis piernas—. Creo que lo que la señora González pretende con todo esto es que las mujeres dejéis los tabúes a un lado con respecto a vuestros orgasmos y aprendáis, de una vez por todas, a disfrutar de vuestro cuerpo de la misma manera que los hombres.

—Qué filósofo estás hecho. —Mi voz sonó ronca, áspera y entrecortada, como si hubiese pasado mucho tiempo sin usarla.

Los ojos color miel de León se movieron de un lado a otro, por cada rincón de mi cuerpo.

—¿Sabías que la mayoría de las mujeres no son capaces de alcanzar el orgasmo con el coito?

«Sí, sí que lo sabía», quise contestarle.

León se humedeció los labios, dejando un pequeño rastro de su saliva en ellos y haciendo que mi atención se desviara hacia ese punto en concreto que deseaba probar con todo mi ser.

—Dicen que el clítoris tiene ocho mil terminaciones nerviosas, el doble que el glándulo masculino. —Entreabrí la boca para dejar escapar un suspiro, cuando colocó su brazo izquierdo en el respaldo del sofá y se inclinó un poco más hacia mí—. No entiendo por qué algunos hombres solo se preocupan de llegar a su propio clímax, con lo placentero que es hacer que las tías griten nuestro nombre mientras convulsionan por el orgasmo que nosotros mismos les hemos provocado.

Sus palabras hicieron que la boca se me secara repentinamente.

—Apuesto a que el gilipollas de tu novio es uno de esos hombres egoístas, ¿verdad? —preguntó, golpeando su cálido aliento contra mis labios.

Abrí la boca con la intención de responder algo, pero no fui capaz de articular palabra.

—De la misma manera que un hombre se toma su tiempo en conocer a su pareja, lo debería hacer también con su clítoris... ¿no crees?

—Le estás dando demasiada importancia a algo muy pequeño —solté sin pensármelo, sonando como una idiota.

León soltó un bufido de burla tan poco convincente que estuve tentada de responderle con otro bufido.

—La felicidad está en las pequeñas cosas, Andy.

Sus ojos estaban nublados por una mezcla de emociones, pero luego apretó la mandíbula con tanta fuerza que un músculo se le contrajo nerviosamente.

—Creo que el tema clítoris ya está más que hablado... —susurré, intentando coger la libreta para marcar una cruz, pero él me lo impidió.

Solté un gemido de sorpresa cuando me agarró la muñeca y empezó a trazar círculos sobre mi piel con su dedo pulgar.

—Lo mejor para entender algo es ponerlo en práctica. —Su voz llegó de nuevo hasta mí, excitada y vibrante.

—León... —gemí su nombre y cerré los ojos cuando sus labios se posaron en mi cuello—. No... no... no vas a convencerme... —le dije con un hilo de voz, mientras mi corazón saltaba desbocado dentro de mi pecho.

—Sé cómo puedo convencerte —me aseguró y, demonios, pues claro que sabía cómo hacerlo porque, si algo había aprendido en todos estos años era que León tenía una gran influencia sobre mí.

¡Sí!

Él era la única persona capaz de poner mis emociones patas arriba.

Su mano subió desde mi muñeca hasta rodearme el cuello para acariciarlo con suavidad. Luego bajó la cabeza y me observó con las pupilas dilatadas, apenas se apreciaba el iris color dorado de sus hermosos ojos.

—¿Sabes por qué he intentado odiarte durante todos estos años? —inquirió sobre mis labios, consiguiendo que sintiera un ligero hormigueo en ellos.

Negué con la cabeza.

—¿Por qué? —pregunté, arrastrando las vocales como si me costara hablar.

León apretó un poco más mi cuello, pero sin hacerme daño, al contrario, lo único que estaba haciendo era excitarme más de lo que ya estaba.

—Porque sabía que no habría otra mujer en el mundo capaz de hacerme sentir tantas cosas al mismo tiempo, como tú lo hiciste la primera vez que nos besamos —confesó, rozando la punta de su nariz contra la mía—. He intentado sustituirte, maldita sea si no le puse todo mi empeño, pero no

dejaba de pensar en ti y de gruñir tu nombre cada vez que me follaba a una tía.

La respiración se me paró, pero no por un problema en mis pulmones, sino porque León me besó con voracidad.

¡Y, Dios! Era como disfrutar de un banquete tras un año de hambruna.

Quería saciarme con sus labios, con su lengua, ¡con todo su cuerpo!

Aquella sensación de sentir la presión de sus músculos contra los míos y la voracidad de sus ardientes besos, hacían que perdiera la cordura como nunca antes lo había hecho.

—León... —gemí su nombre entre jadeos, hincando mis dedos en sus hombros, invitándolo a tomar todo cuanto quisiera de mí.

Él sonrió contra el hueco de mi cuello, erizándome la piel.

—Este es otro de los tantos sueños que deseo cumplir contigo, Andy. Quiero hacerte mía, quiero que seas solo mía, joder.

—¡Ah! —solté un grito de placer y dolor, una combinación que jamás pensaría que pudiesen ser tan excitantes, cuando me mordió el cuello.

León siguió besándome aquella zona tan sensible de mi cuerpo, lamiendo y arrancándome gritos de placer, mientras apretaba las rodillas para controlar las fuertes palpitaciones de mi entrepierna.

Abrí los ojos como platos y solté un suspiro cuando él me agarró los pechos por encima del top, acariciándolos y moldeándolos sin reparo ninguno, antes de seguir la curva de mi espalda.

—Joder, Andy, eres perfecta... maldita sea —gruñó con voz cargada de deseo, obligándome a tumbarme sobre el sofá.

León se colocó encima de mí, con las rodillas a ambos lados de mis caderas, mientras su mano subía y bajaba por mi pierna. Luego apretó su erección contra mí, haciendo que ardiera en llamas.

León era el amor de mi vida. Yo tampoco podría encontrar a otro hombre que lo superase, pues él era mi alma gemela.

Vi cómo su mano bajaba lentamente hasta mi falda y me quedé congelada. Supongo que él percibió mi nerviosismo y por eso se quedó quieto, esperando unos segundos a que me relajara.

—Si quieres que pare, solo tienes que decírmelo —me susurró al oído, haciéndome estremecer de pies a cabeza con su cálido aliento—. Nunca te haría daño, Andy —dijo en un tono de voz serio, muy serio, observándome fijamente a los ojos para que pudiera ver a través de ellos que no estaba mintiendo.

Una sensación de calma y felicidad estalló en mi interior.

Me mordí el labio inferior con fuerza, devorando a León con la mirada. Y, sin poder controlar más mis emociones, lo tomé de la nuca y lo atraje hacia mí, procurando que el beso fuese más profundo.

¡Uff!

Sus besos, que sabían a una mezcla de tabaco y chicle de menta, eran jodidamente adictivos.

Sentí que el aire se me iba cuando su mano subió lentamente por mi pierna en una caricia lenta, excitante. Yo, dudando de si dar un paso más allá, coloqué una mano entre nosotros y acaricié su erección.

León cerró los ojos y gruñó haciendo vibrar su pecho contra el mío. Y, sin poder evitarlo, sonreí de medio lado por tener el placer de verle perder el control.

—El tema de hoy es el clítoris, Andy. Tenemos más días para estudiar en profundidad otras partes del cuerpo —dijo, agarrándome la muñeca para que dejara de acariciarlo o, más bien, torturarlo.

León volvió a atraparme la boca, empujando su lengua contra la mía.

Gemí cuando su mano se coló por debajo de mi falda y las puntas de sus dedos rozaron la tela de mis braguitas.

—¿Has visto? He hecho magia... —susurró sobre mis labios, sin dejar de mirarme a los ojos—. He conseguido mojararte sin agua.

Grité de placer, pero él me tapó la boca para silenciar mi jadeo. Su respiración me calentaba la oreja mientras hundía sus dedos dentro de mis braguitas. ¡Uff! Noté cómo los hundía en mi interior, antes de sacarlos de nuevo para acariciar mi clítoris con el dedo pulgar.

Apoyé mi cabeza sobre su hombro, apretando los ojos con fuerza y jadeando contra la palma de su mano.

—Voy a hacer que grites mi nombre y me supliques que no pare —susurró con voz cavernosa, sustituyendo la palma de su mano por sus tentadores labios.

León ahogó un gemido contra mi boca, me mordió el labio inferior y se separó de mí casi violentamente, mirándome con sus ojos inundados en lujuria, deseo y pasión.

—Quiero conocer en profundidad tu cuerpo, Andy. Quiero ser el único hombre que te dé placer, que te haga tocar el mismísimo cielo —dijo, besándome tiernamente en los labios, mientras sus ágiles dedos seguían jugueteando en mi centro—. Haz que otro de mis sueños se haga realidad,

Andy. Grita mi nombre mientras te corres para mí... —rogó con voz ronca, mordéndome el cuello y arrancándome un grito.

Mi respiración se volvió más errática cuando sentí las rodillas flojas, mientras sus dedos no dejaban de acariciar mi clítoris en un ritmo constante, a toda velocidad.

—¡Dios! —gemí, retorciéndome sobre el sofá.

León me agarró el rostro con su otra mano libre y gruñó cabreado.

—Error. Prueba otra vez...

Nuestras bocas se encontraron y nos besamos con ansia, mientras nuestros dientes se entrechocaban con violencia.

Abrí los ojos como platos cuando León empezó a hacer movimientos circulares con su dedo índice, ejerciendo la presión adecuada.

¡Era increíble, pero cada caricia me estimulaba justo donde debía, como si él fuese parte de mi cuerpo!

Hundí mis dedos en sus bíceps, tensos y duros, mientras abría más las piernas para darle acceso.

Por un momento pensé que me iba a morir.

Deseaba que aquella excitante y placentera sensación que sentía entre mis piernas terminase de una vez por todas para liberarme, para chillar hasta quedarme afónica.

—¿Lo sientes? Es como si toda la tensión del universo se hubiera centrado en este punto —dijo él con una sonrisa ladina, dándome toquecitos suaves allí abajo con su dedo índice.

Todo dentro de mí tembló, mientras mi cuerpo seguía retorciéndose en una espiral de contracciones que me estaban volviendo cada vez más loca.

—Sigo esperando a que grites mi nombre, Andy —gruñó con voz cavernosa, antes de atrapar mi labio inferior entre sus dientes y tirar de él.

—No... —suspiré aquel monosílabo sin fuerzas, con los párpados pesados por el placer que me estaba inundando por dentro, mientras él negaba con la cabeza y esbozaba una sonrisa sensual que casi me hizo llegar al orgasmo.

—Ya lo veremos, cariño.

Tan pronto terminó la frase, bajó su cabeza entre mis piernas y la magia surgió.

Intenté incorporarme del sofá, sorprendida porque era la primera vez que alguien me hacía sexo oral...

¡Que Dios me pillara confesada, porque tenía pensado pecar como nunca!

—¡Joder, mierda! —grité rabiosa cuando León dejó de acariciarme allí abajo con su lengua.

Me apoyé sobre los codos para observarlo sonreír ufano.

—¿Ocurre algo? —preguntó con inocencia fingida, mirándome intensamente, mientras su aliento me golpeaba en aquella zona tan sensible de mi cuerpo que, con un mínimo roce, haría que estallase en cien mil pedazos.

—León...

Sus pupilas se dilataron más todavía, al mismo tiempo que se pasaba la lengua por sus labios para degustar los restos de mi esencia.

—Por favor... —rogué finalmente, consiguiendo que dejase de sonreír y negar con la cabeza, como si se estuviera debatiendo consigo mismo.

Volví a caer hacia atrás cuando él siguió torturándome con la lengua, de arriba abajo, de izquierda a derecha, en círculos...

¡Joder!

—¡León, sí, León! —grité como nunca, consiguiendo que él aumentara el ritmo de sus lengüetazos.

Con un rápido movimiento, volvió a apoyarse sobre sus codos para observar cómo contraía las facciones de mi rostro y gemía su nombre. Sus ojos brillaron de una manera muy especial, como si de verdad hubiese esperado por aquel momento toda su vida.

—Mierda... —gruñó por lo bajo, apoyando su frente contra la mía, mientras sus músculos se tensaban y su respiración se volvía más errática—. Mira lo que has hecho... —susurró con una voz cargada de pasión, arrastrando las palabras, mientras bajaba la mirada hacia su entrepierna.

Abrí los ojos con sorpresa cuando vi una humedad en la bragueta de su pantalón.

¡Él también había llegado al orgasmo!

—Me excitas demasiado, Andy —dijo, besándome tiernamente en los labios—. Eres la única mujer que quiero, la única mujer que necesito a mi lado y la única mujer que he amado y amaré para siempre.

Se me formó un nudo en el fondo de mi garganta por culpa de sus emotivas palabras, mientras mis ojos me escocían por las lágrimas.

—Pienso traer de vuelta a la verdadera Andy que se esconde tras esa máscara, yo mismo me encargaré de hacerlo. Y cuando lo haga, cumpliré mi promesa —dijo, acercándose a mis labios—. Allá donde estés, no lo olvides, siempre estaré contigo...

OceanofPDF.com

9.

—Tienes un brillo especial en el rostro, no sé —dijo Lucy, examinándome de cerca—. ¿Te has hecho una limpieza de cutis?

—No —musité, al mismo tiempo que negaba con la cabeza.

—Ni que hubieras echado un polvo, y no creo que fuera con Erick. Dudo mucho que ese imbécil sepa usar la polla.

Me llevé las manos a las mejillas, tratando de que la vergüenza no se reflejara en mi rostro.

—¡Qué bruta eres!

Lucy enarcó ambas cejas y soltó un bufido.

—Disculpa, la próxima vez usaré la palabra pene o, yo qué sé, ¿«dedo sin uña»? Mejor dicho, «dedo meñique sin uña» —dijo poniendo cara de asco.

No, desde luego que el «dedo sin uña» de León no se podía comparar con el tamaño de un dedo meñique, sino con algo mucho más grande y grueso.

¡Dios!

Tenía que empezar a hacer ejercicio, por ejemplo, ir al gimnasio para controlar mis hormonas sexuales.

—Vuestras conversaciones parecen más interesantes que las estupideces que Camila suelta por la boca. ¿De qué «dedo sin uña» estabais hablando?

—preguntó Flavio, apareciendo frente a nosotras.

—De que Andy ha tenido el mejor polvo del siglo —soltó sin preámbulos mi amiga, tan directa y mal hablada como de costumbre.

Flavio estiró la boca hacia abajo, al mismo tiempo que la abría como si aquella noticia lo hubiese pillado por sorpresa. Pero luego sus facciones se contrajeron en seguida en una mueca de asco.

—¿Con Erick? —preguntó.

Abrí la boca para defenderme y cerrar aquel tema de conversación de una vez por todas, pero Lucy se me adelantó:

—Lo normal sería decir que sí, pero creo que Andy tiene un amante... uno de los buenos, como los protas de las novelas pornográficas que suele leer por las noches.

—¡Lucy! —la regañé cabreada, con mis mejillas ardiendo por la vergüenza, aunque sabía que en aquel momento lo que menos aparentaba era estar enojada.

—¿En serio? —inquirió Flavio, apoyando los antebrazos en mi mesa e inclinándose hacia mí para escrutarme intensamente—. Ahora lo entiendo... tú y el chico nuevo habéis...

—¡No! —lo interrumpí bruscamente, antes de que terminara la frase e hiciera que mis mejillas se encendieran como dos farolillos en plena noche.

Flavio enarcó una ceja al mismo tiempo que las comisuras de su boca tiraban hacia arriba, esbozando una sonrisa picarona.

—¡Buenos días, chicos! Por favor, sentaos con vuestras respectivas parejas de estudio —dijo la señora González cuando entró en el aula y, detrás de ella, León.

—Ahí viene tu *Romeo* —dijo Lucy, colocándose la mochila al hombro, antes de alejarse hacia la mesa de Jonathan.

Como si todo sucediera a cámara lenta, vi cómo León caminaba hacia mí con un aire de confianza que vivía en él desde siempre.

¡Sí!

León desprendía un aura de peligrosa sensualidad y él era muy consciente de ello.

Apreté las rodillas bajo la mesa y aguanté la respiración, mientras los latidos de mi corazón resonaban con más fuerza en mi cabeza.

Me humedecí los labios cuando desvié la mirada hacia sus dedos y luego hacia su boca, como si todavía pudiese sentir sus caricias allí abajo, en el centro de todo mi ser.

Él, consciente de que estaba fantaseando de nuevo con lo que hicimos ayer en el sofá de mi casa, esbozó una sonrisa ladina que hizo que casi gimiera de placer.

—Buenos días —me saludó formalmente, como si no hubiese pasado nada íntimo entre los dos—. ¿Qué tal has dormido? —me preguntó, al mismo tiempo que se dejaba caer hacia atrás contra el respaldo de la silla.

«Cabrón arrogante», pensé con gracia.

—Mal —dije con voz cortante.

No había mentido, pues me había pasado toda la maldita noche dando vueltas en la cama sin dejar de pensar en lo que él y yo hicimos.

—Estoy deseando saber cuál es el siguiente tema de la tarea —susurró con una sonrisa, intimidándome con su profunda mirada—. Deseando ponerlo en práctica...

Tragué saliva visiblemente ante su proximidad, mientras él mantenía fija la mirada en mi boca más tiempo del admitido, como si estuviera satisfecho por la reacción que provocaba en mí.

Carraspeé para llamar su atención, obligándolo a subir su mirada a mis ojos, pero tampoco le permití el lujo de hurgar en ellos las miles de sensaciones que me hacía sentir.

Así que, desvié la mirada hacia la libreta y leí el siguiente tema de la tarea:

—El glande.

Abrí los ojos como platos cuando terminé de leer.

—Uff... interesante, ¿no crees? —habló con aquella voz grave que hacía que se me erizara la piel—. ¡Ey! ¿Por qué lo tachas? —inquirió con el ceño fruncido cuando hice un borrón en la libreta.

—Porque creo que, sobre este tema en concreto, los dos estamos bastante documentados —le expliqué con la voz temblorosa, sonando poco convencida de mis propias palabras.

—¿Segura? —me preguntó, frunciendo más el ceño y viéndose todavía más atractivo que hacía cinco segundos.

—Sí —le dije de forma contundente y rotunda.

«Ni que fueras aquí la experta número uno sobre pollas... perdón, sobre penes», susurró la vocecita de mi conciencia.

La sonrisilla que León esbozó no me gustó para nada. Sabía que se traía algo entre manos.

—¿Sabes qué es un Príncipe Alberto?

Ahora fui yo quien frunció el entrecejo.

—No.

León ensanchó su sonrisa, desvelando aquella perfecta dentadura que cualquier dentista desearía usar en sus campañas publicitarias.

—Todavía tienes mucho que aprender con respecto al glande masculino, querida Andy. Si quieres, esta tarde puedo presentarte al Príncipe Alberto. Te aseguro que lleva mucho tiempo deseando conocerte... —murmuró cerca de mi rostro, con su cálido aliento golpeando mi boca.

—Lo que dijiste ayer... ¿iba en serio? —le pregunté, desviando el tema de conversación, nerviosa por saber su respuesta en una situación donde el sexo no nos nublara la razón.

León enarcó una ceja, como si me pregunta le hubiese sorprendido.

—¿No confías en mí?

—Sí... y no —respondí con total sinceridad.

Él se apartó un poco de mí, mientras sus facciones se tensaban por mi inesperada respuesta.

—Pues en mí es en quien deberías confiar, Andy —dijo con voz apagada, advirtiendo la decepción en su mirada.

—Me confesaste que te pasaste todos estos años intentando odiarme y que te repugna la nueva Andrea... ¿Cómo pretendes que confíe en ti?

Él soltó una risa débil, negando con la cabeza.

—Me has dejado tocarte, Andy, has dejado que te saboree —me recordó, al mismo tiempo que se pasaba la lengua por el labio inferior y tragaba grueso, como si todavía pudiese degustar el sabor de mi esencia—. ¿De verdad vas a seguir engañándote a ti misma diciendo que no confías en mí?

«Nos ha pillado, amiga», susurró la vocecita de mi conciencia.

—Mucha gente tiene relaciones sexuales con otras personas sin buscar compromiso, simplemente lo hacen por placer o diversión, nada más...

León apoyó su brazo en el respaldo de mi silla y se acercó tanto a mí, que incluso pensé que me iba a plantar un beso frente a todos mis compañeros.

—¿Estás diciendo que lo único que has sentido cuando te he tocado fue placer? —inquirió, repasando con su mirada la expresión de mi rostro, como si allí pudiese averiguar la respuesta.

Yo asentí, pues las palabras no me salían de la boca.

—Mientes —dijo él.

—Pareces muy seguro de ti mismo —le susurré con voz débil, sintiendo cómo mis malditas mariposas volvían a alzar vuelo en la boca de mi estómago.

—Eso es porque lo soy.

¡Y no mentía sobre ello!

León era la persona más segura de sí misma que jamás había conocido.

Un largo y tenso silencio se instauró entre nosotros. No sé cuánto tiempo estuvimos así, callados y distantes, hasta que mi curiosidad pudo

más que mi orgullo.

—Entonces, ya que piensas que miento, dime... —dije, acercándome tentadoramente a su boca y jugando a aquel juego de «querer y no poder besarte» —. ¿Qué crees que es lo que he llegado a sentir cuando los dos intimamos ayer en mi casa?

León me agarró del cuello y me atrajo hacia su rostro, creyendo que iba a plantarme un beso, pero no fue así. Aguanté la respiración, nerviosa más que nunca, cuando rozó su mejilla inundada por una incipiente barba que me hizo recordar que ya no era un niño, sino un hombre dispuesto a hacer cosas de adultos conmigo, antes de susurrarme cálidamente al oído:

—Has sentido lo mismo que yo he sentido la primera vez que te besé.

Volvió a apartarse, rozando su mejilla contra la mía y deteniéndose muy cerca de mis labios.

Luego nos observamos fijamente, con nuestras respiraciones entrecortadas.

Riiiiing.

Me sobresalté, hasta el punto de pegar un saltito en la silla.

—Salvada por la campana, nunca mejor dicho —murmuró en voz baja y sonriendo de una manera que me cortaba la respiración.

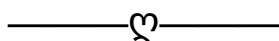
Sacudí la cabeza para alejar cualquier recuerdo de su boca entre mis piernas, antes de que pudiera leerme la mente, y recogí mis cosas a toda prisa para largarme al aula de dibujo artístico.

—Andy. —León me agarró de la muñeca, impidiendo que me alejara de allí—. Cuando terminen las clases, te espero en los aparcamientos.

—Hoy no tengo entrenamiento. Puedo ir a casa en bus —le recordé, sintiendo cómo su mano en mi muñeca me transmitía un hormigueo que se trasladaba a toda prisa por el resto de mi cuerpo.

—Lo sé —contestó sin más, esbozando otra sonrisa que hizo erizarme la piel.

Luego me soltó la muñeca y yo, de la misma manera que un pajarito aprovecharía la oportunidad para salir volando lo más lejos posible de las fauces de un feroz felino, me largué de allí corriendo.



Cerré los ojos y respiré profundamente sin dejar de caminar hacia el campo de fútbol.

Los rayos del sol se filtraban entre mis párpados y podía sentir su calor penetrando en mi piel, reconfortándome por completo.

—¡Ya ha empezado el partido! —dijo Lucy, agarrándome de la mano y obligándome a correr hacia las gradas.

Abrí los ojos violentamente, despertándome de mi trance, mientras mi mejor amiga corría como una loca para ver a su novio jugar al fútbol, quien ya parecía estar recuperándose de su pequeño esguince.

Flavio nos dijo que, durante el descanso del recreo, los chicos y él iban a hacer un partido amistoso entre ellos para poner en práctica sus entrenamientos. Y claro, Lucy no dudó en aceptar la invitación para observar embobada a su novio sin camiseta, sudando como un cerdo, mientras perseguía una pelota de la misma manera que un perro lo haría por un palo.

—¡Por fin! —exclamó ella totalmente emocionada cuando tomamos asiento.

Me crucé de brazos y clavé la vista en el centro del campo. Al lado derecho de Flavio, quien iba a hacer de árbitro, estaba Erick con una cinta blanca en el brazo y, al lado izquierdo de mi amigo, estaba León con una cinta negra alrededor de su bíceps.

—Esto se pone interesante —murmuró Lucy.

Como si León y Erick hubiesen notado mi presencia, desviaron la mirada hacia las gradas para clavarla en mí.

Ahogué un gemido de sorpresa cuando Erick me fulminó con la mirada y León me guiñó un ojo con pillería.

—¡Oh, desde luego que este partido va a ser el mejor de la historia! —exclamó mi amiga, carcajeando como la loca que era.

Piii.

Flavio hizo sonar el silbato, dando inicio al partido.

Erick le pasó la pelota a Jonathan y éste empezó a correr hacia la portería contraria, dispuesto a marcar un gol, pero León se lo impidió.

El equipo de León empezó a elogiarlo cuando él, controlando perfectamente la pelota entre sus pies, mientras corría hacia la portería del equipo contrario, dio un chute largo y sonoro.

—¡Gooooo! —exclamaron al unísono sus compañeros, acercándose a él para palmearle la espalda.

León sonrió con chulería sin amedrentarse ni un ápice de que Erick lo estuviera fulminando con la mirada, cuando me dedicó el gol señalándome

directamente con su dedo índice y golpeándose el pecho.

—Ojalá hubiese comprado palomitas en la cafetería —dijo Lucy, volviendo a carcajear como si estuviera viendo la escena de una buena película.

—Deberíamos irnos... —sugerí, al mismo tiempo que me levantaba.

—¡De eso nada! —exclamó ella, apoyando su mano en mi hombro para obligarme a tomar asiento de nuevo—. Quiero que veas la cara de tonto que se le queda a Erick cuando pierda el partido.

A medida que los minutos transcurrían, la situación se ponía cada vez más tensa entre los capitanes. Es decir, entre León y Erick.

El equipo de León iba ganando por una diferencia de dos goles.

—¡Leeeón! ¡Leeeón! —empezó a gritar Lucy, animándolo como si fuera una animadora.

Él sonrió de medio lado, desviando su atención hacia nosotras para alimentar la ira de Erick, quien no dejó de asesinarlo con la mirada.

—¿Quieres parar, por favor? —le susurré entre dientes, cabreada y avergonzada a partes iguales, mientras la obligaba a dejar de sacudir sus puños como si fueran dos pompones de animadora.

De repente, Erick sujetó a León por la camiseta para intentar detenerlo y que éste no se acercara a la portería.

Flavio empezó a tocar el silbato, una y otra vez, pero Erick no le hizo caso.

León le dio un codazo a Erick en el estómago para sacárselo de encima, haciendo que varias personas gimieran de dolor.

—¡Gooooo! —gritaron de nuevo los compañeros de León, mientras se acercaban a él para felicitarlo.

Pero aquella felicidad se vio interrumpida por Erick cuando se plantó frente a León y le dio un puñetazo en la mandíbula.

Lucía y yo ahogamos un grito horrorizado y corrimos hacia ellos cuando ambos se tiraron al suelo, enzarzándose en lo que parecía una pelea mortal.

Flavio siguió tocando el silbato, como si fuese un entrenador de perros.

¡Joder!

La única manera de separar aquellos «rottweilers» era interviniendo en la pelea.

—¡Erick, para! —le grité, agarrándolo de la camiseta para tirar de él.

Erick estaba encima de León, intentando estrangularlo. Parecía completamente fuera de sí, como si le importara una mierda asesinar a

alguien con sus propias manos.

—¡Para, joder! —Le pegué en los costados, haciéndole un poco de daño, pero, en reacción, dio un codazo hacia atrás y me golpeó en el pecho.

—¡Andrea! —gritó mi mejor amiga totalmente alarmada, cuando me caí al suelo.

León gruñó como un animal enfurecido y, como si una fuerza sobrehumana lo invadiera por dentro, tumbó a Erick en el suelo y le dio un fuerte puñetazo en la cara.

¡Uff!

El golpe sonó como si un hueso se rompiera por la mitad.

—¡Mira qué bien! Un invitado menos para la fiesta de esta noche —dijo León, escupiendo sangre en el césped.

Lo observé preocupada, todavía de rodillas en el suelo, mientras la herida de su labio seguía sangrando a raudales.

—Si vuelves a ponerle un dedo encima a Andrea, te juro que... —volvió a hablar León, intentando acercarse a Erick, pero Jonathan y Flavio se lo impidieron.

Era increíble que dos hombres tan grandes y corpulentos, como lo eran Flavio y Johny, les costase retener a León.

Erick empezó a reírse, enseñando sus dientes llenos de sangre.

¡Dios Santo!

—Joder, espero que ese gilipollas tenga seguro dental —murmuro Lucy, acucillada a mi lado mientras me acariciaba la espalda para intentar tranquilizarme.

—Vaya, todavía te quedan dientes para seguir riéndote, capullo malnacido —dijo León, intentando acercarse a él, mientras Flavio y Johny lo sujetaban con más fuerza para impedirselo.

—¿Acaso crees que tus amenazas me asustan? Que no vayamos juntos en la misma clase, no implica que no me entere de lo que pasa entre tú y ella —dijo con rabia, también escupiendo un poco de sangre, mientras se levantaba del suelo y clavaba su mirada fría como el hielo en mí—. Sé que Leonardo es tu amiguito de la infancia, tu amor platónico. —La mirada amenazadora de Erick hizo que sintiera arcadas, pero la decepción por saber que mi mejor amiga le había contado mi secreto, me dolió más que el golpe que recibí en el pecho.

—Se lo has contado —murmuré con las lágrimas en los ojos, mientras Lucy fruncía el ceño y negaba con la cabeza.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando? Yo no le he contado nada a nadie, Andrea, y menos aún a ese parásito intestinal —dijo mi amiga, negando con la cabeza y poniéndose de pie.

Yo también me incorporé del suelo y apreté los puños a ambos lados de mi cuerpo.

—Eras la única que sabía que León era mi mejor amigo de la infancia, Lucía —la acusé con el dedo índice, mientras las lágrimas corrían a toda prisa por mis mejillas.

En ese preciso momento me sentí traicionada y humillada por la que consideraba ser mi mejor amiga.

—Andrea —murmuró ella con voz afligida, mientras intentaba retener las lágrimas en los ojos.

Caminé marcha atrás cuando Lucy intentó acercarse a mí, mientras negaba con la cabeza y sollozaba, hasta que mi espalda chocó contra el torso de Erick.

Él, con la boca llena de sangre, esbozó una sonrisa sádica que hizo ponerme los pelos de punta.

—¿Te has acostado con él, verdad? —me preguntó, importándole una mierda que mis compañeros de clase estuvieran presenciando aquella bochornosa escena—. ¿Me has puesto los cuernos? —preguntó de nuevo, más cabreado que antes, agarrándome del mentón para obligarme a observarlo a los ojos.

«Si crees que yo soy la bruja en este cuento, princesita, te aseguro que hay otros monstruos peores que yo», recordé la frase de Camila.

—Te dije que no volvieras a ponerle un dedo encima —dijo León, consiguiendo soltarse del agarre de Flavio y de Jonathan.

—¿O qué? —le preguntó Erick provocándolo, sin la intención de soltarme el mentón.

Pum.

—Ahí tienes la respuesta —dijo León cuando su puño impactó contra la mejilla de Erick.

—¿Qué pasa aquí? —La voz del director hizo que mis compañeros de clase, los mismo que habían hecho un círculo a nuestro alrededor para presenciar la pelea, salieran corriendo para no verse involucrados en aquel problema.

Cuando el director vio la sangre en los rostros de León y de Erick, abrió la boca, primero sorprendido, y luego la cerró cabreado como nunca antes

lo había visto.

—Tú y tú —dijo, señalando a Erick y a León con el dedo índice—. A la enfermería inmediatamente, y luego a mi despacho. ¡Ahora!

Erick se levantó del suelo, tambaleándose de un lado a otro como un péndulo. León le había golpeado duro, de la misma manera que mi querido *Superman* lo habría hecho con un villano.

—Que alguien les ayude a llegar a la enfermería —dijo el director, esperando a que alguien se ofreciera para ayudar a Erick y a León.

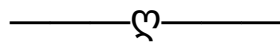
Inesperadamente, Flavio se acercó a Erick, serio y sin apenas levantar la mirada del suelo, mientras lo ayudaba a caminar. Luego Jonathan intentó acercarse a León, pero éste le apartó la mano y, murmurando un sinfín de improperios por lo bajo, se alejó de allí como un león salvaje sediento de más sangre.

Quedé absorta, sumida en mis propios pensamientos, hasta que alguien me acarició el hombro. Giré sobre mis talones para observar a Lucía con sus ojos inundados en lágrimas y el rostro contraído por la tristeza.

—Andy, te juro que no le he contado nada a Erick. Nunca le diría que León y tú os conocéis desde hace años, y mucho menos que te gusta. Te prometo que...

Alcé la mano para hacerla callar, mientras tragaba saliva para aliviar el nudo de emociones atorado en mi garganta.

—No quiero hablar —le dije con la voz apagada, antes de salir de allí corriendo.



El bus arrancó, mientras lo observaba alejarse por la carretera desde los aparcamientos del instituto.

Me apoyé en la moto de León, de brazos cruzados y con la mirada clavada en el suelo.

Habían pasado casi dos horas desde que finalizaron las clases, pero todavía seguía sin tener noticias de León.

De repente, las puertas del instituto se abrieron de golpe. Para mi mala suerte, fue Erick quien apareció. Parecía preocupado, como si buscara desesperadamente a alguien con la mirada, hasta que sus ojos se clavaron en mí y su rostro se puso más tenso de lo que ya estaba.

Me puse nerviosa, con la espalda super recta, mientras lo veía acercarse a mí.

Me estaba preparando mentalmente para confesarle la verdad, para decirle que estaba siendo manipulada por su exnovia y que ya no quería seguir haciendo el paripé con él ni fingir ser alguien que no era. Pero detrás de él, como salido de la nada, vi a León agarrándolo por el hombro para impedir que se acercara a mí ni un centímetro más.

—¡Os estoy viendo por las cámaras! —gritó la voz del director a través del megafonillo, evitando que los dos volvieran a enzarzarse en una pelea sangrienta.

Erick y León se fulminaron con la mirada, casi apoyando frente contra frente, hasta que León me observó de reojo y sus facciones se relajaron un poco más.

León se acercó a mí para desenganchar el casco del manillar de la moto.

—¿Estás bien? —me preguntó con voz preocupada.

Lo observé consternada. Esa pregunta debería habérsela hecho yo, pues tenía el labio superior hinchado y, cada vez que hablaba o movía un poco la boca, la herida volvía a sangrar.

—Andrea, necesito hablar contigo —me dijo Erick, a unos metros de distancia, observándome sin apenas pestañear—. Esto ha llegado a su límite... ¡No puedo más, maldita sea!

Fruncí el ceño e hice una mueca cuando me fijé mejor en su rostro: cara hinchada y ojos morados.

¡Uff!

No me quería ni imaginar el dolor que debería estar sintiendo en esos momentos, ni la cantidad de ibuprofenos que tendría que tomarse durante muchos días para bajar la inflamación.

—Andrea —volvió a hablar, esperando a que tomara una decisión.

León apretó el casco tan fuerte que creí que lo rompería en dos, pero no dijo nada. Era como si ambos hombres estuvieran esperando a que tomara mi propia decisión.

Negué con la cabeza lentamente, mientras le daba la espalda a Erick y me colocaba el casco.

—¡Andrea! —gritó Erick, decepcionado y cabreado—. ¡Joder, no lo entiendes! Lo lamentarás. Por tu culpa todo se irá a la mierda...

León apretó el puño y a punto estuvo de acercarse a Erick para terminar de romperle el resto de los dientes, pero lo agarré a tiempo del brazo y se le

impedí.

—Por favor... —le supliqué, rezando mentalmente para que se subiera a la moto y me llevara a casa, lo más lejos posible del instituto.

Él me alzó por la cintura y me subió a la moto.

Podía escuchar perfectamente los insultos de Erick, pero León arrancó el motor y aceleró sonoramente, impidiendo que escuchásemos más sus gritos.

El trayecto fue tenso, tenso como los músculos de la espalda de León.

Él y yo no dijimos palabra durante el trayecto a casa, sumidos en nuestros propios pensamientos.

A pesar de descubrir que mi mejor amiga me había traicionado, que Camila y Erick iban a hacerme la vida imposible y que León hubiese sufrido las consecuencias de mis problemas, me sentía aliviada...

¡Sí!

Después de tanto tiempo, tomar decisiones por mí misma sin importarme un rábano las amenazas de Camila, había hecho que me sacara un gran peso de encima.

Cuando León aparcó la moto en el jardín de su casa, se bajó de ella y empezó a caminar de un lado a otro mientras se despeinaba el pelo con frustración.

—León —murmuré su nombre, al mismo tiempo que me sacaba el casco.

—No entiendo qué haces saliendo con ese tío, Andrea. ¿Acaso no ves que te está usando como si fueras su marioneta?

—Lo sé —susurré, intentando bajarme de la moto sin caerme—. Cuando conocí a Erick, la situación era muy distinta.

León suspiró frustrado, golpeando con el pie el contenedor de la basura.

—Lo voy a matar, Andrea. Juro por Dios que, si te vuelve a poner un dedo encima, lo mato.

¡Y lo creía!

A León, desde muy pequeño, le daba igual recibir golpes para protegerme. Según él, nunca iba a permitir que nadie me hiciese daño...

«Si alguien intenta hacerte daño, Andy, antes tendrá que pasar por encima de mi cadáver», recordé sus palabras como si estuviera reviviendo episodios del pasado.

—Sé que Erick, en el fondo, está arrepentido —dije, intentando justificar sus actos.

No sé, tenía la sensación de que a Erick le pasaba algo malo. Era imposible que hubiese fingido tan bien ser una persona dulce y amable durante tanto tiempo, para luego transformarse en alguien peor que la propia Camila.

—Ni si te ocurra justificar sus actos, Andrea. No pienso permitirte —murmuró él entre dientes, negando con la cabeza y sacando una cajetilla de tabaco del bolsillo de su cazadora.

—Erick me ha cuidado, León. No tienes ni idea de lo que he sufrido en el instituto. Era el bicho raro de la escuela, todos me hacían la vida imposible —dije, intentando buscar las palabras adecuadas para explicarle que estaba siendo manipulada y amenazada por la exnovia de Erick.

«No es una amenaza, es un aviso. Si de verdad le tienes aprecio a tu nuevo amiguito, no me hagas enojar y haz lo que te digo».

León se quedó con el pitillo a medio camino de su boca y lo aplastó con rabia.

—¿Me estás diciendo que has estado saliendo con ese gilipollas por conveniencia?

Abrí y cerré la boca sonoramente, como un pez contra la orilla, sin saber qué decir.

Nunca quise hacer las cosas que había hecho durante mi estancia en el instituto o, mejor dicho, desde el día que pillé a Camila intimando con una mujer.

Apreté los puños, controlando la ira que borboteaba en mi interior, mientras León me observaba como si fuera el peor monstruo de la historia.

«Si crees que yo soy la bruja en este cuento, princesita, te aseguro que hay otros monstruos peores que yo».

Tal vez Camila tenía razón y el monstruo era yo misma, pues yo solita había permitido que la cobardía y el miedo me dominasen. Pude haberle dicho que no a Camila cientos de veces y mandarla a la mierda, pero sus amenazas hacían que me cagara de miedo literalmente.

Volví a abrir la boca, pero el mentón me temblaba tanto que no fui capaz de articular palabra. Quería explicarle a León todo lo que me estaba sucediendo, con pelos y señales. Quería que me comprendiera y que dejara de verme de aquella manera, con asco y decepción.

—Yo... yo... —Intenté iniciar la conversación, juro por Dios que intenté abrirme a él y confesarle, de una vez por todas, la pesadilla que estaba viviendo, pero León soltó un bufido de desprecio.

—¿En qué monstruo te has convertido, Andrea? —preguntó con la voz apagada, como si estuviera pensando en voz alta—. Tal vez soy yo el que no deba confiar en ti —soltó así sin más, sin rodeos, sin anestesia.

La vista se me empañó con las lágrimas y sentí una fuerte punzada en el corazón.

León apretó la mandíbula con determinación, como si estuviera luchando contra sus propias emociones, pues yo era consciente de lo mucho que le afectaba verme llorar, pero ahora la situación era muy diferente... parecía que su rabia era mucho más fuerte que cualquiera otra emoción.

—No quiero volver a verte, o por lo menos no a esta nueva Andrea —dijo con voz acerada y cortante, antes de darse la vuelta y entrar en casa.

10.

El sonido de una música en alto volumen me llegó a los oídos.

La fiesta ya había empezado.

Me acerqué a la ventana de mi habitación, apartando las cortinas a un lado, mientras observaba a los jugadores del equipo de fútbol entrar en la casa de León con bolsas llenas de bebidas alcohólicas. Por no mencionar las chicas que los acompañaban y que, claramente, eran mucho más mayores que ellos.

Me coloqué mis gafas a modo de diadema y me limpié las lágrimas con las mangas de mi sudadera. Luego me senté en el borde de la cama, mientras observaba cómo la pantalla de mi teléfono móvil se iluminaba en un continuo parpadeo, anunciando una llamada entrante. Era Lucía, pero no contesté a ninguna de sus llamadas. No quería hablar con ella, mejor dicho, no quería hablar con nadie.

Me dejé caer hacia atrás sobre el colchón y clavé la mirada en el dibujo del techo que hice hace unos años: la casita del árbol en la que León y yo solíamos jugar cuando éramos niños.

Solté un sollozo y me cubrí los ojos con el brazo, llorando desconsoladamente.

Era una mala persona, una muy mala y ruin persona. No solo había perdido a mi mejor amigo de la infancia, a mi amor platónico, sino también a mi mejor amiga.

«No eres mala, sino cobarde», me corrigió la voz de mi conciencia.

Me senté en el borde de la cama con la mirada clavada en la ventana, ensimismada en mis pensamientos.

¡Era cierto!

Era una cobarde y, si no me planteaba con urgencia traer de vuelta a la antigua Andrea, aquella chica fuerte y segura de sí misma a la que le importaba un rábano los comentarios de la gente, mi vida iba a seguir siendo una mierda.

«No quiero volver a verte, o por lo menos no a esta nueva Andrea».

Agarré las sábanas entre los puños cuando las lágrimas cesaron.

Ahora lo entendía... la cuestión no estaba en intentar adaptarme a mi nueva yo y aguantar otros tres meses más, no. La cuestión estaba en dejar salir a la verdadera Andrea de mi interior y enfrentarme a los problemas como debí haberlo hecho desde el principio.

Me levanté de la cama como si tuviera mil resortes en el trasero y salí de casa, importándome muy poco que la gente me viera en shorts de pijama y con una sudadera que me quedaba el doble de grande.

¡Sí!

Importándome una mierda que no llevara las lentillas puestas y que el pelo lo tuviera encrespado como un estropajo.

Crucé la calle con paso decidido, como un soldado raso con la única intención de cumplir las órdenes de su coronel, o en mi caso, de mi corazón.

Tenía claro cuáles eran mis propósitos para esa noche, sí, León iba a saber toda la maldita verdad... ¡toda!

Hice una mueca molesta cuando la música a todo volumen ensordeció hasta mis pensamientos.

Me coloqué las gafas y observé todo a mi alrededor, pero era un poco complicado hacerlo cuando el ambiente estaba lleno de humo y, por el fuerte olor de «madera de pino recién cortada», supe inmediatamente que los invitados no solo estaban consumiendo alcohol...

Sacudí la mano frente a mi rostro para apartar el humo e intenté abrirme paso entre la gente, pero fue todo un reto avanzar un par de pasos, pues todo el mundo me paraba para ofrecerme una calada de sus porros de marihuana.

No sabía hasta qué punto algunos de los jugadores del equipo de fútbol estaban drogados, pues hasta ahora ninguno me reconoció.

—¿Andrea?

«Mierda», pensé para mis adentros.

Giré sobre mis zapatillas y observé a Flavio, quien parecía realmente sorprendido de verme allí con aquellas pintas.

Fruncí el ceño cuando detrás de él, sentada en los sofás del salón, vi a Camila bebiendo y tonteando con un chico.

Tragué saliva con nerviosismo y aparté la mirada.

Yo no quería ser como Camila, no quería pasarme toda mi vida fingiendo ser alguien que no era... ¡No!

—¿Qué haces aquí? —me preguntó Flavio, observándome sin apenas pestañear.

Alcé los hombros y los dejé caer con indiferencia.

—Lo mismo que tú —le respondí, clavando la mirada en su vaso de plástico color rojo y robándoselo en pocos segundos para vaciarlo de un trago.

Aquel líquido que reconocí como whisky del caro me quemó la lengua, los dientes y cayó como una bola de fuego en mi estómago.

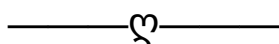
Flavio silbó por la sorpresa y abrió los ojos como platos, cuando le devolví el vaso completamente vacío.

Yo no solía beber. La última vez que lo hice me quedó bien claro que una noche de risas y juerga no valía la pena para luego, a la mañana siguiente, sufrir una resaca del demonio y dejar la habitación llena de vómito.

Camila, quien se percató de mi presencia, alzó su vaso en el aire como si quisiera brindar conmigo. No sabía si la quemazón del alcohol corriendo por mis venas hizo que me sintiera poderosa, o qué cojones fue, pero no dudé ni un segundo en sacarle el dedo corazón y dejarla con la boca abierta.

Flavio frunció el ceño, desviando la mirada hacia atrás para luego volver a clavarla en mí.

—¡Está bien, jovencita! ¡Vamos a por más bebida espiritual porque esta noche promete ser muy interesante! —dijo él sonriendo ampliamente, mientras me rodeaba los hombros con el brazo y me guiaba hacia la cocina.



La sensación de quemazón por mi garganta seguía apareciendo cada vez que pegaba un sorbo a la botella de whisky.

Llegó un momento durante la noche que había perdido la noción del tiempo, lo único que quería era pasármelo bien y ser yo misma.

Lo «bueno» del alcohol era que la mayoría de los invitados estaban ya medio borrachos y muy alegres como para centrarse en mí, algo que agradecí enormemente, pues esa noche quería divertirme un poco y soltarme la melena... ¡literalmente!

—¿Qué haces? —preguntó Flavio, riéndose a carcajadas por los efectos del alcohol, mientras jugaba con unos compañeros a encestar pelotas de pingpong en unos vasos de plástico.

—¡Quiero desmelenarme, ser libre! —exclamé, al mismo tiempo que estiraba los brazos hacia el techo como si pudiera tocarlo con las puntas de

los dedos.

—¡Estás loca! —exclamó arrastrando las vocales como si se le fuera la vida en ello.

—No, estoy borracha que es muy distinto —puntualicé, señalándolo con el dedo índice.

Menos mal que estaba sentada en la encimera de la cocina porque mis piernas parecían dos fideos cocidos.

No sé, tenía los músculos adormilados, relajados...

—¡Mierda! —gritó cabreado porque la pelota no entró en el vaso.

—Si tienes la misma puntería para otras cosas... —murmuré, riéndome de él.

Flavio sonrió de medio lado, amenazándome con el dedo índice.

—Puedo enseñarte la buena puntería que tengo en un sitio más privado.

Resoplé con fuerza, como si fuera un caballo, mientras gotas de saliva salían disparadas de mi boca.

—Los tíos que no sabéis usar vuestro «dedo sin uña» soléis decir eso —le dije sin poder dejar de reírme.

Dios, había bebido tanto whisky que creía que era alcohol en vez de sangre lo que corría por mis venas.

—¿Y eso cómo lo sabes, listilla? ¿Acaso has estado con muchos tíos para confirmarlo? —inquirió él, acercándose a mí lentamente, pero se tropezó con sus propios pies y se cayó al suelo.

Los dos carcajamos de una manera que la que parecía haberse fumado un porro había sido yo y no él.

De repente, sentí un escalofrío en mi espalda como si alguien me estuviera observando fijamente. Parpadeé sin parar, buscando con la mirada al responsable que me había provocado aquel incómodo escalofrío.

—Un momento... —susurré para mí misma cuando me pareció ver, bajo el umbral de la puerta de la cocina, un chico más alto que los demás.

Achiné los ojos, intentando ver con mayor nitidez de quién se trataba, pero todo estaba tan borroso...

—¡Ah, puto alcohol, no veo nada!

—Súbete las gafas, idiota —dijo Flavio, todavía tirado en el suelo, mientras carcajeaba sin parar.

—¡Oh, mierda! —exclamé con gracia, al mismo tiempo que deslizaba mis gafas por el puente de la nariz hacia arriba—. ¡Oh, mierda! —exclamé

de nuevo, pero esta vez asustada, cuando vi claramente la mirada asesina de León clavada en mí.

A pesar de las circunstancias y de la fuerte discusión que habíamos tenido esa misma tarde, no pude evitar mordirme el labio inferior sin ocultar la gran atracción que sentía por él.

¡Por los clavos de Cristo!

¡León estaba para comérselo, lamerlo y mojar en pan!

Lo miré de arriba abajo, analizándolo lentamente e intentando quedarme con aquella imagen grabada a fuego en mi retina.

León llevaba puesto unos pantalones vaqueros que le sentaban como un guante, y una camiseta blanca que le marcaba los abdominales y dejaba a la vista aquellos tatuajes que lo hacían verse todavía más irresistible.

Él, dándole otra calada al cigarrillo, expulsó el humo lentamente por la nariz sin apartarme la mirada ni un segundo. Inevitablemente, me llevé una mano a la boca para reprimir la risa cuando le vi cierto parecido a un toro de dibujos animados echando humo por la nariz y las orejas.

Fruncí el ceño, dejando de sonreír, cuando me di cuenta de que había una chica a su lado con unas curvas de infarto y unas tetas que bien podrían servir de almohada.

Bajé la mirada a mis tetas, me las toqué por encima de la sudadera e hice una mueca de disgusto.

Mis tetas eran como aceitunas, no, no... ¡como uvas pasas!

León entreabrió la boca, sorprendido de que me hubiese manoseado frente a todo el mundo. Luego apretó la mandíbula, mientras el cigarrillo se consumía lentamente entre su dedo pulgar y el índice.

La chica, que, por cierto, era una monada, intentó distraerlo pasándole la mano por el torso, pero León parecía tener toda la atención puesta en mí...

Me bajé de la encimera y lo saludé con la mano, moviendo de manera cómica mis dedos, hasta que dejé el dedo corazón en alto.

León abrió la boca y enarcó ambas cejas, sorprendido por mi reacción.

Ya era la segunda persona a la que le había hecho una peineta aquella noche, o bueno... eso creía. No podía asegurarlo, estaba tan borracha que incluso me costaba recordar lo que había hecho hacía cinco minutos...

—¿Ese de ahí no es Leonardo? —preguntó Flavio, alzando la cabeza del suelo y con los ojos medio caídos, mientras el sueño se apoderaba de él.

Ahogué un grito cuando la gente le abrió paso a León, apartándose de él con cierto miedo, sí, miedo porque no querían correr la misma suerte que

Erick.

Intenté salir de allí corriendo, sintiendo que mi seguridad y confianza se desmoronaban como un castillo de arena cuando la marea sube con violencia arrasando todo por su paso, pero me temblaban tanto las piernas que apenas pude moverme.

—Andrea. —Su voz sonó potente y autoritaria, haciendo que me quedara congelada.

Me agarré al borde de la encimera, echando la cabeza hacia atrás para observarlo a la cara.

¡Dios!

¿Por qué no me habría puesto unos tacones para, por lo menos, no sentirme tan pequeña a su lado?

«Si te hubieras puesto unos tacones, habrías terminado en urgencias con el tobillo roto», dijo la vocecita de mi conciencia.

Era cierto, apenas podía caminar firme encima de mis zapatillas como para hacerlo encima de unos andamios.

—¿Qué haces aquí sola? —inquirió, mientras el humo de su cigarrillo se interponía entre nosotros.

El humo hizo que empezara a toser contra su pecho con tanta fuerza que temí ponerme a vomitar de un momento a otro.

—Te recuerdo que yo también estoy invitada a esta fiesta —dije, volviendo a recobrar la compostura y sonriendo de oreja a oreja, mientras batía mis pestañas de manera inocente—. Y no estoy sola —murmuré haciendo un puchero con los labios mientras me cruzaba de brazos.

—¡Eso, tío, ella no está sola! —dijo Flavio, al mismo tiempo que alzaba la mano para que León desviara su atención al suelo.

Yo me eché a reír sin parar.

León frunció tanto el ceño que sus cejas estuvieron a punto de unirse sobre su nariz.

—Estás borracha. —Aquello sonó más como una afirmación que como una pregunta.

—¡Por supuesto que sí! —le dije con los ojos entornados.

—¿Qué coño has bebido? —preguntó, acercándose más a mí mientras sus fosas nasales se dilataban rabiosamente al respirar.

Sonreí de manera sensual sin cortarme un pelo, antes de agarrarlo por el cuello de la camiseta y atraerlo hacia mí.

León parecía nervioso, tal vez creyendo que iba a besarlo, pero lo que hice lo dejó aún más anonadado: le eché el aliento en la cara.

Él parpadeó varias veces, como si estuviera intentando adivinar qué tipo de bebida había estado injiriendo, pero luego apagó su cigarrillo con rapidez contra la encimera de la cocina.

—¡Dios, esto se va a incendiar! —dijo, intentando apartar el humo de mi rostro, consciente de la cantidad de alcohol que fluía por mis venas—. Ven —me ordenó, agarrándome de la muñeca, pero me negué.

—¿A dónde? ¿A tu cama? —le pregunté con voz juguetona.

Él tragó saliva visiblemente, antes de responder.

—No, te llevaré a tu cama —dijo y, cuando se dio cuenta de que aquello también se podría malinterpretar, aclaró—: Te llevaré a tu cama para que duermas un poco.

Intentó tirar de mí para obligarme a caminar, pero me resistí como una campeona.

Al parecer, el alcohol en mí tenía un efecto parecido a las espinacas en *Popeye*.

Sonreí por mi teoría, intentando hacer los gestos que hacen los culturistas.

León se llevó una mano al rostro totalmente frustrado y negó con la cabeza.

—Vamos, Andrea —susurró en voz baja, intentando no perder la paciencia conmigo.

—¡No me grites!

Él enarcó una ceja, observándome de arriba abajo, deteniéndose más tiempo en mis piernas desnudas, para luego volver a observarme a los ojos.

—No volveré a repetírtelo, cariño. O vienes por las buenas, o vienes por las malas.

«Cariño», pensé para mis adentros.

¡Dios!

Aquel apodo cariñoso me embriagó de felicidad, tanto que ya no pude contenerme más y decidí sacar por fin a la verdadera Andrea de mi interior.

—Andrea, he dicho que nos vamos, ahora —volvió a hablar con voz seria, apretando los dientes con demasiada fuerza.

—¡De eso nada, monada! —le grité, soltándome de su agarre.

—¿Qué estás haciendo? —me preguntó con la preocupación reflejada en su perfecto rostro.

—¡La verdadera Andrea quiere salir a la luz! —volví a chillar, captando la atención de varias personas, incluso Flavio, quien parecía estar inconsciente, abrió un ojo y enarcó una ceja confundido por mis molestos gritos.

León observó a su alrededor, desvelando cierta incomodidad, antes de acercarse a mí para volver a intentar agarrarme del brazo.

—¡He dicho que no, que no quiero! —exclamé, esquivándolo con éxito y sin caerme al suelo.

—Andy...

—Soy el peor monstruo de la historia, incluso la siguiente generación ya no hablará del *Hombre del Saco* ni de *Freddy Kruger*, no... ¡Ellos hablarán de mí! —dije, apretando los puños y bordeando la isla de la cocina para evitar que León me atrapara—. ¿Lo sabías? —le pregunté, apoyando las palmas de las manos sobre la encimera y acribillándolo con la mirada. León abrió la boca para responder, pero no se lo permití—. ¡Oh, claro que lo sabías! ¡Tú mismo me llamaste monstruo!

Sus músculos, que hasta ese momento estaban tensos, se fueron relajaron lentamente cuando procesó mis palabras. Negó con la cabeza, perplejo, y contrajo las facciones en una mueca que podía ser tanto de dolor como de pesar.

—Andy, lo siento mucho, estaba cabreado, yo... —soltó un suspiro, llevándose la mano al pelo para desordenarlo—. No lo decía en serio.

Intentó acercarse a mí de nuevo, pero volví a bordear la isla de la cocina para impedirselo.

—¡Sí que lo dijiste! Es lo que piensas y lo que yo también pienso de mí misma...

Sin poder aguantar más aquella presión en el pecho, aquella sensación de miedo que me quemaba por dentro, me arranqué las extensiones de clip.

—Joder, tengo que grabarlo —murmuró Flavio, intentando sacar su móvil del bolsillo—. Estoy tan borracho que mañana no me acordaré de esto.

León quedó paralizado, como si hubiese echado raíces en el suelo de la cocina, observándome con las cejas completamente enarcadas.

Arrojé las extensiones al suelo, pisoteándolas con rabia y deseando tener un mechero para quemarlas.

¡Maldita sea!

Sacudí la cabeza de un lado a otro, dejando que mi corta melena, que apenas me llegaba a la altura de la clavícula, estuviera suelta y libre.

Luego volví a clavar la mirada en León y me acerqué a él, tambaleándome, mientras la cocina daba vueltas a mi alrededor.

—Aquí estoy, frente a ti, la verdadera Andrea que siempre has conocido y que estás buscando —le dije, picándole el pecho con el dedo índice.

León parpadeó al ritmo de los golpecitos que le daba en el pecho, mientras me observaba con un brillo especial en los ojos. Pero cuando desvió la mirada hacia la entrada de la cocina, me di cuenta de que había varias personas grabándome con sus teléfonos móviles.

Él masculló por lo bajo algo que no entendí, pero decidí que lo mejor sería no preguntar y seguir emborrachándome.

—¡Ah, suéltame! —le grité cabreada cuando me cargó sobre su hombro, como si fuera un saco de patatas—. Joder, creo que voy a vomitar... —musité, llevándome una mano a la boca para reprimir las arcadas.

Apenas podía ver con claridad hacia dónde me llevaba, pues lo único que veía eran zapatos de diferentes marcas y mucho humo, mientras seguía colgada de su hombro como si fuera una bufanda.

—¡Ah! —chillé cuando me lanzó sobre un mullido colchón.

Mi cuerpo rebotó con gracia y fue inevitable no echarme a reír, hasta que otra arcada hizo que me centrara en no vomitar.

—¿Eres consciente de que mañana saldrás en Youtube? —me preguntó, al mismo tiempo que cerraba la puerta de su habitación.

¡Sí, por fin estábamos a solas en su habitación!

Mmmm...

—Andrea, ¿me estás escuchando?

—Perfectamente, no haces más que gritar. ¿Cómo pretendes que no te escuche? —respondí llena de rabia, intentando sentarme en el centro de la cama.

Dios, toda su habitación olía a él...

¡Uff!

Tuve que hacer acopio de todo mi autocontrol para no enterrar mi nariz en la almohada y respirar su fragancia tan masculina.

—¿Qué acaba de ocurrir allí abajo, Andy? ¿Por qué lo has hecho? —inquirió, desvelando en el tono de su voz lo verdaderamente preocupado que estaba por mí.

Solté un bufido para restarle importancia y me crucé de brazos, como si fuera una niña caprichosa.

—Pensé que ya te había quedado claro que lo hice por ti y por mí, porque no quiero seguir fingiendo ser alguien que no soy. ¡Estoy harta, León! ¡Harta de las amenazas de Camila, harta de intentar que...

León me agarró por los hombros, obligándome a callarme.

Lo observé fijamente, sin emitir ningún sonido. Todas las facciones de su rostro se tensaron momentáneamente.

—¿De qué amenazas estás hablando? —inquirió sin más rodeos.

Abrí y cerré la boca, gesticulando exageradamente con las manos y sin saber por dónde empezar...

—Estos días he sido muy paciente contigo, Andy, pero no pienso dejar que te vayas de aquí hasta que me digas qué cojones está pasando. ¿En qué problemas estás metida, eh?

Se me escapó un sollozo ahogado que ni siquiera pareció salir de mí, pero seguí esbozando una sonrisa débil mientras negaba con la cabeza.

—Camila es lesbiana, algo que nunca debí descubrir —dije, yendo directamente al grano—. Me amenazó, aunque, a decir verdad, a día de hoy me sigue amenazando para que mantenga el pico cerrado —le expliqué, pasándome un dedo sobre los labios como si fuera una cremallera—. ¡Oh, no, ahora te lo he contado, mierda! ¿Qué he hecho? Bueno, da igual, que se joda esa víbora. ¡Já!

Me eché a reír nerviosamente, carcajeando sin parar, bajo la mirada furibunda de León.

—Andrea... —El tono fuerte de su voz haría que cualquier ser humano se hubiera echo pis en los pantalones, pero como yo estaba más borracha que nunca, no me afectó.

—Camila me obligó a conquistar a su exnovio. Quería deshacerse de él y, de paso, castigarme a mí por descubrir su secreto. Hice lo que me pidió, pues estaba cagada de miedo por sus amenazas. Y bueno, al final, entre Erick y yo surgió el amor... o eso creí en su momento —seguí explicando, mientras León me observaba como si quisiera atravesarme con la mirada—. Si Erick y yo salíamos juntos, ella quedaría como la víctima. Como la chica a la que su novio la cambió por un bicho raro. O sea, el bicho raro soy yo —le dije, señalándome con el dedo índice con mucho orgullo y volviendo a carcajear cuando el hipo se me salió en todo su esplendor—. Luego me obligó a ser animadora para verle la cara prácticamente todos los días, como

si quisiera recordarme que me estaba vigilando y que tuviera mucho cuidado con lo que hacía. Es decir, más amenazas... —dije con un tono de voz aburrido—. ¿De verdad crees que yo quise convertirme en esto? ¡Por favor! Erick, después de un tiempo de estar juntos, cambió su forma de ser o, bueno, tal vez dejó de fingir ser un chico dulce y atento para desvelar su verdadera personalidad. Me sugirió que cambiara mi forma de vestir, que me pusiera extensiones, que me maquillara, que dejara de usar gafas...

León desvió la mirada hacia el cabecero de la cama y apretó las mandíbulas con determinación, como si escuchar todo aquello lo pusiera de muy mala hostia.

—No quise darme cuenta de lo que realmente sucedía: Erick quería convertirme en su exnovia, en Camila. ¿Te lo puedes creer? ¡Pua! —expresé haciendo una mueca de asco—. Créeme que intenté cortar mi relación con él muchas veces, pues entre los dos no hay amor, pero Camila me lo prohibió. ¿Por qué? Pues todavía sigo sin entenderlo —murmuré, llevándome un dedo al mentón y aguantando la risa. ¡Joder, el alcohol me estaba afectando demasiado! —. Bueno, sí que sé el motivo... justamente lo descubrí ayer. Pero es un secreto... Sshh —le susurré con voz ronca, arrodillándome en la cama, muy cerca de su rostro—. A Camila le gusto. Por eso me está torturando, castigándome... es una hija de puta, ¿verdad? —Cerré los ojos, olisqueándole el cuello y haciendo que se tensara más de lo que ya estaba—. ¿Qué perfume usas? ¡Dios, hueles tan bien! —susurré con voz cálida y sensual.

León gruñó cabreado, apartándose de mí para ponerse de pie, mientras seguía apretando y cerrando los puños como si estuviera intentando controlar una ira irrefrenable.

—¡No te cabrees, hombre! Mira el lado positivo de todo esto —le dije y él, automáticamente, frenó en seco para observarme con las cejas enarcadas.

—¿Qué tiene de positivo estar amenazada? —preguntó cabreado, acercándose de nuevo al borde de la cama.

Me arrastré hacia él, todavía de rodillas, para quedar a la altura de su boca.

—Erick consiguió que mis compañeros dejaran de tratarme como el bicho raro del insti.

—Andrea...

—¡No tienes ni idea de lo que he sufrido durante todos estos años, León! Intenté hacer oídos sordos a los insultos, a los malos comentarios de

mis propios compañeros, tal y como lo hacía cuando iba contigo a la escuela, pero ya me estaba quedando sin fuerzas —le dije, negando con la cabeza mientras mis ojos escocían por las lágrimas.

—Tenemos que hacer algo, Andrea. No puedes dejar que Camila se salga con la suya ni permitir que Erick te siga tratando así.

—Solo quedan menos de tres meses, León. Solo tengo que aguantar un poco más y...

Él me enmarcó el rostro con las manos y me obligó a cerrar la boca.

—He vuelto, Andy. He venido para cuidarte, para protegerte. ¿De verdad crees que voy a permitir que alguien te haga daño? —inquirió, sonriendo de medio lado con cierta rabia—. ¡Por encima de mi cadáver!

Me pasé la lengua por mis labios hambrientos, famélicos por los suyos, y luego succioné mi labio inferior.

León bajó su mirada y se detuvo en mi boca, atento a cada uno de mis movimientos, mientras se le nublaba la vista por el inmenso deseo de besarme.

—Eres un perdedor, tú también me has hecho mucho daño —le grité exaltada, aunque sabía que estaba hablando bajo los malditos efectos del alcohol.

Creí que León se cabrearía, que perdería la paciencia conmigo, pero, inesperadamente, esbozó una sonrisa.

—Lo bueno de ser un perdedor es que no tengo nada que perder —murmuró en voz baja, antes de atraparme en su cálida boca. Fue un beso duro, casi brutal, como si me estuviera castigando por haberlo abandonado hace seis años.

Se me escapó el oxígeno de mis pulmones cuando caímos sobre el colchón, él encima de mí.

¡Uff!

Ya estaba jadeando y León apenas me había tocado.

Sus dedos acariciaron mis desnudas piernas e hicieron que el pulso se me acelerase a toda pastilla.

—Eres perfecta tal y como eres, Andy. Me gustas... me gustas demasiado, joder —murmuró sobre mis labios.

Me desnudó con la mirada, como si la cremallera de mi sudadera pudiera desgarrarse y romperse con su sola voluntad.

León me estaba haciendo el amor a través de nuestras ropas, restregándose contra mí e incendiándose por dentro.

Arqueé la espalda, guiando su cabeza hacia mis pechos y él, sin rechistar, me mordió los pezones por encima de la tela de mi sudadera.

¡Oh!

La humedad se acumuló entre mis piernas e inevitablemente recordé su «truco de magia».

Sonreí con malicia, desplazando mi mano por todo su fornido torso, hasta apoyarla sobre su dura erección y acunarla con delicadeza.

León cerró los ojos para disfrutar del momento, pero su exhalación hizo que me sintiera poderosa y que ejerciera un poco más de presión en el agarre, mientras sus bíceps se tensaban a ambos lados de mi cabeza.

Jadeé de manera superficial, sonora, para forzar el aire a entrar de nuevo en mis pulmones, antes de susurrarle con voz caliente y anhelante:

—¿Has visto? He hecho magia. He puesto tieso algo que no tiene hueso.

León apretó las mandíbulas e introdujo su mano dentro de mis shorts holgados. Abrí los ojos y la boca al mismo tiempo, mientras él arqueaba una ceja.

¡Dios santo!

Estaba tan húmeda, joder, incluso mi ropa interior estaba empapada.

—Sorpresa —susurró él con una voz tan ronca que casi me hizo gimotear de placer—. Yo también he vuelto a hacer mi truco de magia.

—¡Ahh! —grité de puro placer al sentir su dedo acariciándome allí abajo.

Arqueé la espalda, empujando las caderas contra su mano para que ejerciera más presión.

—Te necesito, León, te necesito ahora mismo —murmuré sobre su cuello, mientras me retorció bajo su cuerpo por el placer que sus dedos me estaban dando.

De repente, León dejó de tocarme y noté sus músculos más tensos de lo normal.

Abrí los párpados y lo observé con atención, mientras se colocaba a cuatro patas sobre mí para así evitar el contacto de nuestros cuerpos.

—Tenemos que parar. —Su voz flotó en el aire con un gruñido profundo y masculino.

El enfado y la lujuria emanaron de sus ojos, dejándome bien claro que lo que acababa de decir no era lo que realmente sentía por dentro.

—¿Qué?

León negó con la cabeza repetidas veces, se pasó la palma de la mano por el rostro y resopló con frustración.

—No voy a seguir, Andy, no mientras estés borracha. Cuando te haga el amor, voy a asegurarme de que recuerdes cada caricia, cada beso, cada embestida, cada gemido... ¡todo!

Estaba tan emocionada por sus palabras que me quedé muda de la impresión.

De repente, noté que los párpados me pesaban toneladas.

León me besó en la punta de la nariz y se acurrucó a mi lado.

—Voy a conseguir que Camila y Erick te dejen en paz, Andy. Te juro por Dios que lo voy a conseguir...

Sonreí luchando bravamente contra el sueño y observándolo a los ojos.

—Eres mi héroe —le susurré con voz cálida, antes de cerrar los párpados y sumergirme en un bonito sueño junto a él.

11.

El sol de primera hora de la mañana se filtró a través de las cortinas y me obligó a abrir los ojos a regañadientes, mientras me masajeaba la frente.

¡Dios, la cabeza me martilleaba como si dentro tuviera un mono tocando los platillos!

Estaba muerta de sueño y la resaca me estaba matando.

Tenía que levantarme, pegarme una ducha de agua fría y estar presentable antes de las once, que era la hora a la que mi madre solía llegar a casa después de trabajar.

Me senté en el centro de la cama, apartando las sábanas a un lado y gruñendo malhumorada. Tenía muy mal despertar, pero la resaca hacía que sintiera ganas de asfixiar a alguien con la almohada... o asfixiarme a mí misma por lo gilipollas que fui al beber sin control, aun sabiendo las consecuencias que tendría a la mañana siguiente.

—¡Ah, eres una estúpida! —me regañé a mí misma, aplastando la almohada contra mi rostro, pero cuando un olor a colonia masculina invadió mis fosas nasales, me alarmé por completo.

Abrí los ojos como platos, incorporándome de la cama y tambaleándome un poco. Agarré mis gafas de la mesita de noche, me las coloqué y empecé a examinar con la mirada todo a mi alrededor.

—¿Dónde demonios estaba? —me cuestioné a mí misma cuando me di cuenta de que aquella no era mi habitación.

Mi corazón empezó a acelerarse a toda prisa cuando vi mi ropa tirada en una esquina. Deslicé la mirada por mi cuerpo y vi que llevaba puesta una camiseta de hombre que me quedaba a la altura de mis muslos. Solté un suspiro de alivio cuando noté mis braguitas en su sitio.

Inspiré profundamente, llenando mis pulmones de aquel aroma tan familiar... ¡Mierda, era la colonia de León! ¡Joder, estaba en su habitación!

Me llevé una mano a la boca para reprimir un grito de sorpresa, mientras corría de un lado a otro intentando aclarar mi mente confundida.

¡No me acordaba de nada!

¿Qué demonios había hecho ayer por la noche?

Sacudí la cabeza para alejar los malos pensamientos de lo que podría haber hecho estando bajo los malditos efectos del alcohol, antes de calzarme y correr hacia la puerta.

—Puto alcohol. Ni siquiera volveré a usar perfumes, maldita sea —susurré para mí misma—. ¡Oh!

Frené en seco cuando la puerta se abrió de golpe.

León apareció frente a mí con una toalla blanca alrededor de la cintura, el cabello mojado y todo el cuerpo estallando de músculos forjados por el ejercicio.

Mi corazón empezó a bombear con más fuerza cuando él esbozó una sonrisa ladina y apoyó su hombro en el marco de la puerta.

—¿Tienes prisa? —me preguntó con voz cavernosa, mientras las gotas de agua caían de su cabello y corrían tentadoras por su desnudo torso.

Me humedecí los labios inconscientemente cuando los sentí secos.

—Un poco —murmuré con voz apenas audible, mientras me peinaba el cabello con los dedos. Parpadeé varias veces, atónita, hasta que abrí los ojos completamente horrorizada al darme cuenta de que no tenía las extensiones puestas—. ¿Dónde está mi pelo?

León silbó con admiración sin dejar de sonreír.

—Sí que debiste beber mucho...

Fruncí el ceño un tanto irritada al recordar vagamente que Flavio me había propuesto beber de su botella de whisky... ¡y vaya si lo hice, la había dejado completamente vacía!

León se separó de la puerta para acercarse a mí sin borrar aquella sonrisa tan sensual que era capaz de hacerme sentir mil cosas al mismo tiempo.

—Ayer te desmelenaste, literalmente —recalcó la última palabra, mientras me repasaba de arriba abajo con su intensa mirada.

—No... yo no... —Negué con la cabeza mientras fruncía el ceño sin comprender nada de lo que me estaba diciendo.

León se colocó detrás de mí, haciendo que mi núcleo palpitara fuertemente.

—Ayer trajiste de vuelta a la verdadera Andrea, pero decidí que habías dado suficiente espectáculo. Así que, te traje a mi habitación y luego...

—¿Y luego qué? —lo interrumpí, nerviosa, observándolo por encima del hombro cuando hizo un prolongado silencio.

León me apartó el pelo de la oreja y se inclinó para susurrarme:

—No sé si contártelo.

Cerré los ojos y me mordí el labio inferior, reprimiendo un gemido de placer. Sacudí la cabeza para alejar aquella sensación que me estaba invadiendo por dentro a una velocidad anormal.

—¿Crees que esto es gracioso? —inquirí, girando sobre mis talones para encararlo—. ¿Hicimos algo anoche? ¿Te aprovechaste de mí estando borracha?

León enarcó ambas cejas, sonriendo por mi pregunta.

—¿Que si yo me aproveché de ti? Más bien diría que tú intentaste aprovecharte de mí, cariño.

Escuchar aquel apodo hizo que recordase algunos momentos de la escenita que monté en su cocina.

¡Por el amor de Dios!

¡Qué vergüenza!

—Tengo que irme...—susurré para mí misma, pero León estiró el brazo hasta que la palma de su mano chocó contra el marco de la puerta, impidiéndome el paso.

—No te irás de aquí hasta que terminemos de aclarar unas cosas con respecto a las amenazas de Camila.

Abrí los ojos y me llevé las dos manos a la boca, signo de clara sorpresa.

—¿Lo sabes? —inquirí, arrepintiéndome al momento.

—Tú misma me lo contaste todo ayer.

—¿Todo? —pregunté en un grito para asegurarme de que lo había escuchado bien.

Él se inclinó hacia mí, borrando su sonrisa.

—Todo —confirmó una vez más con esa voz tan ronca y sensual.

«Puto alcohol».

Mi corazón dio un salto cuando me invadieron los nervios y el miedo al mismo tiempo. Me quedé quieta, observándolo a los ojos sin decir nada.

«No es una amenaza, es un aviso. Si de verdad le tienes aprecio a tu nuevo amiguito, no me hagas enojar y haz lo que te digo».

La voz de Camila resonaba una y otra vez en mi cabeza, poniéndome más nerviosa y asustada de lo que ya estaba.

¿Qué había hecho?

Si Camila descubría que le había contado su secreto a León... ¡Dios Santo, no quería ni imaginarme la de cosas malas que me haría!

León me enmarcó el rostro con las manos, rompiendo mi ensimismamiento. Su gesto se dulcificó y sus facciones se relajaron cuando se dio cuenta de lo asustada que estaba. Para él, yo era como un libro abierto...

Rodeados de un incómodo silencio, León se humedeció los labios con la lengua y abrió la boca, pero no dijo nada. Luego apretó las mandíbulas y tragó saliva con fuerza, como si hubiera tragado una pesada bola de nervios.

—Cena conmigo esta noche —me suplicó, rozando con sus labios la línea de mi mandíbula—. Primero iremos al cine y luego te llevaré a cenar.

Pestañee varias veces, incrédula, mientras lo observaba con la boca entreabierta.

—¿Qué? —musité con voz apenas audible, respirando entrecortadamente.

León volvió a pasarse la lengua por los labios, esta vez clavando su mirada en mi boca. Sus pupilas se dilataron exageradamente, signo de que estaba muy excitado.

—Te recogeré a las seis, ¿vale? —preguntó, esperando una respuesta por mi parte, pero lo único que hice fue fruncir el ceño con fuerza, más desconcertada que nunca.

Sabía que León no quería presionarme, que no iba a agobiarme con el tema de las amenazas de Camila, pero tampoco me esperaba que me pidiera una cita...

—León, yo... —murmuré con voz apagada, pero él me besó para interrumpir lo que iba a decir.

Sus labios encajaron perfectamente con los míos, suaves y carnosos, como si fueran dos piezas para estar unidas. Y, Dios, la suavidad de sus manos sobre mi rostro me estaba enloqueciendo, provocando en mí más de lo que debería. Oh, y nuestras lenguas... ¡Uff! Nuestras lenguas, medidas por una danza sensual, parecían llevar toda una vida esperando aquel momento.

Me agarró por la nuca para profundizar más el beso. Mi cuerpo se apretó fuertemente al de él y tuve la necesidad de sacarme la ropa para sentir su calor.

Nos separamos, jadeantes, cuando nuestros pulmones reclamaron aire.

Me miró fijamente, con la mirada clavada en mi boca.

Volví a cerrar los ojos, inclinándome en busca de sus labios, pero él apoyó su dedo índice en mi boca para impedírmelo.

Volví a abrir los ojos, los entrecerré y lo miré confundida.

León sonrió al ver mi reacción.

Aún tenía su mano en mi mejilla mientras me acariciaba el labio inferior con la yema del pulgar. Si seguía acariciándome de aquella manera, me iba resultar difícil seguir razonando con él...

—Primero sal a cenar conmigo, y luego seguiremos con esto más tarde —me persuadió, inclinándose y avanzando directamente al punto débil de mi cuerpo... ¡mi cuello!

—León... —gemí su nombre y él, en reacción, me agarró por la cintura y me apretó contra su cuerpo, mientras gruñía contra el hueco de mi cuello.

—Otro de mis sueños que todavía me falta por cumplir es que tengamos una cita, Andy —murmuró con voz ronca, antes de besarme la línea de la mandíbula.

Me quedé boquiabierta.

—¿Una cita?

Él se separó de mí para observarme a los ojos y sonreír de medio lado, consiguiendo que ya no pudiera controlar las pulsaciones de mi entrepierna.

—Por favor... —rogó.

Jadeé cuando me tomó la mano y acarició suavemente mis nudillos, subiendo despacio hasta mi muñeca. Aquel contacto hizo que me estremeciera de pies a cabeza.

Su intensa mirada me mantuvo en mi lugar, impaciente por saber mi respuesta. Abrí la boca para responder, pero yo también tenía un enorme nudo en la garganta y tuve que controlarme para dominar tantas emociones juntas... ¡emociones que solo él podía provocarme!

Asentí con la cabeza, aceptando su invitación, para así evitar seguir con una conversación que podía desplazarse a terrenos muy peligrosos.

Todavía no estaba preparada emocionalmente para hablar de Camila ni mucho menos de Erick, no cuando en mi cabeza parecía que había un dj pinchando música a todo volumen.

¡Uff, maldita resaca!

—Te recogeré en tu casa a las seis —murmuró con voz ronca y una ligera sonrisa dibujada en la cara—. Te prometo que haré que esta noche sea inolvidable...y ya sabes que soy un hombre que cumple sus promesas.

Sentí que algo se encendía dentro de mi pecho.

Hacía mucho que no me sentía tan viva, concretamente, desde hacía casi seis años, sí, desde que León me dio mi primer beso.

Llevaba mucho tiempo viviendo a medio gas, nadando inútilmente contra corriente... ¡sin fuerzas! Pero León, poco a poco, había conseguido encender de nuevo esa llama en mi interior.

Me observé una vez más en el espejo de la entrada: llevaba puesto un vestido de estampado floral sin mangas, mis zapatillas blancas y el pelo suelto... ¡sí, mi propio pelo natural!

Sonreí cuando me pasé los dedos por mis mechones color castaño oscuro, sintiendo que mi verdadero pelo volvía a ser libre y que ya no iba a sufrir más el dolor de llevar unas extensiones en mi débil cuero cabelludo.

Por la mañana, cuando llegué a casa después de despedirme de León, me dio tiempo a pegarme una ducha y a vestirme más presentablemente para recibir a mi madre, quien no dejó de sonreírme llena de felicidad al ver que me había quitado las dichas extensiones que tan perjudiciales eran para mi salud. Incluso se emocionó... ¡y no era para menos!

Mi madre no conocía ni la mitad de mis problemas, no porque fuera una mala madre, al contrario, ella era la mejor. Pero no quería preocuparla, suficiente tenía con su vida personal y laboral, como para preocuparse por mis asuntos. De hecho, ni siquiera le había contado que nuestro nuevo vecino era León.

Ding, dong.

Los nervios me atacaron al escuchar el timbre de mi casa. Observé una última vez la hora en el reloj de pared del salón: las seis en punto.

Inspiré profundamente hasta llenar el pecho de aire, mezclado con el ambientador a vainilla de mamá, reteniéndolo con fuerza antes de expulsarlo en un largo suspiro.

Abrí la puerta y me quedé inmobilizada, sin respiración.

León estaba realmente guapo, ataviado con una camisa vaquera y una chaqueta de cuero color negro. Tragué saliva, volviendo a sentirme más nerviosa que antes, cuando el olor de su fragancia masculina invadió mis fosas nasales.

Me mordí el interior de mi mejilla para reprimir un gemido cuando su sonrisa se fue desvaneciendo poco a poco, a medida que sus ojos me repasaban lentamente de arriba abajo. Luego tragó saliva visiblemente y se humedeció los labios.

—Estás guapísima. —Su voz sonó parcialmente más ronca de lo normal mientras en sus ojos se apreciaba un brillo de claro deseo—. ¿Nos vamos? —inquirió, haciendo un gesto con la cabeza para señalar su motocicleta.

Asentí con la cabeza, antes de bajar la vista al suelo.

No solía ser tímida, pero León hacía que mis mejillas se sonrojaran cada dos por tres.

Esta vez, León tenía dos cascos colgados en el manillar de su moto.

Agarré la correa del bolso que llevaba colgado del hombro y me lo crucé por delante del pecho.

León me observó de reojo, mientras colocaba la llave en el contacto. Yo lo imité y me observé de arriba abajo para comprobar que mi vestido no tuviese ninguna mancha. No sabía por qué me estaba mirando tan fijamente.

—Ah... —Se me escapó un gritito cuando él, sin previo aviso, me alzó de la cintura y me montó en la moto.

—Si sigues haciendo esos ruiditos con la boca, te aseguro que no llegaremos al cine —murmuró, dejando caer la indirecta de que me llevaría a su casa para seguir con lo que habíamos empezado aquella misma mañana.

Desvié la mirada hacia otro lado para que el aire me refrescara la cara.

¡Dios, estaba ardiendo de vergüenza! Aunque la mitad de mi turbación se debía a que no sabía qué me había afectado más, si que León me hubiese tocado o el hecho de que deseara acostarse conmigo...

—¿Qué... qué haces? —pregunté con la voz temblorosa, cuando empezó a acariciar mis piernas en sentido ascendente hasta encontrarse con el dobladillo de mi vestido.

—No quiero que ningún gilipollas sueñe contigo esta noche —susurró encima de mis labios, antes de sacarse la chaqueta y colocármela sobre las piernas—. El único que puede verte desnuda soy yo —murmuró en mi oído, de manera sensual, mientras ataba las mangas de su chaqueta a mi cintura—. Listo —dijo, tirando de las mangas con violencia y sacudiendo mi cuerpo en reacción, para asegurarse de que la chaqueta estaba bien atada.

León esbozó una sonrisa ladina que duró pocos segundos, pero que fueron más que suficientes para erizarme el vello de todo el cuerpo. Luego me colocó el casco y se subió a la moto.

Estaba tan nerviosa que apenas podía mover mis dedos.

León encendió el motor, dio un acelerón inesperado que me hizo gritar de puro miedo y frenó en seco, haciendo que me estampara contra su espalda y lo abrazara.

—Así mucho mejor... —susurró con voz ronca.

Observé sus ojos color miel en el espejo retrovisor y me guiñó un ojo, antes de arrancar la moto y dirigirnos al centro comercial.

Cuando llegamos, León aparcó la moto, como el buen piloto que era, y caminamos juntos, casi pegados, hacia el centro comercial en un incómodo y tenso silencio.

Apreté los labios para reprimir un gemido cuando mis nudillos rozaron por accidente los suyos. Cada mínimo roce contra su piel era tan peligroso como frotar una cerilla contra el rascador de una caja de fósforos.

Abrí los ojos como platos y aguanté la respiración cuando me agarró de la mano y nuestros dedos se entrelazaron. Un cosquilleo me recorrió la piel a gran velocidad, sin frenos, haciendo que las mariposas de mi estómago revoloteasen con inquietud.

—¿Qué... qué película has elegido? —le pregunté, a la vez que intentaba ignorar ese aleteo en la boca del estómago que hacía que me resultara difícil respirar y hablar.

León se puso en la cola para comprar las entradas y me sonrió con malicia.

—Lo normal habría sido elegir una película romántica, pero te conozco demasiado bien y sé que prefieres una de terror.

No pude evitar sonreír.

—Hace años que no veo una —le confesé.

—Mmmm... Déjame adivinar por qué —dijo, dando un paso al frente cuando la cola fue avanzando—. A ninguno de tus amigos les gustan las películas de terror y tú no te atreves a ver una sola. —Asentí con la cabeza y sonreí más ampliamente—. Te conozco demasiado bien —murmuró cerca de mi rostro, a punto de darme un beso.

—Buenas tardes, ¿dos entradas? —nos preguntó el dueño del cine, interrumpiéndonos en el mejor momento.

Bajé la mirada al suelo, volviendo a sentir mis mejillas ardiendo de vergüenza.

Estaba tan sumida en mis pensamientos, que ni siquiera supe cuál era el título de la película que íbamos a ver.

León también compró un paquete enorme de palomitas y dos botellas de agua, antes de entrar en la sala de cine.

Para nuestra suerte, no había nadie en nuestra sala... ¡absolutamente nadie!

—¿Tienes miedo? —me preguntó, esbozando una sonrisa burlona cuando se dio cuenta de que me había puesto un poco tensa.

—No —respondí, sonando poco convencida.

De repente, las luces se apagaron y pegué un saltito en mi asiento.

León empezó a reírse por mi reacción.

—Tranquila, la peli que he escogido es bastante *light*. Llevas mucho tiempo sin ver una de este género, así que, mejor hacer las cosas poco a poco... sin prisas —dijo, acercándose a mi rostro para, por fin, darme un beso.

La película empezó y los dos desviamos nuestra atención hacia la enorme pantalla.

Durante los primeros minutos, la película fue un poco aburrida, pero, a medida que la trama iba avanzando, los momentos de suspense aparecieron.

—Los baños están al final del pasillo —me susurró él.

Fruncí el ceño, desconcertada por no entender a qué venía aquello, pero cuando lo vi sonreír comprendí que me lo había dicho porque estaba cagada de miedo.

Le tiré un puñado de palomitas a la cara y él, en reacción, intentó pillar alguna con la boca.

—¡Eres un idiota! —le grité, fingiendo estar cabreada con él.

—No, no soy cualquier idiota. Soy tu idiota —dijo, recalcando el posesivo.

Me estremecí de pies a cabeza, bajo su intensa mirada, pues ver sus ojos detenerse en cada rincón de mi cuerpo hicieron que se me revolviera el estómago por los nervios y mi mente se nublara de pura lujuria.

Parpadeé varias veces para salir de aquel trance y centrar toda mi atención en la pantalla, pero justamente apareció la escena donde los protagonistas iban a hacer el amor como si fueran dos animales salvajes en celo, sin importarles que el asesino estuviese suelto por el bosque.

Inevitablemente, observé de reojo a León para ver su reacción, pero, para mi mala suerte, él ya me estaba observando fijamente.

Abrí la boca para soltar un jadeo, consiguiendo que sus ojos bajaran hasta mis labios y que tragase saliva con fuerza.

De repente, los protagonistas de la peli empezaron a gemir sonoramente, haciendo que mi rostro se incendiara.

León apretó las mandíbulas con determinación y negó con la cabeza, como si estuviera luchando contra sus propias emociones.

—Creo... creo que voy a ir al baño, y... ¡Ah! —Cuando me levanté del asiento, León me tomó de la cadera sin más preámbulos y me hizo sentarme a horcajadas sobre él.

Los dos soltamos un gemido al unísono cuando nuestras partes más íntimas chocaron. Podía sentir la oleada de calor a través de mis braguitas y la dureza de su enorme erección.

Los protagonistas de la película empezaron a hacer más ruidos, como si estuvieran a punto de llegar al orgasmo.

El corazón me latía a ritmo redoblado y, en reacción, apreté sus costados con los muslos. Un profundo gruñido surgió de su pecho y me agarró del pelo para inclinarme la cabeza y besarme con mayor intensidad, mientras me acariciaba la espalda de arriba abajo. Su tacto era tan cálido, tan excitante, que por mero reflejo mi cuerpo se inclinaba hacia donde él movía su mano.

Sentí una necesidad desesperada por librarme de mi vestido, el cual había empezado a picarme y a pegarse a mi piel de manera incómoda, mientras León seguía besándome de una manera que hizo que deseara mucho más de él.

Acerqué mis manos a su nuca y le acaricié el pelo, mis dedos entrelazándose entre su cabello y tirando de él, cuando deslizó su lengua por mi cuello.

—León... —gemí su nombre, moviendo las caderas en círculos y arrancándole un fuerte gruñido que incluso hizo vibrar su pecho.

Él se separó de mí y me dijo:

—Andy, si no paro ahora, luego no podré detenerme...

Le agarré el cabello en un puño y lo besé con voracidad.

—Llevo necesitándote desde el día que nos separamos. Así que, ni se te ocurra parar ahora —le susurré sobre sus labios.

León empezó a jadear cuando sintió mi boca en su cuello.

—Mierda, Andy, mierda —protestó, poniéndose de pie y obligándome a incorporarme a su lado.

Lo observé asustada.

¿Qué había hecho mal?

León me agarró de la muñeca y tiró de mí, casi arrastrándome hacia la salida del centro comercial.

—León, ¿qué ocu...

No tuve tiempo de terminar de formular la pregunta, pues me colocó el casco y me montó en la moto sin decir ni una sola palabra.

Parecía agitado, cabreado consigo mismo, mientras apretaba y aflojaba los puños a ambos lados de su cuerpo, antes de subirse a la moto y arrancar el motor.

Tenía que reconocer que estaba muerta de miedo, pues León conducía a toda pastilla, adelantando y esquivando a los demás coches con una agilidad sorprendente.

Me apreté más a él, tan fuerte, que pensé que lo iba a partir en dos.

Cuando llegamos a su casa, se sacó el casco y se bajó de la moto. Yo también me saqué el casco, pero con los ojos inundados en lágrimas.

—¿Qué pasa? —le pregunté, intentando bajarme de la moto—. ¡No! —le grité muy cabreada cuando intentó ayudarme—. Creí que íbamos a salir a cenar —musité con voz temblorosa, intentando no echarme a llorar—. ¿Qué he hecho mal? ¿Por qué demonios has reaccionado así? Pensé que... yo... yo creía que... los dos queríamos dar el siguiente paso, pero tú...

León frunció el ceño y se pasó la mano por el cabello, signo de frustración.

—¡Demonios, Andy! No has hecho nada malo, cariño —dijo, enmarcándome el rostro con las manos—. Pero quiero que la primera vez que hagamos el amor no sea en un lugar público, no quiero correr el riesgo de que nos interrumpan.

—Oh... —expresé sin pestañear, con la boca abierta por la sorpresa.

León esbozó una sonrisa ladina y me alzó entre sus brazos, obligándome a que le envolviera la cintura con las piernas.

—Y con respecto a la cena... —susurró sobre mis labios mientras caminábamos hacia su casa—. Te juro que luego te llevaré al mejor restaurante de la ciudad, cariño. Pero ahora mismo necesito comer el postre, Andy. Lo necesito urgentemente...

Pum.

Cuando entramos en su casa, León cerró la puerta y apoyó mi espalda en ella, besándome con hambruna.

—Pienso hacerte el amor por todos los rincones de la casa, pero quiero empezar en mi habitación. —Sus palabras con ese tono de voz tan cavernoso me estremecieron de pies a cabeza.

Mientras me sujetaba con un brazo alrededor de mi cintura, con la otra mano me agarró el mentón para controlar el beso. Gemí en su boca mientras su lengua empujaba la mía con violencia.

No supe en qué momento León subió las escaleras para ir a su habitación, pero me sostuvo con más fuerza para abrir la puerta y enrolló mi pelo alrededor de su mano para seguir besándome con más intensidad.

Sin poder aguantar más aquella tensión sexual, deslicé mis manos por su pecho para abrirle la camisa de broches de golpe.

León agarró mi trasero y lo apretó con ganas, pegándome a su cuerpo de músculos bien definidos.

Él, al igual que yo, tenía el juicio completamente nublado por la pasión del momento.

Luego separó sus labios de los míos, arrancándome un suspiro en el acto. Apreté mis piernas a su alrededor, muriéndome de ganas por tener más fricción contra su dura y enorme erección. Y, como si él supiera que lo necesitaba, me agarró el trasero con más fuerza e impulsó sus caderas justo en la zona donde anhelaba ser tocada.

Grité a todo pulmón, pero me hizo callar con un beso, antes de tumbarme sobre la cama.

Tragué saliva, completamente nerviosa, cuando clavó sus ojos en mí y se sacó la camisa. Me pasé la lengua por los labios de manera tentadora, admirando su fornido torso. Sin poder evitarlo, sonreí con ternura cuando vi el león tatuado en su hombro. Él bajó la mirada hacia esa zona de su cuerpo, al darse cuenta de lo que estaba observando, y sonrió de medio lado.

—Ya te dije que soy un hombre de palabra —susurró con voz ronca, acercándose al borde de la cama.

Antes de que se arrodillara en el suelo para atraparme las piernas, se lo impedí.

Él me miró con el ceño fruncido cuando me senté en el borde de la cama y la tela de mi vestido se subió un poco por mis muslos.

—Toca poner en práctica el siguiente tema de la tarea de biología —le dije con voz tímida, al mismo tiempo que le desabrochaba el pantalón con los dientes y las manos—. El glande... ¡Oh, Dios mío! ¿Pero qué es eso?

León sonrió de medio lado.

—Andrea, te presento al Príncipe Alberto —murmuró con voz cavernosa, al mismo tiempo que me acariciaba la mejilla con el dorso de la mano.

¡León llevaba un piercing en la punta del pene!

No pude evitar observarlo entre una mezcla de horror y asombro a partes iguales.

—¿Te duele? —le pregunté, sintiendo una profunda curiosidad.

—No.

Tragué saliva para aliviar la sequedad de mi garganta, todavía con la mirada clavada en aquel aro que brillaba como un diamante de la realeza, tentándome a chuparlo y a jugar con él.

—¿Me hará daño? —pregunté, esta vez, sonando un poco asustada.

León llevó despacio su dedo pulgar hacia mis labios y los acarició con delicadeza.

—Nunca haría algo que te hiciera daño, Andy. Te aseguro que lo único que sentirás será placer... —gruñó con voz ronca—. Pero si te asusta, puedo sacármelo.

Alcé la mirada y encontré sus pupilas completamente dilatadas.

Chupé la punta de su dedo suavemente, y luego pasé mi lengua alrededor de él. Los músculos de su mandíbula palparon cuando di un suave sorbo a su dedo pulgar, antes de soltarlo.

—No, no te lo saques —susurré con la voz entrecortada, nerviosa y excitada a partes iguales, mientras acariciaba toda su longitud moviendo la mano de la base a la punta—. Tengo que ser sincera contigo, la verdad es que el piercing le da un aire distinguido a tu pene. Muy aristocrático, ¿no crees?

León sonrió con los dientes apretados, haciendo muecas de placer.

—Joder, Andy, no creo que sea buena idea que hagas eso. Apenas puedo contenerme —dijo entre dientes, enmarcándome el rostro con ambas manos para que lo observara a la cara y dejara de masturbarlo—. No tienes por qué hacerlo, yo... ¡Joder! —Soltó un ronco gruñido de los más fondo de su garganta cuando, sin titubear ni un segundo, le besé la punta de su erección—. Joder, Andy —susurró cuando le acaricié el glande con la lengua, jugando al mismo tiempo con el aro entre mis dientes.

En ese momento se me hizo la boca agua solo de pensar cuánto placer podía darle.

Sin dejar de succionar toda su longitud, lo miré con picardía haciendo que apretara sus mandíbulas mientras me acariciaba la mejilla con mucha ternura.

—Si sigues mirándome así, voy a terminar corriéndome en tu dulce boca —dijo entre jadeos.

Aquello hizo excitarme más que nunca y, sin previo aviso, lo agarré del trasero para empujarlo contra mi boca y así meterme toda su erección de golpe. Ahogué un gemido de sorpresa cuando el aro tocó el fondo de mi garganta, mientras intentaba controlar las arcadas para no estropear el momento.

—¡Maldita sea, Andy, no me lo pongas más difícil! —gruñó entre dientes, alzándose por las axilas para volver a lanzarme sobre el colchón.

Ahogué un gritito cuando mi cuerpo rebotó y él gateó hacia mí, como un león lo haría en plena cacería, antes de besarme la frente, el cuello y los pezones.

—Debería sacarte este maldito vestido, pero necesito estar dentro de ti... ahora —murmuró con voz ronca, alargando la mano hacia su mesita de noche para abrir un cajón y sacar un preservativo.

León, sin retirar su mirada de mí, rompió el envoltorio plateado con los dientes, sacó el preservativo y se lo enfundó con una sola mano. Apenas tuve tiempo de parpadear cuando me levantó el vestido para enrollarlo en mi cintura y metió los dedos bajo la delgada tela de mis braguitas.

—Estás tan... —Pero la frase se quedó en el aire cuando sus dedos se deslizaron en mi interior sin ningún tipo de problema—. Necesito saborearte de nuevo, cariño —dijo, arrancándose las braguitas y enterrando su rostro entre mis piernas.

¡Dios Santo!

Sabía que no era el momento de comparar a León con Erick, pero era inevitable no hacerlo... ¡por todos los santos del cielo!

¡León era un dios del sexo!

Cuando él alcanzó aquel pequeño «botón del placer», mordiéndolo y lamiéndolo, me convertí en un ser tembloroso.

—Siempre he sabido que eras la mujer de mi vida, mi alma gemela. —Su aliento caliente sobre mi sensible carne hizo que sintiera un sinfín de emociones.

—¡León! —gemí su nombre, una y otra vez, cuando apretó la lengua con firmeza, lamiendo de abajo arriba, girándola en perfectos círculos.

Arqueé el cuello y la espalda, mientras enredaba mis dedos en su cabello y lo empujaba más hacia mí.

—¡Oh, León! —chillé a todo pulmón cuando introdujo dos dedos y los curvó, buscando estratégicamente mi punto G.

Mis piernas temblaron, bueno, a decir verdad, mi cuerpo entero tembló sin poder controlarlo, pero él apoyó mis piernas sobre sus hombros para inmovilizarme.

¡Oh, definitivamente, León sabía cómo complacer a una mujer!

—Eso es, Andy, grita mi nombre.

Todavía con los párpados caídos por el efecto del orgasmo, sentí cómo su piercing acariciaba lentamente mis húmedos pliegues.

Solté un sonoro suspiro cuando él ejerció más presión, asegurándose de que el aro rozara mi clítoris.

¡Dios, definitivamente, el Príncipe Alberto era la caña!

A punto de perder la paciencia, lo agarré del cuello y tiré de él hacia mí para sentir toda su longitud en mi interior.

—Andy... —gimió mi nombre contra mi oreja, cuando le rodeé la cintura con las piernas y le clavé los talones en las nalgas.

Los dos soltamos un gemido al mismo tiempo cuando mi cuerpo lo devoró lentamente.

León encerró mi cara entre sus manos y me acarició las mejillas. Estaba atrapada en su mirada, la cual me traspasaba con una intensidad que me hacía estremecer de pies a cabeza.

—¿Te gusta? —inquirió, enterrándose más profundamente dentro de mí y haciendo que me arqueara sobre el colchón—. Dime, Andy. ¿Te gusta así, cariño? —Que me hubiese susurrado al oído con aquella voz tan ronca fue demasiado placentero... ¡excitante!

Le lancé una sonrisa perezosa y él me la devolvió cuando lo volví a golpear con los talones para que captara la indirecta.

—Joder, Andy... —blasfemó por lo bajo, antes de empezar a mover las caderas.

Me agarré a sus hombros gimiendo a todo pulmón y con los pechos aplastados bajo su torso.

Nuestros alientos se entremezclaron como caricias, entre jadeos y súplicas, mientras nos besábamos con más voracidad.

León gruñó y se puso de rodillas, alzándome las caderas y poniéndome un cojín debajo del culo.

Abrí los ojos, sorprendida, cuando me agarró las caderas y se alejó un poco para embestirme después, tan profundamente que lo sentí hasta en el corazón.

Le acaricié los tensos músculos de sus brazos, mientras el sudor empezaba a correr por todo su cuerpo. Aquel encuentro era salvaje y descontrolado, tal y como ambos lo deseábamos.

—León —gemí su nombre, al mismo tiempo que jugaba con mis pechos, manoseándolos por encima del vestido.

Mi reacción hizo que se moviera con mucha más rapidez y que sus pupilas se dilataran.

—¡León! —jadeé, sintiendo llegar otro orgasmo más intenso que el anterior.

Él clavó sus dedos en mis caderas, dejándome claro que estaba a punto de eyacular.

Y entonces, el orgasmo me atravesó de parte a parte, antes de que él terminara el viaje.

Los dos jadeamos, gemimos y gruñimos, mientras mi cuerpo se sacudía sobre el colchón y el suyo se tensaba como la cuerda de una ballesta.

Después de deshacerse del preservativo, León se dejó caer sobre mi pecho con la respiración entrecortada y completamente sudado.

—Te amo, Andy, te amo tanto que me resulta imposible imaginar un futuro sin ti.

Lo observé con los ojos bañados en lágrimas.

—León... —Sonreí mientras le peinaba el cabello con los dedos en un gesto cariñoso.

Él se apoyó sobre sus codos para observarme a los ojos.

—Sé que no es el momento, pero tenemos que hablar sobre...

Fruncí el ceño y le enmarqué el rostro con las manos, besándolo con tanta intensidad que no le quedó más remedio que cerrar el pico.

—Me prometiste que esta noche sería inolvidable —susurré sobre sus labios—. Así que, cumple tu promesa.

¡Oh, y vaya si lo hizo, maldita sea!

Nos pasamos casi toda la noche haciendo el amor, hasta tres veces. En su habitación, en el salón y en la cocina, para después terminar picoteando algo.

Había sido una de las mejores noches... pero, ¿qué digo? ¡Había sido la mejor noche de mi vida!

Cuando sentí los párpados cansados, después de estar horas y horas demostrándonos el amor que sentíamos el uno por el otro, León me acunó entre sus brazos y me besó en la coronilla, antes de susurrarme cálidamente:

—Te juro que mañana empezarás una nueva vida a mi lado...

Y sabía que era cierto, lo sabía porque él era un hombre de palabra... ¡de eso no tenía duda alguna!

OceanofPDF.com

12.

A la mañana siguiente, me desperté sola.

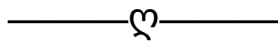
En un principio me temí lo peor pues, por un momento, pensé que León era como la mayoría de los tíos: te echaban un polvo y listo. Pero no, él me había dejado una nota encima de la mesita de noche:

Estabas durmiendo tan profundamente, que me dio pena despertarte. Lo normal sería decir que te he dejado el desayuno hecho, pero te conozco lo suficiente como para saber que no te vas a despertar hasta a las doce o la una de la tarde... Así que, tienes la comida hecha en el horno.

¡Ah! No te preocupes por tu madre, me la he encontrado en la calle cuando salí a sacar la basura. Los dos nos llevamos una sorpresa, pues ella no sabía que era su nuevo vecino. Tranquila, ahora no solo sabe que soy su vecino, sino también su futuro yerno ;)

Nos vemos en el partido, preciosa.

Te amo ♡



Caminé hacia las gradas, sonriente e irradiando felicidad por todos los poros de mi cuerpo. Estaba tan contenta, tan esperanzada y llena de vitalidad...

¡Madre mía!

Cada vez que pensaba en lo que era entonces y en lo que era ahora...

¡Uff!

León, definitivamente, era mi héroe.

Subí las escaleras para tomar asiento. Había un montón de gente que llevaba puesta la camiseta del equipo de fútbol de nuestro instituto.

Ese domingo se jugaban las semifinales para clasificar a los mejores equipos de fútbol de la ciudad.

—¡Andrea! —Aquella voz hizo que me tensara.

Me di la vuelta y vi a Lucía levantarse de su asiento con el rostro entristecido.

Negué con la cabeza, dejándole claro que su presencia no me agradaba y tomé asiento, tratando de ignorarla cuando los jugadores empezaron a salir de los vestuarios para trotar alrededor del campo.

Sonreí cuando vi a León buscándome con la mirada, hasta que sus ojos color miel conectaron con los míos. Luego me guiñó un ojo y sonrió ampliamente, igual o incluso más feliz que yo.

—Andrea, por favor —habló Lucía de nuevo, sentándose a mi lado sin mi permiso.

—No quiero hablar...

—Andrea, ¿no lo entiendes? Yo no te he traicionado, joder —siguió insistiendo, pero mi mirada seguía clavada en la de León, quien frunció el ceño al verme tan tensa—. ¡Andrea, por favor! —gritó, perdiendo la paciencia y obligándome a romper el contacto visual con León.

—¿Qué?

—Flavio —soltó sin más, haciendo que la confusión se reflejara en mi rostro. Gruñó por lo bajo y se mordió el labio inferior, antes de seguir hablando—. Flavio fue quien te traicionó.

Parpadeé varias veces, atónita, pero, poco a poco, mi confusión fue disminuyendo para ser reemplazada por una profunda tensión.

—Nunca pensé que podrías llegar a ser tan... —No pude terminar la frase, pues ella me agarró la mano y me miró con el rostro serio.

—Te recuerdo que Flavio, en clases, se sienta detrás nuestra. Debió de escucharnos, estoy casi segura que siempre se hizo el desinteresado para despistarnos, para escuchar nuestras conversaciones y...

Piii, piii.

Las dos desviamos la atención hacia al árbitro, quien empezó a tocar el silbato.

Fruncí el ceño cuando dos chicos, con las capuchas de sus sudaderas puestas, irrumpieron en el campo de fútbol para lanzar folletos por todos lados.

La gente en las gradas empezó a cuchichear y a reírse, para luego mirarme con desaprobación.

Me levanté de golpe cuando vi a León observarme con una mirada llena de tristeza, antes de dirigirse hacia Erick y darle un puñetazo en el rostro.

—¿Qué ocurre? —inquirió Lucy, acercándose a un grupo de chicas que estaban mirando aquellos folletos entre risas y cuchicheos—. ¡Dame eso, idiota! —Lucy le sacó de las manos el folleto a una de ellas y sus ojos se abrieron como platos—. Mierda, Andrea, mierda...

Me acerqué a ella y cuando vi lo que había en aquellos folletos, me puse pálida, sintiéndome a punto de desplomarme, mientras un sudor frío me recorría la espalda.

En aquel papel había impresa una foto mía arrancándome las extensiones en la fiesta de primavera y tenía un titular, como si se tratara de la portada de un importante periódico nacional: «Borracha y loca, como su padre».

Todo a mi alrededor empezó a dar vueltas y más vueltas sin parar, mientras las risas de mis compañeros de clase hacían eco en mi mente.

Estaba tan asustada que ya ni me mantenía de pie. Lo único que impedía que me cayera al suelo era el brazo de Lucy.

Piii, piii.

El ruido del silbato me despertó de mi trance, mientras apretaba los puños a ambos lados de mi cuerpo.

Sentí una mirada clavada en mi nuca, provocándome escalofríos de puro miedo. Giré la cabeza hacia atrás y vi a Camila sonriéndome con malicia. En aquel momento me entraron ganas de abalanzarme sobre ella y darle un puñetazo en su sonrisa de autosuficiencia, pero sabía que el culpable de aquellos folletos era Flavio.

Él, además de León, era uno de los pocos que conocía los problemas alcohólicos de mi padre porque un día, en el recreo, me escuchó hablar con mi madre de ese tema por teléfono. Al verme en semejante compromiso, no me quedó más remedio que abrirme sentimentalmente con el que creía que era mi mejor amigo, el mismo que juró guardarme el secreto y apoyarme cuando me hiciera falta.

«Si crees que yo soy la bruja en este cuento, princesita, te aseguro que hay otros monstruos peores que yo. Si eres lista, lo entenderás...».

¡Ahora entendía lo que Camila quiso decirme con sus indirectas!

¡Maldita sea!

Bajé las escaleras a toda prisa y me planté en el centro del campo.

León dejó de zarandear a Erick del cuello, y se acercó a mí con la preocupación reflejada en el rostro y con una mirada que auguraba sangre.

—¿Por qué lo hiciste? —le pregunté a Flavio cabreada, muy cabreada, acercándome a él con los puños apretados.

Flavio no mostró signo de confusión, al contrario, la expresión de su rostro me confirmó que había sido él quien me sacó la foto y escribió aquel estúpido titular.

—¡Porque estoy harto de ti! —respondió cabreado, fulminándome con la mirada.

Frené en seco, a unos metros de distancia de él, cuando lo vi acucillarse junto a Erick para cerciorarse de que León no le hubiera roto otro diente.

—¡Eres un traidor, cabrón! —exclamó Lucía, al mismo tiempo que se acercaba a nuestro amigo para golpearlo, pero Jonathan la detuvo a tiempo.

—¡Flavio, ya basta! ¡Deja a Andrea en paz! —Para mi sorpresa, Erick me estaba defendiendo.

De repente, se hizo un círculo de personas a nuestro alrededor para ver qué era lo que estaba sucediendo. Incluso Camila, que seguía sonriendo con malicia como si aquel espectáculo fuese planeado por ella, se acercó a nosotros.

—¡No, Erick, estoy harto, joder! —gritó el que supuestamente era mi amigo.

—Flavio... —Erick susurró su nombre en un tono amenazador para que cerrara el pico.

Sacudí la cabeza y me acerqué a ellos.

Mi corazón parecía salirse por mi boca, mientras intentaba controlar las lágrimas que amenazaban con comenzar de nuevo para no detenerse jamás.

—¿Qué está pasando? ¿Esta es tu manera de vengarte de mí por haberte dejado? —le pregunté a Erick, balbuceando atropelladamente.

—Andrea, nunca quise hacerte daño. Te quiero, pero no de la manera que un novio debería querer a su chica. Yo... —Su voz se fue apagando cuando su mirada se clavó en alguien que estaba situado justamente detrás de mí.

Giré la cabeza para ver a Camila amenazándolo con la mirada, la misma mirada que empleaba conmigo cuando intentaba asustarme.

Entonces, se me encendió la bombilla.

¡Sí! Entendí qué era lo que estaba pasando, pero apenas tuve oportunidad para decirlo en voz alta cuando mi amigo se levantó del suelo y me señaló con el dedo índice.

—¿Quieres saber la verdad? —inquirió Flavio, acercándose a mí. León se interpuso en su camino, protegiéndome con su cuerpo—. Erick y yo estamos saliendo a escondidas, ¡esa es la puta verdad!

La gente dejó de cuchichear y de reír, dando paso a un tenso silencio.

Observé a Flavio con la boca abierta, igual de sorprendida que el resto de mis compañeros.

—Flavio, ella no tiene la culpa de nada —dijo Erick, frotándose los ojos para secarse las lágrimas—. Andrea, lo siento mucho. Te juro que no quería que esto llegara a pasar, intenté detener esta farsa un millón de veces, pero... yo... —No terminó la frase pues, sin aguantar más aquella presión mientras sus compañeros lo juzgaban por lo bajo, se echó a llorar.

Fruncí el ceño, observando el césped durante unos segundos, hasta que apreté los dientes con determinación y clavé la mirada en Camila.

—¡Tú! —dije con rabia, consiguiendo que la gente desviara la atención hacia ella.

Camila dejó de sonreír y me lanzó dardos envenenados con la mirada, pero no me amedrenté.

¡No, esta vez no iba a acobardarme, y menos ahora que era consciente de todo lo que estaba pasando!

—Ahora entiendo por qué me obligaste a salir con Erick —dije pensando en voz alta. Luego miré a Erick y apreté los dientes, cabreada porque Camila también lo había estado amenazando—. Camila te obligó a salir conmigo, ¿verdad?

Erick miró a Camila durante unos segundos. Por un momento creí que él no hablaría, pero, inesperadamente, asintió con la cabeza.

—Sí, Camila me amenazó con hacer públicamente mi homosexualidad si no hacía lo que me pedía.

—Y lo que te pidió hacer era que me humillases, que intentases convertirme en ella —susurré con voz temblorosa, aguantando las lágrimas.

—Sí —musitó él, hipando entre sollozos histéricos—. Te juro que cuando empezamos a salir intenté quererte. Eres una chica estupenda, Andrea, cualquier hombre caería rendido a tus pies. Pero por más que intentaba obligarme a mí mismo a que me gustaran las mujeres, me era imposible... Tú, mejor que nadie, deberías saberlo —susurró en voz baja, haciendo que recordara la primera vez que hicimos el amor.

¡Fue un completo desastre!

¡Dios!

¿Cómo no lo había pensado antes?

—Andrea, lo siento mucho. Nunca quise hacerte daño. No tienes ni la menor idea de lo que he llorado a solas en mi habitación, cada vez que te hacía sentir mal o intentaba humillarte públicamente. Pero si no lo hacía, Camila me arruinaría la vida. Y Flavio, siento mucho hacerte creer que Andrea era una mala persona conmigo. Todas las cosas horribles que te dije sobre ella eran pura mentira, pero Camila me obligó a hacerlo, ella lo tenía todo planeado desde un principio. Yo... yo no quería haceros daño, os lo juro por mi vida, pero estaba tan asustado... —sollozó como un niño pequeño y yo, en reacción, lo abracé con fuerza para tranquilizarlo.

Flavio me observó con las lágrimas en los ojos, incrédulo ante lo que estaba pasando a su alrededor y, peor aún, arrepentido por haberme humillado injustamente frente a todo el instituto.

¡Los tres, durante todo este tiempo, habíamos sido los títeres de Camila sin saberlo!

—Deberías haberte sincerado conmigo desde un principio, Erick. Te habría apoyado, nunca te daría la espalda —dije con total sinceridad.

Erick era un buen chico. Desde un principio sabía que algo malo le estaba pasando. Era imposible que una persona cambiara de la noche para la mañana tan radicalmente como él lo hizo.

De repente, el silencio se cernió sobre nosotros y provocó mis lágrimas... pero no lloré, pues mi angustia y ansiedad crecían a la par que la rabia y la impotencia.

—¿Esto es lo que queréis? —inquirió León, rompiendo aquel tenso silencio y captando la atención de todos—. ¿Queréis seguir riéndoos de los demás y herir sus sentimientos sin importaros una mierda? —siguió preguntando y observando a todos con mala cara—. ¿Os parece normal que Erick, Flavio y Andrea estén sufriendo injustamente? Porque a mí, definitivamente, no me lo parece —dijo, apretando los puños hasta que sus nudillos adquirieron un tono blanco—. Si vais a seguir mofándoos de los problemas ajenos y a reiros de los demás por pura diversión, entonces sois igual de mierdas que esa persona de ahí, quien finge ser algo que no es y se dedica a hacerle la vida imposible a sus propios compañeros —habló con las mandíbulas apretadas, señalando descaradamente a Camila—. Mereces recibir una dosis de tu propia medicina. Ahora mismo, de lo único que tengo ganas es de contar públicamente tu secretito... —susurró amenazadoramente, cabreado como nunca antes lo había visto—. Pero si lo

hago, sé que Andrea se enfadará conmigo y también me convertiría en una mala persona como tú —aclaró, haciendo una mueca de asco—. Y no, no pienso caer tan bajo...

Erick se secó la cara y dejó de sollozar, antes de fulminar a Camila con la mirada.

—¡Que te jodan, víbora! ¡Ya no seguiré siendo tu marioneta! —le escupió con rabia, sacándole el dedo corazón—. Me da igual si mis compañeros de fútbol me rechazan, es mi vida y quiero ser feliz... ¡merezco ser feliz, joder!

Flavio, quien seguía a su lado con los ojos llenos de lágrimas, me observó sin decir ni una sola palabra. Sabía que estaba arrepentido por lo que había hecho, pero yo no se lo tendría en cuenta... ¡Camila nos había manipulado y él no lo sabía!

No podía juzgarlos, pues yo también había hecho cosas que nunca quise hacer, y todo por miedo a que Camila cumpliera sus amenazas.

León me envolvió el brazo alrededor de los hombros, antes de seguir hablando:

—Esta vez, las víctimas han sido ellos tres. Pero mañana tal vez seáis vosotros.

La gente a nuestro alrededor empezó a asentir con la cabeza y a murmurar por lo bajo que León tenía toda la razón del mundo.

—Si queréis seguir los pasos de Camila, allá vosotros. Quien humilla para demostrar su poder, revela su propia miseria... —terminó de hablar entre dientes, antes de obligarme a salir de allí—. ¿Estás bien? —me susurró al oído, a medida que nos alejábamos del campo de fútbol.

Lo abracé más fuerte sin dejar de caminar y asentí enérgicamente.

—Ahora sí.

Los dos giramos la cabeza hacia atrás cuando escuchamos a Camila gritar como una loca.

Entonces, lo inesperado sucedió: el resto de mis compañeros empezaron a seguirnos, ignorando a Camila y demostrando con aquel acto que no la apoyarían. Incluso los jugadores del equipo de fútbol abrazaron a Erick y a Flavio, dejándoles claro que todos ellos apoyaban su relación.

Una lágrima de felicidad corrió por mi mejilla cuando volví a centrar mi atención en el perfil de León.

Sonreí de oreja a oreja, desbordando felicidad.

—¿Qué ocurre? —me preguntó él, sonando preocupado.

—Definitivamente, eres mucho mejor que *Superman*...
León esbozó una sonrisa y me besó tiernamente en los labios.
—Mi héroe...

OceanofPDF.com

Epílogo

Seis años más tarde...

Terminé de dibujar en el lienzo, secándome el sudor de la frente con el dorso de la mano.

Todavía no me podía creer que me hubiese licenciado en bellas artes, lo que siempre había deseado desde bien pequeña.

—¿Aún no has terminado?

Me di la vuelta y vi a León plantado en mitad del salón, observándome fijamente.

—¿Qué has dibujado esta vez? —inquirió con curiosidad, esbozando una sonrisa de oreja a oreja, mientras se acercaba lentamente a mí—. ¡Vaya, vaya!

Me abrazó por detrás, observando fijamente el dibujo que había hecho: era él disfrazado de *Superman* y con una frase escrita dentro de un bocadillo de cómic.

Sonreí con ternura mientras pensaba en la última exposición de pintura que hice en el colegio de primaria de nuestro barrio. «El *bullying* NO pinta nada en nuestras vidas», ese era el tema principal de mis exposiciones, las mismas que había presentado en diferentes centros educativos y que, según los profesores que contactaron conmigo, estaban teniendo un gran impacto positivo en las mentes de los estudiantes.

Sinceramente esperaba que así fuera, pues no quería que ningún niño o niña sufriera las mismas amenazas que mis amigos y yo sufrimos en el pasado.

Me mordí el labio inferior al pensar en Flavio y Erick, quienes la semana pasada nos visitaron en nuestro apartamento para cenar unas pizzas y pasar un buen rato entre amigos. Obviamente, Lucía y Jonathan también se sumaron a la invitación. ¡Sí! La parejita recién casada que había estado casi dos meses de luna de miel por diferentes países europeos.

Estaba tan feliz de que, después de la tormenta, por fin saliera el sol...

—¡Joder, nena! Estoy más bueno que *Superman*, reconócelo —susurró León en mi oído, erizándome la piel de todo el cuerpo y despertándome de mi ensimismamiento.

—Ya sabes la respuesta a eso —le dije, besándolo tiernamente en la mejilla—. ¿Cómo te ha ido el examen?

—Bien, creo que he aprobado.

Me di la vuelta para mirarlo a los ojos y le rodeé la nuca con las manos.

—Serás el mejor ginecólogo del mundo.

—Y todo gracias a ti —susurró sobre mis labios.

Sonreí cuando recordé nuestro proyecto de biología del instituto. Si la señora González supiera que León había decidido estudiar ginecología gracias a su proyecto de fin de curso, la misma tarea que despertó en él muchísima curiosidad por el funcionamiento del cuerpo humano, no se lo creería.

—Pero todavía me falta mucha práctica...

—¿Puedo ayudarlo en alguna de esas prácticas, Doctor Gómez? —le pregunté, adoptando una voz dulce e inocente, aunque mi mirada transmitía lujuria y pasión.

—Oh, por supuesto que puede ayudarme de varias maneras, señorita Díaz, como por ejemplo empezando a sacarse ese vestido manchado de pintura que me está volviendo loco...

León me rodeó con sus brazos, me alzó en vilo con delicadeza y luego me sentó sobre la mesa.

—Voy a hacerle una revisión en profundidad, señorita Díaz. Así que... —susurró sobre la sensible piel de mi cuello, a medida que sus ardientes manos deslizaban mi vestido hasta enrollarlo en mi cintura—. Relájese y deje que haga mi trabajo.

Dejé caer la cabeza hacia atrás, permitiéndole que me devorara el hueco del cuello y parte de mi escote.

Cerré los ojos con fuerza y me mordí el labio inferior cuando sus dedos acariciaron mis pliegues húmedos y sensibles.

—Te amo tanto que me haces perder el sentido, Andy.

Abrí los ojos de golpe cuando se arrodilló frente a mí y colocó mis piernas sobre sus hombros. Sentí su aliento en mi centro palpitante, anhelante de ser tocado.

—Te amo más de lo que piensas —dijo, dándome un beso corto en la cara interna de mi muslo—. Te amo más de lo que digo —susurró con voz

ronca, al mismo tiempo que deslizaba mis braguitas por mis piernas—. Te amo más de lo que demuestro...

—¡León! —gemí su nombre, al mismo tiempo que inclinaba la cabeza hacia atrás.

Su aliento caliente y sus lengüetazos rápidos me turbaron por completo, haciendo que perdiera la cordura al momento.

Arqueé mis pies en reacción al sentir una oleada de placer arremolinarse en mi bajo vientre, mientras la música de fondo de la minicadena hacía eco por todas las esquinas del salón.

—Prométeme que siempre estarás a mi lado que, pase lo que pase, nunca me dejarás. Si nos toca enfrentar juntos una tormenta, por favor, prométeme que no te alejarás de mí.

Emití un gruñido de protesta cuando él apartó su boca de mi centro. No obstante, aquella protesta fue acallada cuando se incorporó del suelo, lamiéndose los labios y buscando en mis ojos aquellas inseguridades que tanto odiaba.

—Andy... —Acunó mi rostro entre sus manos y me besó con fuerza en los labios.

Me quedé sin respiración y casi me caí de la mesa por el impacto. Su boca parecía no estar dispuesta a dejarme nunca, mientras absorbía todos mis miedos como si fuera algún tipo de antídoto de los buenos.

—Sé que este trabajo que te han ofrecido es muy importante para ti. No me importa mudarme las veces que haga falta, cariño, siempre y cuando seas feliz —susurró junto a mi boca, pasando sus labios sobre mi mentón.

Abrí los ojos lentamente para observarlo.

¡Era cierto!

Me habían ofrecido la posibilidad de trabajar como profesora de artes plásticas en el instituto donde tantos malos recuerdos albergaba de mi pasado y que, de una vez por todas, deseaba eliminarlos de por vida.

—Dime, Andy, ¿alguna vez he incumplido mi palabra contigo?

Negué lentamente con la cabeza y él sonrió de medio lado, humedeciéndose los labios de nuevo como si necesitase saborear los restos de mi esencia.

—Te amo, Andrea. Siempre estaré a tu lado...

—¿Aunque me tenga que ir a la Conchinchina, lejos de nuestro hogar?

León rozó la punta de su nariz contra la mía, y pude ver el atisbo de una sonrisa en sus labios cuando observó de reojo la frase que había escrito en

el lienzo que acababa de pintar.

—Léelo, cariño...

Tragué saliva, nerviosa como nunca, para luego susurrar con voz temblorosa:

—Allá donde estés, no lo olvides...

—Siempre estaré contigo —me interrumpió él, sus labios rozando los míos—. Siempre.

OceanofPDF.com

Ella lo observó con los ojos bañados en lágrimas, antes de pronunciar:

—Pero... ¡pero somos amigos!

*Él sonrió embargado por una ternura que nunca había experimentado
por nadie, antes de acariciarle la mejilla con el dorso de la mano.*

*—Lo mejor de todo esto es que no solo seguiré siendo tu mejor amigo,
sino también el amor de tu vida. ♡*

OceanofPDF.com

ALLÁ DONDE
ESTÉS
MIRIAN G.BLANCO

OceanofPDF.com